HARLEQUIN Deseo™

SARA ORWIG

MISTERIOS Y PASIÓN

Deseo

SARA ORWIG

MISTERIOS Y PASIÓN



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Misterios y pasión, n.º 2024B - febrero 2015
Título original: A Texan in Her Bed
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-5803-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo Uno

El sheriff Wyatt Milan sabía a qué atenerse en la pequeña localidad texana de Verity. Era lo que más le gustaba de su trabajo. Pero aquella tarde de octubre, cuando giró para tomar Main Street, notó un cambio en el ambiente.

Una limusina roja ocupaba el sitio donde aparcaba todos los días, justo enfrente del ayuntamiento.

—Qué demonios… —dijo.

—Adiós a la tranquilidad —susurró Val Lambert, su ayudante—. Mira eso.

Wyatt ya estaba mirando. El conductor de la limusina se había detenido allí a pesar del enorme cartel que decía: «Prohibido aparcar. Reservado para el sheriff de Verity». Y no era una limusina cualquiera. Wyatt era un hombre adinerado que pertenecía a una familia adinerada, como muchas de las familias de la localidad; pero no había visto un vehículo tan caro y lujoso en toda su vida.

—Ese coche no es de nadie de aquí —afirmó.

—Nunca había visto una limusina tan grande y tan roja —declaró Val—. Iré a hablar con el conductor.

—Puede que esté dentro, en la comisaría.

—¿En la comisaría? Pero si nadie había pedido cita.

Wyatt detuvo el coche oficial, de color rojo y negro, junto a la limusina.

—No, nadie —dijo—. Ponle una multa y déjasela en el parabrisas. Cuando hayas terminado, entra en el edificio. Si el conductor no está aquí, saldremos a buscarlo por la ciudad. Nuestros vecinos quieren vivir en un lugar tranquilo y apacible, y yo quiero lo mismo que ellos. No permitiré que perturben la paz precisamente ahora, cuando el matrimonio de mi hermana con Jake ha puesto fin a la vieja disputa entre los Milan y los Calhoun.

—Bien dicho. Pero, ¿por qué aparcaría alguien en el sitio del sheriff?

—Por no prestar atención, por andar en busca de problemas o por pensar que puede hacer lo que le venga en gana.

Lambert bajó del vehículo. Wyatt arrancó y dejó el coche patrulla en el callejón del ayuntamiento, detrás de un contenedor de basuras, mientras pensaba que ya había tenido bastantes problemas y que no quería más.

Primero, se había separado de su prometida; después, había vuelto a casa y había descubierto que Tony, uno de sus hermanos, estaba peleado con Lindsay, una de los Calhoun; más tarde, había aceptado el cargo de sheriff y, luego, con muchos esfuerzos, había conseguido que Verity volviera a ser un remanso de paz. Definitivamente, no iba a permitir que

un desconocido destruyera lo que le había costado tanto.

Bajó del coche, entró en el edificio por la puerta de atrás y avanzó por el largo pasillo. Los tacones de sus botas resonaron en el parqué cuando pasó por delante de la habitación de los archivos, la sala de descanso y la sala de juntas. A la derecha, estaba el despacho del alcalde y los distintos departamentos del ayuntamiento; a la izquierda, el despacho del sheriff y dos celdas para detenidos; enfrente, la zona de recepción.

Se detuvo ante la puerta de la comisaría y miró al cabo Dwight Quinby, que se pasó una mano por el pelo y le lanzó una mirada de advertencia.

—Una mujer te está esperando en tu despacho —dijo—. Ha anunciado que quería verte y le he pedido que se sentara en recepción, pero no me ha hecho caso. Me ha dedicado una sonrisa y se ha colado sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

—¿Sabes quién es? ¿Te ha dicho cómo se llama?

—No, no me lo ha dicho.

—Cuando llegue Val, dile que he localizado a la pasajera de la limusina y pídele que busque al chófer por la localidad, para que se lleve ese trasto de mi aparcamiento. O mejor aún, llama a Argus y que se lleve la limusina con la grúa.

—Puede que cambies de opinión cuando hables con ella…

Wyatt sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho. Llama a Argus de inmediato.

—Como quieras —declaró Dwight—. Pero ten cuidado con ella, te vas a quedar asombrado cuando veas a esa mujer. Es increíblemente guapa.

Wyatt soltó un suspiro y abrió la puerta del despacho. Quisiera lo que quisiera aquella mujer, tendría que quitar la limusina de su aparcamiento. Trataría el asunto con su tacto y diplomacia de costumbre; pero esperaba que no tuviera intención de mudarse a Verity: en la ciudad ya vivían demasiadas personas que se creían especiales y con derecho a hacer lo que quisieran.

Un segundo después, se olvidó de la limusina y de todo lo demás.

Una pelirroja de piernas interminables estaba sentada en uno de los sillones de cuero. Tenía una larga y rizada melena; unos ojos verdes tan bonitos que casi se quedó hechizado y un vestido a juego con sus ojos que enfatizaba un cuerpo sencillamente impresionante, cuyas curvas habrían derretido el hielo hasta en el invierno más duro.

—Buenos días. Supongo que usted será el ilustre sheriff del condado de Verity —dijo ella con voz seductora.

Wyatt cruzó la habitación y se detuvo ante ella sin ser consciente de lo que hacía. Los grandes y rojos labios de la mujer se curvaron en una sonrisa, y él se preguntó qué se sentiría al besar unos labios como esos.

—Buenos días. Sí, soy el sheriff, Wyatt Milan.

Ella le ofreció una mano. Él se la estrechó y sintió una descarga de electricidad.

—Me llamo Destiny Jones. Soy de Chicago.

Wyatt no la había visto nunca, pero reconoció el nombre de inmediato e

hizo un esfuerzo por recuperar el control de sus emociones.

—Ah, la hermana de Desirée Jones…

El sheriff pensó en la famosa, atractiva y temperamental estrella cinematográfica con la que había tenido una aventura amorosa mientras rodaba una película en Verity; una aventura que había terminado mal. Y se acordó de que, en cierta ocasión, le había hablado de su hermana mayor, presentadora de televisión y autora de un libro de gran éxito: *Misterios sureños sin resolver.*

—Veo que se acuerda de ella.

—Nunca olvido a una mujer hermosa.

Wyatt admiró los rasgos de Destiny, pero sin bajar la guardia. Sospechaba que le iba a causar problemas.

—Siempre quise conocer al sheriff de Verity, y por fin tengo la oportunidad —declaró con otra sonrisa—. Es de la familia Milan, ¿no? La que está enemistada con los Calhoun.

—Sí, así es —Wyatt se sentó en el sillón que estaba frente a ella, a solo un metro de distancia—. ¿Qué le trae por la ciudad?

—Quería hablar con usted sobre la mansión de Lavita Wrenville. Sería un tema fascinante para mi programa de televisión.

Wyatt la miró con seriedad. La mansión Wrenville era el lugar donde había empezado la rivalidad entre las dos familias más famosas del condado. Un antepasado suyo se había enamorado de la misma mujer que uno de los antepasados de los Calhoun, y el asunto terminó a tiros y con muertos.

—¿La casa de Lavita Wrenville? Ni es un lugar particularmente interesante ni contiene nada que la pueda ayudar a resolver los misterios del pasado. Pero si le interesa tanto, vuelva el año que viene. La mansión pasará a ser propiedad del ayuntamiento.

—Ah, ¿va a ser de propiedad pública? No lo sabía —dijo—. En cualquier caso, estoy convencida de que la historia de esa casa sería de gran interés para la audiencia de mi programa.

—Debería estudiar la historia de Texas. Le aseguro que hay misterios enormemente más fascinantes.

—Es posible, pero ese sitio me ha llamado la atención. Y cuando quiero algo, lucho por ello con todas mis fuerzas.

—E imagino que está acostumbrada a salirse con la suya.

—Imagina bien, sheriff Milan —ella se echó hacia delante—. Pero siento curiosidad… ¿por qué intenta desalentarme? No es más que una casa vieja.

—Porque Verity es una localidad tranquila con gente que quiere llevar una vida tranquila. Y como sheriff, estoy obligado a defender sus intereses —declaró—. Si echa un vistazo a la ciudad, verá que no hay ningún tipo de atracciones turísticas. Tenemos una biblioteca y un museo pequeño, pero no son de gran interés.

Ella sonrió de nuevo.

—Le prometo que no tengo intención de convertir su ciudad en una atracción de feria. Pero es una suerte que sea sheriff y no trabaje para la Cámara de Comercio o el Departamento de Turismo.

—Aquí no tenemos Departamento de Turismo —le informó.
—No me diga —ironizó ella.
Wyatt le devolvió la sonrisa.
—Lamento que haya venido para nada, señorita Jones. Si me hubiera llamado por teléfono, le habría ahorrado un viaje. Lavita fue la última de los Wrenville. Como no tenía descendencia, dejó la mansión al ayuntamiento de Verity con la condición de que no pasara a ser propiedad pública hasta el año que viene. Si quiere hacer algo en esa casa, tendrá que esperar hasta entonces. Soy el sheriff y no puedo permitir que entre sin permiso.
—Y yo lamento que este asunto le moleste tanto, sheriff.
—¿Ah, sí? ¿Por qué?
Ella alcanzó su bolso y sacó dos sobres, que le dio.
—Porque me tomé la libertad de escribir al gobernador de Texas y al alcalde de Verity. Si abre esos sobres, comprobará que los dos me han dado permiso para que entre en la mansión de Lavita Wrenville. De hecho, no estoy aquí en calidad de presentadora de un programa de televisión, sino de invitada oficial del Estado de Texas. El gobernador es un hombre extraordinariamente amable, ¿sabe?
Wyatt estuvo a punto de gemir. Lo último que necesitaba era una curiosa que se dedicara a investigar el pasado y llamar la atención de los turistas. Pero no podía hacer nada al respecto. Sus peores temores se acababan de confirmar. Aquella sexy y obstinada pelirroja iba a poner en peligro la paz de Verity.

Tras leer las cartas, Wyatt se dijo que tenía que hablar con el alcalde. Gyp Nash no le había dicho nada de la visita de Destiny Jones. Conociendo su fobia a los conflictos, supuso que le habría dado permiso para evitarse problemas; pero eso no justificaba que se mostrara tan dispuesto a permitir que una periodista metiera las narices en el pasado de la localidad. Especialmente, en un pasado tan problemático.
Le devolvió las cartas y se preguntó qué podía hacer para librarse de ella.
—La mansión de los Wrenville es un lugar grande, polvoriento y vacío sobre el que existen todo tipo de rumores y hasta una leyenda. La gente la ha investigado durante un siglo, pero nunca se ha encontrado nada de interés —le informó.
—Habla como si hubiera estado dentro.
—Por supuesto que he estado. Entré en la casa cuando era un niño, como muchos niños de Verity. Pero es tan poco interesante que ya nadie se acuerda de esos rumores… Desde que soy sheriff, nadie ha intentado entrar en la propiedad ni se ha peleado por la historia que dio pie a la disputa entre los Milan y los Calhoun. Si por mí fuera, la derribaría. No es más que un recordatorio innecesario de una enemistad pasada.
—De todas formas, siento curiosidad y no voy a dejar que me desanime. Esa casa esconde una historia fascinante: tres muertes sin resolver y, quizás, un tesoro escondido.

—No veo qué tiene de fascinante. Son muertes de hace más de un siglo. Ha pasado tanto tiempo que ya no le importa a nadie —dijo, intentando sonar convincente—. En cuanto al tesoro, es posible que Lavita Wrenville escondiera dinero en alguna parte, pero dicen que se gastó la herencia de su padre y que terminó sus días en la pobreza.

—Parece que sabe mucho al respecto. Espero que se deje convencer para que lo entreviste en mi programa —declaró con otra de sus sonrisas—. Al fin y al cabo es un Milan, y se rumorea que una de las personas que murieron en esa casa era de su familia. Tengo entendido que lo mató un Calhoun…

—Según la versión de los Milan, sí; pero la historia que cuentan los Calhoun es muy diferente —puntualizó Wyatt—. En todo caso, le aseguro que no tengo la menor idea de lo que pasó. Solo sé que Lavita Wrenville fue una solterona excéntrica. Nada más.

—Aun así, me gustaría entrevistarlo…

Wyatt empezaba a entender que Dwight no hubiera sido capaz de impedirle el paso. Era tan atractiva y sensual que hacía verdaderos esfuerzos para concentrarse en la conversación y no besarla.

—Olvídelo. No le voy a conceder ninguna entrevista.

—Bueno, espero que cambie de idea. Es sheriff de la ciudad y miembro de una de las familias involucradas en la famosa disputa. Sería muy interesante.

—Lo dudo. Los Milan y los Calhoun ya no se llevan tan mal como antaño. Y no tengo intención de avivar un odio que se ha ido apagando con el tiempo.

Ella soltó una carcajada, y a Wyatt le pareció tan luminosa y alegre que, de haber sido posible, la habría estado escuchando todo el día. Pero se maldijo para sus adentros y decidió cambiar el rumbo de la conversación. Ya no era un hombre que se dejara dominar por las emociones; su experiencia con Katherine, su antigua novia, lo había cambiado.

—Quizá le interese saber que le hemos puesto una multa por aparcar en un lugar prohibido y que hemos llamado a la grúa para que se lleve su vehículo —le informó—. Por cierto, ¿dónde está el conductor?

—Le dije que lo llamaría cuando terminara de hablar con usted. Estará tomándose un café.

—Pues será mejor que lo llame, de lo contrario, la grúa se llevará la limusina.

—Ah, no se preocupe por eso, lo llamaré en cuanto haya terminado con usted —dijo—. Soy una mujer persistente, y quiero que cambie de opinión… Porque estoy segura de que sabe cambiar de opinión, ¿verdad?

—Sí, por supuesto que sí —contestó Wyatt, que empezaba a disfrutar con su actitud desafiante—. ¿Va a pasar la noche en la ciudad?

—Sí, mis empleados y yo nos quedaremos en el Hotel Verity.

—Es un buen establecimiento. No tiene leyendas ni misterios sin resolver, pero es agradable y muy antiguo, aunque lo remodelaron hace poco —declaró—. ¿Cómo se enteró de la historia de la mansión Wrenville? ¿Se la contó el alcalde?

Ella sacudió la cabeza.

—No, el señor Nash se limitó a mostrarse agradecido por mi interés en la historia y en la ciudad. Me reuniré con él esta semana. Se mostró interesado en verme.

Wyatt quiso decir que no le extrañaba en absoluto, pero las palabras que pronunció fueron muy distintas. Y ni él mismo supo de dónde habían salido.

—Ya que está tan interesada en Verity, ¿por qué no cena conmigo esta noche? Estaré encantado de hablarle de nuestra ciudad.

Ella volvió a sonreír.

—Gracias, será un placer —dijo—. Hablaré con el conductor de la limusina para que pase a recogerlo.

—No se moleste. La recogeré yo en su hotel. ¿Le parece bien a las siete?

—Por supuesto.

Destiny Jones se levantó y le ofreció la mano. Wyatt se la estrechó y se acercó un poco más ella, embriagado por su belleza. Tenía intención de llevarla a cenar y, a continuación, seducirla. Si era tan ambiciosa como parecía, estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguir sus objetivos.

—Ha sido una conversación de lo más interesante —dijo él.

—Pero seguro que está deseando que me vaya… —replicó ella con una de sus devastadoras sonrisas.

—No se equivoque conmigo. No he dicho que no me caiga bien —declaró—. Es que somos de mundos distintos. Yo soy de una localidad pequeña; y usted, de la gran ciudad, encantadora, cautivadora, impresionante.

—Gracias, sheriff Milan. Es todo un caballero.

—Tengo la impresión de que nos vamos a ver con frecuencia, así que será mejor que nos tuteemos. Llámame Wyatt, por favor.

Destiny sonrió y él la acompañó a la salida. Mientras caminaban, Wyatt notó el aroma de su perfume y le pareció sencillamente embriagador. Entonces, vio que varios periodistas de Verity y de las localidades cercanas se habían congregado en el vestíbulo y se puso delante de Destiny para protegerla, pero ella se le adelantó.

—Estaré encantada de responder a sus preguntas —dijo, mirando a la prensa.

—Aquí, no —declaró Wyatt con firmeza—. Si queréis entrevistar a la señorita, tendrá que ser en la calle. Estamos en el ayuntamiento, no en una sala de prensa. Jeff, Millie, Duncan… salid fuera, por favor.

—El sheriff tiene razón —dijo Verity—. Responderé a sus preguntas en la calle.

En ese momento se acercaron un hombre y una mujer que se pusieron junto a Destiny. Wyatt supuso que trabajaban para ella y, una vez más, se lamentó de su mala suerte. Si el equipo de televisión grababa un programa sobre la mansión de los Wrenville, todo el país se enteraría de la vieja enemistad entre los Milan y los Calhoun.

Se giró hacia su ayudante, que se había acercado, y le anunció:

—Voy a ver a Gyp ahora mismo.

—No va a ser posible. El alcalde se ha ido. Pero me ha dicho que te

quiere ver mañana por la mañana.

***

Minutos después, Wyatt salió del edificio a grandes zancadas. Esperaba que el chófer de Destiny se hubiera llevado la limusina y que el grupo de periodistas se hubiera disuelto, pero ni el chófer se la había llevado ni los periodistas se habían ido. Y, para empeorar las cosas, un equipo de televisión había aparcado su furgoneta delante del ayuntamiento y había llamado la atención de un montón de curiosos.

Sacudió la cabeza y observó a la multitud que se había congregado. Reconoció a Dustin Redwing y Pete Lee, dos hombres que habían trabajado para él; también vio a Horace Pringle, presidente del banco de Verity; y a Ty Hemmings, el propietario del cine local; incluso estaban Farley White, el mecánico de la localidad; y Charlie Akin, un excéntrico que vivía en una choza junto al río.

Se estaba preguntando cómo se habría enterado Charlie de la presencia de Destiny Jones cuando le sonó el teléfono móvil. Era un mensaje de su hermano Nick.

—Maldita sea… —dijo Wyatt.

El mensaje decía así:

Destiny Jones está saliendo en televisión. ¿Por qué no nos habías dicho que venía a Verity? ¿Cuándo me la vas a presentar? ¿Cuánto tiempo se va a quedar? ¿Ha venido por el misterio de la mansión de Lavita Wrenville?

Acababa de leer el mensaje cuando recibió otro. Esta vez era de su hermano pequeño, Tony, que preguntaba más o menos lo mismo que Nick. Enfadado, sacudió nuevamente la cabeza y volvió al ayuntamiento.

—Sheriff —dijo Dwight—, Argus me ha dicho que tiene que remolcar un par de coches averiados y que no se podrá llevar la limusina hasta dentro de unas horas.

—¿Has hablado con Val? ¿Sabes si ha encontrado al conductor?

—Sí, he hablado con él. Pero dice que no se llevará la limusina hasta que su jefa se lo ordene.

Wyatt gruñó y entró en su despacho para llamar a Nick por su línea privada.

—Hola Nick, soy yo.

—¿Has recibido mi mensaje?

—Sí, hace un momento. No te había dicho nada de su visita porque no lo sabía.

—Pues debías de ser el único que no lo supiera, porque ha congregado a una buena multitud. Es obvio que sabe llamar la atención de la gente…

—No le cuesta mucho. Es tan atractiva que solo tiene que cruzar la calle.

—Y que lo digas —comentó su hermano—. Estoy deseando conocerla. Y Tony también, según creo; me acaba de enviar un mensaje.

—Yo ya le ha conocido.

—Ah, entonces me la podrás presentar.

—Por supuesto. En cuanto sepa dónde y cuándo, te lo diré.

—Gracias, Wyatt. Acaba de decir que se va a alojar en el Hotel Verity.

—Sí, se lo ha dicho a todo el mundo. Por lo que se ve la señorita disfruta siendo el centro de atención —observó con sorna—. No me digas que piensas ir al hotel para esperarla en el vestíbulo.

Nick rio.

—No, ni mucho menos. Me encantaría conocerla, pero no avasallándola de ese modo. Gracias por llamar, hermano.

—De nada.

Wyatt cortó la comunicación, pero su paz no duró demasiado. Tres minutos después, lo llamó Tony.

—Destiny Jones está en Verity. La estoy viendo en televisión.

—Sí, ya lo sé —dijo—. Acabo de hablar con Nick y le he prometido que os la presentaré cualquiera de estos días.

—¡Genial! Pero no lo olvides.

—No lo olvidaré.

Wyatt colgó el teléfono y puso uno de los canales locales de televisión. La melena rojiza y los ojos verdes de Destiny Jones aparecieron de inmediato en la pantalla. Le pareció casi tan sexy como en persona, pero estaba demasiado preocupado como para fijarse en su belleza. Ya no había ninguna posibilidad de que hiciera el equipaje y volviera a Chicago. No después de anunciar sus intenciones a medio mundo.

Pensó en la limusina roja, pensó en la creciente multitud y se dijo que esperaría unos minutos y que, a continuación, volvería a la calle y pondría fin a aquel circo con el argumento de que estaban interrumpiendo el tráfico. Pero justo entonces, Destiny concluyó su improvisada rueda de prensa, se dirigió a la limusina en compañía de un hombre, que resultó ser el chófer, y se marchó.

Wyatt apagó el televisor y se frotó la nuca.

No sabía qué pensar sobre su cita nocturna con la señorita Jones. Por una parte, le disgustaba que metiera las narices en los asuntos de la ciudad; por otra, la encontraba tan atractiva que ardía en deseos de verla.

Solo estaba seguro de que, pasara lo que pasara, sería una velada memorable.

Capítulo Dos

Destiny y su equipo entraron en el hotel y subieron al ascensor. Habían reservado todas las suites de la última planta del edificio: la primera, para Virginia y Duke Boyden, su cámara y chófer respectivamente; la segunda, para Amy Osgood, su prima y ayudante; y la tercera, para ella.

Amy acompañó a Destiny a su suite y, tras echar un vistazo al elegante salón, se acercó a la bandeja de comida que el servicio del hotel había dejado en la mesa.

—Es todo un detalle —comentó.

—Llévatela si quieres. No tengo hambre en este momento.

—Gracias. Sospecho que mi bandeja y la de los Boyden será más pequeña que la tuya —dijo con humor.

Destiny dejó su bolsa de viaje en el suelo, mientras pensaba en su encuentro con el sheriff Milan. Sabía que iba a ver a un hombre atractivo porque había visto fotografías suyas, pero no imaginaba que lo fuera hasta ese extremo. Era sencillamente impresionante, y tenía los ojos azules más bonitos que había visto en su vida. Ahora entendía que Desirée hubiera estado enamorada de él.

—Por cierto, creo que me he ganado una felicitación.

—¿Una felicitación? ¿Por qué? —preguntó Amy.

—Porque el sheriff Milan me ha invitado a cenar esta noche. No esperaba conseguirlo tan pronto —respondió.

Amy frunció el ceño.

—No me mires con esa cara de preocupación —dijo Destiny.

—¿Cómo quieres que te mire? Hace unos minutos me has dicho que no quiere que nos quedemos en Verity.

—Pero cambiará de opinión, ya lo verás. Y si no cambia, no importa. Tengo permiso del gobernador de Texas y del alcalde.

—¿Y cuándo vas a dar la noticia? ¿Cuándo vas a anunciar que tienes raíces en Verity?

—Cuando cause el mayor efecto posible. Hasta entonces, será nuestro secreto. No hay peligro de que alguien lo descubra.

—Pues el sheriff Milan se va a llevar un buen disgusto. No le agradará saber que tu madre es de una rama lejana de los Calhoun.

Destiny sonrió.

—Bueno, ya me enfrentaré a eso cuando llegue el momento.

—Es una pena que el sheriff no te quiera en la ciudad. La historia de esa casa es muy interesante, y la gente parece encantada de que estés aquí —observó Amy. Se quedó pensativa un momento—. Pero si te ha invitado a cenar, es que le has causado una buena impresión.

—No, me ha invitado para intentar convencerme de que me vaya. No quiere que haga un programa sobre la mansión de Lavita Wrenville —declaró—. Ni siquiera imagina que conozco toda la historia, de principio a fin… Mimi, mi abuela, me la ha contado mil veces.

—Me extraña que Mimi sepa tanto de Verity, teniendo en cuenta que nunca ha vivido en la ciudad.

—Pero vivió en Dallas y tiene familiares en esta zona. De hecho, fue ella quien despertó mi interés por la mansión de los Wrenville.

—Se va a organizar un buen lío cuando se sepa que eres una Calhoun. Espero que al sheriff no le moleste demasiado.

Destiny volvió a sonreír, pero no dijo nada.

—Hablando del sheriff, me han contado que sufrió un desengaño amoroso que lo dejó marcado. Puede que eso explique el comportamiento que tuvo con tu hermana. Debe de ser el único hombre del mundo que no ha pedido el matrimonio a Desirée.

—¿Me estás diciendo que le partieron el corazón? Vaya, qué interesante… Pero no creo que mi hermana lo supiera. Está más interesada en sí misma que en los hombres con los que sale —comentó Destiny—. Pero, volviendo a Wyatt Milan, me encantaría saber qué empujó a un multimillonario a hacerse sheriff de una ciudad pequeña. ¿Habéis descubierto algo? Mimi no sabe nada.

—Bueno, hemos llegado a la conclusión de que se hizo sheriff precisamente por la casa de Lavita Wrenville.

—¿Y eso?

Amy ya se disponía a responder cuando Destiny alzó una mano y dijo:

—Espera. Será mejor que me cambie, porque he quedado con él a las siete. Ven conmigo. Así me podrás ayudar a elegir la ropa.

Amy la acompañó al dormitorio y le contó lo que habían descubierto mientras la ayudaba a elegir la ropa.

—En realidad, solo sabemos que la casa de Lavita Wrenville pasará a ser de propiedad pública el año que viene, y que el ayuntamiento podrá hacer con ella lo que quiera. Por lo visto, los vecinos de Verity querían un sheriff honrado que defendiera sus intereses al respecto y, como Wyatt Milan tiene fama de ser un hombre digno de confianza, le convencieron para que aceptara el cargo.

—Ahora entiendo que le moleste tanto mi presencia. No quiere que cause problemas antes de que la casa pase a ser de propiedad pública y quede bajo su control.

—En cualquier caso, parece que la gente lo aprecia mucho.

—E imagino que las mujeres lo apreciarán especialmente —ironizó Destiny—. Por cierto, ¿alguien ha informado a la prensa de que esta noche voy a cenar con él?

—Sí, se lo he dicho yo.

—Magnífico. En fin, me voy a duchar. Después, llamaré por teléfono a Mimi y a Desirée.

—Si necesitas algo, dímelo. Voy a deshacer mi equipaje.

—Hablando de equipajes, gracias por haber guardado mis cosas.

—De nada.

Amy dio media vuelta y se fue.

Destiny se duchó, se puso ropa interior y una bata y llamó a su abuela. Tras interesarse por su salud, dijo:

—Ya he conocido al sheriff Milan.

—¿Cómo ha reaccionado al saber que eres una Calhoun? Desirée no se lo llegó a decir, aunque tampoco me extraña; nunca le han importado esas cosas.

—Aún no se lo he dicho. Estoy esperando el momento adecuado —le informó—. Esta noche voy a cenar con él.

—Es un Milan, Destiny. No confíes en ningún Milan —le advirtió Mimi.

—Creo que en este Milan puedo confiar. Lo eligieron sheriff porque goza de la confianza de todo el mundo, Calhoun incluidos. Además, lo de esta noche no es más que una cena de negocios. Quiere convencerme de que me vaya.

—Pues no hagas caso de lo que te diga. Los Milan son unos tramposos.

Destiny soltó una carcajada. Su abuela no había vivido nunca en Verity; todo lo que sabía sobre los viejos enemigos de los Calhoun era de oídas, porque se lo habían contado sus mayores. Pero, a pesar de ello, odiaba a los Milan.

—Te mantendré informada de lo que pase.

—Está bien, pero ten cuidado.

—Lo tendré. Te quiero, Mimi.

Destiny cortó la comunicación y, de inmediato, se puso a pensar en el atractivo sheriff de Verity. Aquello iba a ser más interesante de lo que había imaginado. Todo un desafío. Estaba acostumbrada a que los hombres se rindieran ante su belleza e hicieran lo posible por satisfacer sus deseos, pero Wyatt Milan parecía ser una excepción.

Desirée le había dicho que, si quería algo de Wyatt, debía coquetear con él. En opinión de su hermana, las mujeres eran el punto débil del sheriff. Sin embargo, Destiny estaba convencida de que coquetear con él no serviría de nada. De hecho, tampoco le había servido a Desirée, porque el sheriff había sido uno de los pocos hombres que se le había resistido.

Destiny cruzó la habitación y se puso el vestido negro que había elegido con ayuda de Amy; era una prenda ajustada, con un cuello de color rojo que iba a juego con los zapatos de tacón alto. A continuación, se puso unos pendientes, se recogió el pelo y se dejó unos mechones sueltos, para que le cayeran sobre la cara.

Satisfecha con su aspecto, alcanzó un bolso pequeño, del color del vestido. Justo entonces, le sonó el teléfono. Era Wyatt, que la estaba esperando en el vestíbulo del hotel.

Destiny no se llevó ninguna sorpresa cuando llegó abajo y vio a dos cámaras de televisión. A fin de cuentas, su equipo y ella se habían encargado de que la prensa supiera que estaba allí. Pero el pulso se aceleró un poco al distinguir al sheriff entre la gente. Llevaba un traje de

color oscuro, con botas y sombrero negros.

Clavó la mirada en sus ojos, haciendo caso omiso de la prensa, y caminó hacia él. Wyatt Milan le dedicó una sonrisa.

—Destiny.

—Hola, Wyatt.

En ese momento, se acercó uno de los cámaras, que se dirigió a ella.

—Buenas noches. Soy Carl Stanley, del periódico local de Verity. ¿Es cierto que el sheriff la va a llevar esta noche a la mansión de los Wrenville?

Destiny rio.

—Como puede observar, no voy precisamente vestida para deambular por una mansión abandonada —respondió con humor—. No, ya la veré en otro momento.

—¿Cómo se enteró de la historia de la casa? ¿Se lo contó su hermana?

—Conozco la historia desde hace tiempo. Puede que los vecinos de Verity no lo sepan, pero es una leyenda bastante conocida.

—Y dígame, ¿espera resolver el misterio de las tres muertes?

—Me encantaría, pero dudo que encuentre respuestas para preguntas que la gente se ha estado haciendo durante más de un siglo, sin éxito —respondió Destiny—. Sin embargo, tampoco sería la primera vez que, al tratar un asunto en uno de mis programas, se resuelven misterios que parecían inaccesibles.

—¿Piensa entrevistar a personas de la localidad?

—Ya lo verá cuando hagamos el programa, Carl. Gracias por sus preguntas y por su interés. Verity es una de las ciudades más agradables en las que he tenido el placer de estar.

Destiny sonrió al cámara y, a petición de un par de fotógrafos, posó para ellos durante unos segundos.

—Chicos, ya basta por hoy —intervino Wyatt—. La señorita Jones se va a quedar unos días en Verity, así que tendréis ocasión de hablar con ella en otro momento.

Wyatt la acompañó al exterior del edificio y la invitó a subir en un deportivo negro. Cuando ya se habían puesto en marcha, Destiny dijo:

—Los has manejado muy bien.

—¿A los periodistas? Tú los manejas mejor que yo. Esta es una ciudad tranquila, y no estamos acostumbrados a este tipo de situaciones. Pero es lógico que se interesen por ti.

—Espero que no nos sigan.

—No, no nos seguirán. Siento decepcionarte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Me conocen y saben que no me gusta que se metan en mis asuntos —contestó con seguridad—. Además, me necesitan con demasiada frecuencia. No se atreverían a hacer algo que me pueda molestar.

—Veo que no soy la única persona que está acostumbrada a salirse con la suya.

Wyatt sonrió.

—No, supongo que no.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Destiny lo

rompió con una pregunta.
—¿Es cierto que soy la primera forastera que se interesa por la historia de la casa de Lavita Wrenville?
—Hasta donde yo sé, sí. Aunque no tiene nada de particular. No es más que una mansión destartalada, que se abandonó hace un siglo. Se mantiene en pie porque las casas de entonces eran sólidas, pero no le interesa a nadie —afirmó—. Hay tan poco que decir al respecto que no te dará ni para media hora de programa.
—Bueno, ya lo veremos. Solo espero que me concedas una entrevista, aunque sea corta. Eres un Milan, y tu opinión sería interesante.
—Lo siento, pero no me gustan las entrevistas. Soy sheriff de Verity y de vez en cuando me veo obligado a contestar un par de preguntas de la prensa, pero prefiero estar lejos de las cámaras. Y, por otra parte, no tendría nada interesante que decir.
—Te advierto que no estoy acostumbrada a las negativas.
Él le lanzó una mirada rápida.
—No me extraña. Seguro que la gente se desvive por ti. Sobre todo, los hombres.
—Sí, eso es verdad. De momento, tú has resultado ser una excepción, pero espero que cambies de idea.
Wyatt la volvió a mirar.
—¿Que cambie de idea? Bueno, eso depende de lo que quieras de mí.
—Ya te he dicho lo que quiero. Una entrevista —contestó—. Sé que sería muy interesante.
—Te sorprendería lo aburrido que puedo llegar a ser. Si no me crees, pregúntaselo a cualquiera de los periodistas de Verity.
Ella rio.
—Dudo que seas tan aburrido como dices, pero no importa. Pienso insistir hasta que me concedas esa entrevista.
—Bueno, eres libre de intentarlo —la desafió.
—¿No te da miedo lo que pueda llegar a hacer?
Él sacudió la cabeza.
—Al contrario. Quiero saber hasta dónde eres capaz de llegar.
Destiny se recostó en el asiento del coche y sopesó la situación. Wyatt no estaba reaccionando como la mayoría de los hombres. Se resistía a sus sonrisas y a los pequeños trucos de seducción que tan buen resultado le daban. Era tan sorprendente como inquietante a la vez.
Se giró hacia él y observó su perfil, su firme mandíbula, sus prominentes pómulos y el minúsculo bulto que tenía cerca del puente de la nariz.
—¿No hay más sitios en Texas que te interesen? —preguntó él.
—En este momento, no.
Wyatt le lanzó otra mirada rápida.
—¿Qué tal está Desirée?
—Bien. Se ha casado hace poco.
—Sí, ya lo sé. Espero que sea muy feliz.
—Se lo diré de tu parte.
—¿Sabe que estás en Verity?
—Sí, por supuesto —contestó—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Es verdad que no sales con nadie? No sé quién me lo comentó, pero me sorprende un poco.

—¿Y por qué te sorprende?

—Porque eres joven, atractivo e influyente. Seguro que le gustarías a casi toda la población femenina de Verity y de tres o cuatro condados más.

Él sonrió, sin apartar la vista de la carretera.

—Gracias por el halago —dijo.

—Entonces, ¿no hay nadie a quien tengas que dar explicaciones por llevarme a cenar?

—No, nadie en absoluto —contestó—. Pero ya que hablamos de esas cosas, dos de mis hermanos arden en deseos de conocerte. Te han visto hoy, en la televisión, y uno de ellos leyó tu último libro.

—¿Insinúas que me quieren conocer por ese libro?

—No, en modo alguno. Supongo que todos los hombres de Verity darían lo que fuera por conocerte, sin mencionar a los hombres de todos los condados aledaños —respondió, imitando su cumplido anterior.

—¿Tus hermanos están solteros?

—Sí, los dos lo están. Nick se casó, pero su esposa y el hijo que esperaba murieron en un accidente. Fue una verdadera tragedia.

—Lo siento mucho… Desirée no me lo había comentado. Supongo que no lo sabe.

—Es normal. Dudo que haya mantenido el contacto con Nick y, por otra parte, pasó después de que ella se marchara.

Destiny miró por la ventanilla del coche. Cuanto más conocía a Wyatt, más le gustaba. Y se preguntó cuál sería el momento más adecuado para decirle que era una Calhoun.

—Hablando de mi hermana, fui sincera cuando dije que tenía ganas de conocerte. No hay muchos hombres que puedan sacar de sus casillas a Desirée.

—Siento haberla perturbado, pero no parece que le dejara huella. Han pasado tres años desde que salimos y se ha casado. ¿Cuántas veces van? ¿Dos?

—Sí, ya va por el segundo esposo —contestó—. ¿Cómo es posible que acabarais juntos? No creo que te quedaras prendado de ella por el simple hecho de que sea una estrella de cine. No pareces de ese tipo de hombres.

Wyatt volvió a sonreír.

—Vuelve a mirar a tu hermana, Destiny, es una de las mujeres más bellas que he visto nunca, aunque, por lo que veo, le viene de familia —declaró—. Y puede ser inmensamente seductora, como tal vez sepas.

—Sí, mi hermana es muy guapa. Siempre ha sido la más guapa de las dos.

Tras un momento de silencio, Destiny dijo:

—Has estado bastante comedido, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Nunca pierdes la paciencia con nadie?

—Por supuesto que sí. Pero Verity es una ciudad tranquila, sin demasiadas situaciones que pongan a prueba mis nervios.

—Entonces, ¿mi presencia no te disgusta?

—Hasta ahora, no —contestó—. Me molesta un poco que quieras grabar ese programa, pero no es para tanto.

Destiny se fijó en que estaban saliendo de la localidad y lo miró con extrañeza.

—¿Adónde vamos?

—Al aeródromo. Subiremos a mi avión e iremos a cenar a Dallas —dijo —. Espero que no tengas ninguna objeción.

—En absoluto. Aunque se nota que no quieres estar cerca de la prensa.

—Desde luego que no.

—¿Tienes avión propio? Qué interesante.

—En realidad, lo comparto con uno de mis familiares. Todos tenemos ranchos y viajamos mucho, así que compramos dos aviones y contratamos al personal necesario. Yo tengo licencia de piloto, al igual que Nick y Tony, mis hermanos.

Destiny se giró otra vez hacia la ventanilla.

—Ah, me acuerdo de este camino. Pasamos por aquí cuando nos dirigíamos a Verity —dijo—. Si no recuerdo mal, la mansión de Lavita Wrenville estaba… Sí, esa es.

Ella señaló un edificio de madera, de tres pisos de altura, con una verja de hierro forjado y varias ventanas rotas.

—Como te dije, no es más que una casa desvencijada que pronto será propiedad del ayuntamiento —declaró él—. No contiene nada interesante, ninguna pista sobre los tres hombres que murieron en ella.

—No vas a conseguir que me desanime —le advirtió—. A mí me parece una historia de lo más interesante. Un Milan y un Calhoun que se enamoran de la misma mujer y mueren en un tiroteo con el padre de la chica… Es un misterio apasionante. Admítelo.

—Quizás lo sea para una forastera, pero no necesitamos que un hecho del pasado reavive las diferencias entre los Milan y los Calhoun. Las cosas han mejorado bastante en ese sentido, y me gustaría que siguieran así. Quiero que esta siga siendo una ciudad tranquila.

—Una ciudad tranquila con un porcentaje increíble de millonarios — observó ella.

—El oeste de Texas tiene petróleo y buen ganado, además de otros negocios que últimamente van bien —comentó.

Minutos después, tomaron una carretera estrecha, asfaltada. Destiny divisó dos hangares, una torre de control y un avión privado en una pista.

Wyatt sacó su teléfono y habló con el piloto para informarle de que estaban a punto de llegar. Destiny se sintió súbitamente entusiasmada ante la perspectiva de viajar con él, y se preguntó cómo reaccionaría cuando supiera que era una Calhoun. Hasta entonces, se había comportado como si la antigua enemistad de las dos familias no le importara en absoluto, pero eso no significaba que fuera cierto.

Por lo demás, empezaba a pensar que las advertencias de Mimi sobre los Milan carecían de fundamento. No sabía si tenía razón en lo tocante al resto de su familia, pero el sheriff de Verity no parecía un hombre mentiroso y manipulador, sino honrado, directo y sincero.

Miró sus firmes labios y se preguntó si la besaría esa noche. Wyatt le

gustaba, y estaba segura de que él sentía lo mismo por ella. Con suerte, se divertirían un poco y quizás, a base de besos, le arrancaría la entrevista que necesitaba.

Capítulo Tres

Al llegar al avión, Wyatt se detuvo junto a un hombre de cabello castaño y algunas canas que sonrió a Destiny.

—Te presento a Jason Whittaker, nuestro piloto —dijo—. Jason, esta es la señorita Jones, de Chicago.

—Llámame Destiny —ella le estrechó la mano—. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. Quién no ha visto tu programa alguna vez…

Destiny sonrió. Wyatt miró a Jason y se dio cuenta de que se la comía con los ojos, pero no le extrañó nada. Todos los hombres la miraban del mismo modo. No era de una belleza delicada y perfecta como Desirée, pero resultaba mucho más atractiva. Tenía carácter, pasión, un cuerpo absolutamente voluptuoso y un cabello rojo de aspecto tan rebelde como si se acabara de levantar de la cama.

—Parece que vamos a tener buen tiempo —les informó el piloto.

—En ese caso, pongámonos en marcha.

Wyatt la tomó del brazo para llevarla al interior del avión. En cuanto la tocó, sintió una descarga de deseo que lo dejó sin aire; pero se contuvo y se sentó con ella en uno de los sillones. El avión se empezó a deslizar por la pista y, unos minutos después, despegó.

—Cuéntame la historia de la casa de Lavita Wrenville.

—No hay mucho que contar. Al principio, Verity era un centro de ganaderos. A los Wrenville les fue tan bien que construyeron esa mansión, hicieron una fortuna con el ganado, al igual que los Milan y los Calhoun. De hecho, eran muy poderosos. Una de las familias más ricas de Texas —explicó.

—¿Tan rica como las vuestras?

—Sí. Y como ya te puedes imaginar, los Milan y los Calhoun competían siempre por todo: por la tierra, por el ganado, el agua y, naturalmente, por las mujeres.

—Sospecho que me vas a dar la versión corta de la historia.

—Es la única versión que conozco.

—Si tú lo dices. Pero adelante, te escucho.

—Con el tiempo, los Wrenville llegaron a amasar la mayor fortuna de estas tierras. Hubert Wrenville era dueño del banco, la tienda de suministros y el mayor bar de la localidad.

—¿Hubert era el padre de Lavita?

Él asintió.

—Sí. Fue una mujer excéntrica que vivió sola hasta su muerte —contestó—. En cuanto al resto de la historia ya la conoces. Dejó la mansión

al ayuntamiento de Verity, aunque la propiedad no era verdaderamente pública porque incluyó una cláusula según la cual no se puede vender ni cambiar en modo alguno hasta el año que viene.

—Ah, comprendo. Pero, ¿no sabes nada de la muerte de los tres hombres ni del tesoro que supuestamente está escondido en la casa?

—Eso no son más que rumores; leyendas que la gente se pasa de generación en generación. En el testamento de Lavita no se decía nada de eso.

—Interesante. Puede que cambie la perspectiva de mi programa. Podría hacer un reportaje sobre Lavita Wrenville y volver a Verity el año que viene.

—Buena idea, porque dudo que descubras nada hasta entonces —dijo Wyatt—. En todo caso, te he dicho todo lo que sé. Y no creo que haya ningún tesoro ni ninguna carta donde se explique lo que pasó.

—Supón que te equivocas. Supón que registro la casa y resuelvo el misterio.

—No serías la primera persona que registra ese lugar, y ninguna ha encontrado nada —le advirtió—. No es más que una leyenda.

Destiny sonrió.

—No quieres que me quede, ¿verdad?

Él se inclinó hacia delante y la clavó la mirada en sus ojos verdes.

—Oh, sí, por supuesto que quiero que te quedes. Tengo planes contigo. Los tengo desde que te vi en mi despacho —declaró con voz ronca.

—Entonces, será una velada muy interesante —dijo ella con un tono sensual—. Desde que te vi en el despacho, no he pensado en otra cosa.

Wyatt también sonrió.

—Confieso que no te pareces a ninguna de las mujeres que he conocido.

—Qué alivio.

Él no dijo nada.

—Háblame de esas muertes, por favor —continuó ella—. Solo sé que murieron un Milan, un Calhoun y el padre de Lavita.

Wyatt se echó hacia atrás y respiró hondo.

—Por lo visto, mi antepasado y el de los Calhoun estaban enamorados de ella. Según la leyenda, coincidieron en la casa y decidieron batirse en duelo a la mañana siguiente; pero el padre de Lavita oyó la discusión e intentó terciar en el asunto. Ella se asustó y salió corriendo de la casa.

—Y entonces, oyó disparos.

—En efecto. Parece ser que los tres hombres iban armados y murieron en el tiroteo —dijo—. Al principio, Lavita dijo que estaban muertos cuando volvió a la mansión; pero años más tarde, cuando estaba en su lecho de muerte, contó que uno seguía con vida y que le dijo lo que había pasado.

—Pero tengo entendido que no estaba completamente sola, que uno de los mozos de cuadra oyó lo que pasó. ¿No pudo verificar su historia?

Wyatt volvió a sonreír.

—Olvidas que ocurrió hace más de un siglo. Se dice que el mozo de cuadra fue a buscar su pistola y que, cuando entró en la casa, vio que los tres hombres estaban muertos; pero cualquiera sabe lo que pasó.

—Extraña actitud la de Lavita Wrenville. Si es cierto que uno de los hombres seguía con vida, ¿por qué guardó el secreto durante tantos años? ¿Por miedo a que la acusaran de obstrucción a la Justicia y la metieran en la cárcel?

—No lo creo. Las cosas funcionaban entonces de otra forma, y la suya era una familia muy influyente —contestó—. Puede que no quisiera decir la verdad por no avivar la rivalidad entre los Milan y los Calhoun.

—Pero no saldremos de dudas hasta que no encontremos la carta escondida de Lavita Wrenville, donde lo explica todo.

—Si es que existe…

Destiny asintió.

—¿Qué crees que hará el ayuntamiento con la casa?

—Supongo que subastarla.

—Habrá mucha gente interesada en comprar la propiedad.

—Lo dudo. Está lejos de la zona industrial de Verity, y los terrenos tampoco serían apropiados para levantar un centro comercial. Ten en cuenta que la ciudad creció en dirección contraria —explicó Wyatt—. Por si eso fuera poco, tiene el río a un lado y el cementerio, al otro. No está precisamente en el mejor lugar del condado. Y en cuanto a la mansión, se va a hundir en cualquier momento.

Wyatt cruzó las piernas, esperó unos segundos y añadió:

—Ahora que conoces toda la historia, espero que cambies de opinión y olvides el asunto. Todo eso pasó hace mucho tiempo. No tiene ningún interés.

—¿Intentas librarte de mí? —preguntó ella con ojos chispeantes—. Es un enigma con tres muertes, un posible tesoro escondido y dos familias que se llevan como el perro y el gato desde hace un siglo.

—En Texas hay misterios mucho más interesantes que ese. Ven un día a mi despacho y te daré una lista —dijo—. A los vecinos de aquí les gustaría que los dejaras en paz.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Como ya te he dicho, esta es una localidad tranquila, donde nunca pasa nada. El año pasado no tuvimos más problemas que el rescate del gato de los Dixon, que se había metido en una chimenea, y el hundimiento del muelle de Doc Damon, que se rompió en plena tormenta y se fue flotando río abajo.

—Pues no parece que los vecinos de Verity estén muy a disgusto. Han sido muy amables conmigo.

—Porque eres una mujer tan sexy como famosa. Sienten curiosidad por ti, no por la vieja mansión de Lavita.

—Gracias por el cumplido, pero no me ha dado la impresión de que les moleste mi interés por esa casa. ¿No crees que podrías estar equivocado al respecto?

—Conozco muy bien la ciudad —contestó—. Casi todas las personas que se han mostrado tan amables contigo eran hombres. Sospecho que la mayoría de las mujeres no se sentirán precisamente encantadas con tu presencia. Y, en cualquier caso, la actitud de todos cambiará cuando sean conscientes de que tu programa puede reavivar las rencillas entre los

Milan y los Calhoun.

—¿Siempre tienes razón, Wyatt?

—No, pero no me suelo equivocar cuando confío en mi instinto.

Ella soltó una carcajada.

—No parece que te preocupe la posibilidad de que toda la ciudad se ponga en tu contra —observó él.

—Por supuesto que me preocupa —dijo ella con humor—. Solo estaba pensando que debe de ser una sensación maravillosa.

—¿A qué te refieres?

—A pensar que siempre tienes razón.

Wyatt rompió a reír.

—Pasa uno de estos días por mi despacho y te daré una lista de misterios texanos mucho más interesantes —insistió.

Como necesitaba un respiro en la conversación con su bella y tenaz oponente, se levantó y se dirigió a la cabina para preguntar al piloto por la hora prevista de llegada. Cuando volvió y se sentó, tenía intención de dedicarse a admirar las vistas por la ventanilla; pero se fijó en sus manos desnudas y dijo:

—Veo que no llevas anillo de casada.

—Porque no lo estoy. De hecho, no hay ningún hombre especial en mi vida.

—Me alegro de saberlo. Al fin y al cabo, voy a cenar contigo esta noche.

—Pero no vas a cenar conmigo porque yo te guste. Me has invitado para intentar convencerme de que olvide el asunto y me vuelva a Chicago —afirmó Destiny—. No será una cena de placer, sino de negocios.

Él se inclinó de nuevo hacia delante y la volvió a mirar a los ojos.

—No estoy seguro de que vaya a ser una cena de negocios. La conversación que acabamos de mantener es lo más parecido a eso, pero ya he dicho todo lo que tenía que decir al respecto. Y, francamente, ardo en deseos de cenar contigo.

—Eres un hombre muy contradictorio, Wyatt. Por una parte, quieres que me vuelva a Chicago y, por otra, quieres cenar conmigo.

—No soy un hombre contradictorio; pero, en este momento, mis sentimientos lo son —le confesó él—. Has complicado mucho mi tranquila existencia.

—A veces, la vida es más interesante con unas cuantas complicaciones —declaró ella—. Y estoy segura de que serás perfectamente capaz de afrontar esta.

—Eso espero.

El pulso de Wyatt se aceleró otra vez. Definitivamente, Destiny Jones era todo un desafío. El desafío más excitante que se le había presentado nunca.

Wyatt la tomó del brazo y la llevó a la limusina que los estaba esperando en el aeropuerto de Dallas. Después, se sentaron en el interior del vehículo y se dedicaron a disfrutar del paisaje, en silencio. Destiny lo miró y pensó que parecía completamente relajado, pero no se dejó

engañar por las apariencias. El ambiente estaba cargado de electricidad.
Al cabo de un rato, él preguntó:
—¿La limusina roja es tuya?
Ella sacudió la cabeza.
—No, la alquilé para hacer este viaje.
—¿Y siempre viajas con el mismo equipo?
—No, no siempre —respondió—. Amy está conmigo a tiempo completo desde el éxito que tuve con mi primer libro; Virginia Boyden, la operadora de cámara, depende de la cadena de televisión; y su esposo, Duke Boyden, es mi chófer. Duke y yo nos conocemos desde siempre. Estuvo trabajando para mi madre, así que se puede decir que es como de mi familia. También trabaja para otros clientes, pero lo contrato cuando lo necesito.
—Se nota que eres una persona ocupada, acostumbrada conseguir lo que quiere.
—Como tú —dijo ella—. Pero háblame de ti. Eres el mayor de tus hermanos, ¿verdad?
—Sí, lo soy.
—¿Y por qué te hiciste sheriff? Siento curiosidad.
—Mi familia tiene una vieja tradición. Todos los Milan estudian Derecho y se dedican a algún trabajo relacionado con las leyes. Pero yo soy como mi hermano Tony. Los ranchos me interesan mucho más que la abogacía o la judicatura y, como me puedo permitir el lujo de hacer lo que quiera, opté por hacer lo que me gusta —contestó—. No tenía intención de ser sheriff, pero los vecinos me convencieron.
—Eso me han dicho. Se comenta que la gente confía en ti y que te tienen por un hombre honrado —declaró.
—Para mí es un honor. Una forma de ayudar a mi comunidad.
Destiny supo que estaba siendo sincero, y le agradó mucho. Además de gustarle su físico, le empezaba a gustar su carácter.
—¿Qué hacen tus hermanos? ¿A qué se dedican?
—Nick es diputado del Estado de Texas y miembro del bufete Milan, Thornridge y Appleton. Tony estudió derecho y trabajó de abogado una temporada, pero lo dejó para ser ranchero. Y mi hermana, Madison, es pintora, se acaba de casar.
—Ah, sí, Madison Milan Calhoun. Es una artista de gran talento. Conozco su obra por la galería que tiene en Dallas —comentó—. Pero dime, ¿puedo utilizar la información sobre la tradición legal de los Milan?
—Si quieres…
—Lo añadiré a la historia de tu familia.
—Sinceramente, espero que al final no grabes nada sobre los Milan, los Calhoun o Verity. Me gustaría que mi ciudad siguiera siendo tan tranquila como antes.
Destiny no dijo nada. Se limitó a sonreír.

***

La limusina se detuvo delante del edificio del club de campo de Dallas. Destiny era muy consciente de la cercanía física de Wyatt, pero lo fue aún

más cuando la siguió al interior del restaurante, porque tuvo la seguridad de que estaba admirando sus caderas.

Uno de los camareros se acercó a ellos y los llevó a una salita privada. Luego, les tomó nota y los dejó a solas.

—Estoy impresionada —dijo ella con una sonrisa—. Una sala privada, velas en la mesa y flores por todas partes. Veo que te has ocupado de todo.

—De todo, no… Todavía —replicó con voz sensual—. Espero no haberte decepcionado al traerte a un lugar tan íntimo. Tal vez preferías un lugar con más gente, donde pudieras tener otro encuentro con la prensa.

—No, esto es mucho mejor. Así podré saber más de la historia de Verity y de los Milan. Háblame de tu familia.

—Es una familia normal y corriente. Mi padre es juez y vive en Dallas con mi madre. Por lo demás, tengo dos hermanos y una hermana de los que ya te he hablado —dijo—. ¿Y la tuya? Si la memoria no me falla, tu madre era actriz y tu padre, director y guionista.

—En efecto. Murieron hace tiempo.

—También sé que eres californiana, que naciste en Los Ángeles, que estás soltera, que tienes un programa de televisión sobre misterios sin resolver y que te has convertido en una autora de éxito.

—Correcto. Tienes buena memoria.

Él se levantó y la tomó de la mano.

—¿Te apetece bailar?

Ella le dedicó una sonrisa, aunque su contacto físico le había causado un cosquilleo que la inquietó. Cuando llegaron a la pista, se alegró de que el grupo musical estuviera interpretando un tema de rock clásico. Wyatt le soltó la mano y se pusieron a bailar. Destiny se llevó una sorpresa cuando vio que era un buen bailarín, y se recordó que no debía cometer el error de subestimarlo.

Tras la tercera canción, la tomó del brazo y la sacó de la pista.

—Volvamos un momento a la mesa. Ya habrán servido las bebidas y, además, me gustaría quitarme la chaqueta.

Momentos después, Wyatt colgó la chaqueta en el respaldo de su silla y alcanzó la botella de vino blanco que el camarero había dejado en una cubitera. Después, sirvió dos copas y se bebió la suya casi de un trago.

—¿Seguimos bailando?

—Me encantaría —contestó—. Pero me sorprende que no toquen las típicas baladas de música country. Esto parece un club de ciudad.

—Bueno, es lógico que el grupo toque cosas alegres —dijo mientras regresaban a la pista—. La gente se quiere divertir.

—¿Y qué te divierte a ti, Wyatt?

—Bailar, reír, estar con los amigos… —Wyatt la tomó entre sus brazos y se puso a bailar con ella—. Pero sobre todo, me gustan los besos apasionados y las mujeres seductoras.

Destiny supo que estaba coqueteando con ella, y le encantó. Estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, aunque normalmente no permitía que las cosas fueran a más. A diferencia de su hermana, que consumía hombres con una facilidad asombrosa, ella no solía pasar de la fase del coqueteo.

Le clavó la mirada en los labios a Wyatt y consideró la posibilidad de besarlo. Pero apenas se conocían y, por otra parte, no había olvidado lo que Amy le había dicho: que una mujer le había partido el corazón y que, desde entonces, huía de las relaciones amorosas serias.

Además, le desconcertaba que Wyatt Milan le gustara tanto. Ciertamente, era muy atractivo; pero no pertenecía a la clase de hombres que le llamaban la atención. Tenía un carácter tranquilo y despreocupado. Era un vaquero que amaba su rancho y que estaba acostumbrado a hacer las cosas a su modo.

¿Por qué lo encontraba tan excitante?

En general, los hombres con los que salía eran parecidos a ella: profesionales de televisión que disfrutaban del cine, los conciertos y las exposiciones. Sin embargo, Wyatt estaba en el polo opuesto, tanto por su carácter como por su forma de vida.

Destiny se recordó que no estaban allí por placer, sino porque él la quería convencer de que renunciara a la idea de grabar el programa. Aquella no era una cita como tantas. Por mucho que rieran, coquetearan y bailaran, sus voluntades chocaban constantemente. Y sospechaba que Wyatt no reaccionaría bien cuando le anunciara que estaba con una Calhoun.

En cualquier caso, no tenía la menor intención de marcharse de Verity sin haber conseguido lo que quería; así que se olvidó de la casa de Lavita Wrenville, de los Milan, de los Calhoun y de la vieja leyenda y se dedicó a disfrutar del presente.

Wyatt no le quitaba los ojos de encima. Cada vez que se rozaban, Destiny volvía a sentir el deseo de probar sus labios. Hasta se habría contentado con un simple beso de buenas noches, al final de la velada. Era de lo más desconcertante. En teoría, Wyatt solo buscaba que hiciera las maletas y se marchara de Verity; pero había resultado ser el acompañante perfecto.

Cuando regresaron a la mesa, Wyatt se puso la chaqueta otra vez.

—¿Por qué te la pones? —preguntó ella—. Esta es una salita privada, y a mí no me importa.

—Pero estoy con una mujer preciosa que, además, tiene su propio programa de televisión. Yo diría que es lo más adecuado.

—Gracias…

El camarero apareció con las ensaladas que habían pedido y se fue.

—No puedo hacer nada para convencerte de que te olvides de la casa de los Wrenville, ¿verdad? —declaró Wyatt.

Ella sacudió la cabeza.

—No, nada de nada. Pero mi estancia será breve —dijo—. De hecho, puedes venir conmigo cuando empecemos a rodar.

—No, gracias. No quiero aparecer en un programa de televisión.

—Podríamos hacer un trato.

—¿Un trato?

—Tú me concedes una entrevista y hablas de los Milan, de la mansión de Lavita y de lo crees que se encontrará el año que viene, cuando pase a estar bajo control del ayuntamiento. A cambio, te daré lo que tú quieras.

—No, se me ocurre un trato mejor.
—¿Cuál?
—Tú te vas de Verity y yo te concedo la entrevista.
—Si no grabo el programa en la mansión, no tendrá ningún sentido.
—¿Y quieres grabar ahora?
—No, en absoluto. De momento, solo vamos a sacar unas cuantas fotografías. Estamos en la fase preliminar —contestó—. Luego, estudiaremos el material que tenemos y decidiremos si merece la pena.
—Es poco común que la presentadora de un programa participe en el proceso de investigación —observó él.
—Lo sé, pero yo no soy una presentadora normal y corriente. Me gusta trabajar en mis casos. Y, sobre todo, necesito información para mi próximo libro.
—Parece que tu libro te importa más que el programa.
—No sé si me importa más, pero me importa —dijo con una sonrisa—. Es una historia fascinante, con muchas posibilidades. Mañana he quedado con el director de la biblioteca, y tengo intención de pasar por la Sociedad de Genealogía de Verity. Puede que encuentre información sobre las muertes de esos hombres. Quizás haya algo en los archivos o en la prensa de la época.
—Solo encontrarás lo que yo te he dicho.
—Bueno, ya veremos.
—¿Quieres que vayamos ahora mismo y te demuestre que esa casa no oculta nada, ni un vulgar fantasma?
Ella volvió a sonreír.
—No es necesario. Además, no quiero entrar en esa casa sin que mi chófer esté presente.
—¿Tu chófer? —preguntó con desconcierto.
—Duke es algo más que un conductor. Fue policía.
—Ah, un antiguo policía, es la mejor noticia que recibo desde que encontré esa limusina en mi plaza de aparcamiento.
Destiny rio.
—¿La mejor noticia? Me decepciones, Wyatt. ¿Te parece mejor que charlar, bailar y cenar conmigo?
Él se echó hacia delante.
—Charlas, bailas y cenas conmigo porque quieres algo de mí —replicó —. No estás aquí por placer, Destiny.
Las palabras de Wyatt sonaron duras, pero la mirada de sus ojos azules estaba cargada de deseo. Destiny se dio cuenta y pensó que, si la mesa no hubiera estado entre ellos, la habría besado.
—Eso no es totalmente cierto. Sé que sentiste algo cuando nos conocimos, Wyatt… ¿o lo vas a negar?
—No, no lo voy a negar. Eres una mujer muy sexy.
Ella se estremeció.
—¿Lo ves? Yo tengo razón. Los dos estamos disfrutando de la velada.
—Pero, a pesar de ello, has venido porque quieres algo de mí —insistió él.
El camarero apareció entonces con los segundos platos, unas costillas

para Wyatt y una pechuga de pollo para Destiny. Mientras comían, él le contó leyendas de Texas y ella pensó que hacía tiempo que no se divertía tanto.

Después de cenar, volvieron a la pista y bailaron más temas de rock hasta que, una hora más tarde, el grupo empezó a tocar una balada. Wyatt la tomó entonces entre sus brazos. Destiny fue tan consciente de su altura, de los roces de sus piernas y del contacto de su pecho que solo podía pensar en su boca y en quedarse a solas con él.

—Creo que tenías miedo de bailar pegado a mí. Has esperado mucho tiempo. Ya es casi media noche —declaró.

Él la miró con intensidad.

—No ha sido precisamente por miedo —dijo con voz ronca y sensual—. Ha sido por cautela, Destiny. Sabes lo que siento por ti: te quiero entre mis brazos. De hecho, quiero estar contigo toda la noche.

A Destiny se le aceleró el pulso.

—Así que me deseas, pero no te gusto…

—¿Que no me gustas? Eres espectacular; una mujer absolutamente impresionante. Estoy disfrutando mucho contigo.

—Gracias, pero empiezo a pensar que he desatado algo que, quizás, no nos conviene —susurró ella.

—Demasiado tarde, Destiny. Esto empezó cuando entraste en mi despacho sin permiso. Ya sabes lo que se dice: ten cuidado con lo que deseas, porque se puede hacer realidad.

—Es un dicho que también se te puede aplicar a ti.

—Sí, eso es cierto —dijo Wyatt—. Pero, ¿qué te parece si nos vamos?

Ella asintió, a sabiendas de que su pregunta implicaba muchas cosas.

—Me parece perfecto.

Volvieron a la mesa y pagaron la cuenta. Destiny alcanzó el bolso y lo acompañó a la limusina, que los llevó de vuelta al aeropuerto.

***

Durante el viaje, no le pudo quitar los ojos de encima. Estaba tan expectante que su cuerpo vibraba.

Cuando por fin llegaron al Hotel Verity, ella lo miró y le preguntó:

—¿Te apetece una copa?

—Por supuesto.

—Supongo que ya habrás estado en las suites del último piso —dijo ella mientras cruzaban el vestíbulo.

—Sí, claro. Los decoraron con muebles de época, para mantener el estilo del hotel.

Ya en la suite, él se quitó la chaqueta y se soltó la corbata.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Destiny desde el pequeño mueble bar.

Wyatt no contestó a la pregunta. En lugar de eso, se acercó a ella, le puso las manos en la cintura y dijo:

—Por fin. Llevo toda la noche esperando este momento.

A continuación, alzó un brazo y le quitó las horquillas del pelo una a

una, lentamente, hasta dejárselo suelto. Destiny estaba asombrada con la intensidad de su propio deseo, porque nunca había sentido nada parecido; pero, sobre todo, le sorprendía que el hombre que le causaba esas sensaciones fuera precisamente un Milan, el sheriff de Verity, el que estaba empeñado en que abandonara la idea de grabar su programa.

Pero no tuvo ocasión de seguir pensando. Wyatt la besó entonces y, después, sin que Destiny fuera completamente consciente de lo que hacía, le desabrochó el vestido y le bajó la parte superior de la prenda. El aire frío le acarició los hombros, y él corazón se le desbocó cuando él le puso las manos en los senos y le empezó a acariciar los pezones sin obstáculo alguno, porque Destiny no llevaba sostén.

Había viajado a Verity para investigar un misterio. No había pensado mucho en su reunión con Wyatt. No esperaba que ocurriera nada especial. No esperaba sentir una necesidad tan apremiante de sus besos y sus caricias. No esperaba que su propio deseo se desbocara hasta el punto de nublarle los pensamientos.

Respiró hondo, lo miró a los ojos y se quedó anonadada con el impacto de su expresión, la de un hombre que la deseaba con toda su alma. Pero ella también lo deseaba, de modo que llevó las manos a su camisa, le desabrochó los botones y, conseguido su objetivo, le acarició suavemente su duro pecho.

—Eres preciosa —susurró él sin dejar de besarla.

Ella suspiró y volvió a pasarle una mano por el oscuro y rizado vello. En respuesta, Wyatt se inclinó y le succionó un pezón, arrancándole un gemido.

—Oh, Wyatt, Wyatt… —acertó a decir Destiny—. ¿Qué estamos haciendo? Nos acabamos de conocer…

—No creo que eso importe —contestó él en voz baja—. Deseas esto tanto como yo. Lo sé desde el principio.

Ella volvió a gemir. Durante toda la velada, había sido plenamente consciente de que acabarían así en algún momento; pero no se había preguntado si quería hacer el amor con él. Y ahora no podía pensar.

Asaltó su boca con pasión y se apretó contra él. Wyatt le devolvió el beso con la misma intensidad y, antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que había pasado, se encontraron desnudos y en la cama.

—¿Tienes preservativos? —preguntó ella sin aliento.

Él entrecerró los ojos un segundo y, acto seguido, se levantó y sacó uno de la cartera. Luego, volvió a su lado y le acarició los muslos.

Destiny no lo podía creer. ¿Cómo era posible que deseara a un hombre como Wyatt Milan, tan distinto a los que había conocido, tan diferente de ella? ¿Cómo era posible que le quisiera hacer el amor cuando se habían conocido ese mismo día, apenas unas horas antes? No encontró respuesta alguna, pero tampoco le importó. Se abrió a él y dejó que la penetrara.

Lo que ocurrió a continuación fue tan sorprendente como todo lo demás. Estaban perfectamente sincronizados, como si se conocieran desde siempre. Wyatt la arrastró poco a poco hacia el orgasmo, sin dejar de besarla y acariciarla. La frente y los hombros se le habían cubierto de sudor, y era obvio que estaba haciendo esfuerzos por no llegar al clímax

antes que ella.

—¡Wyatt…! —gritó ella segundos más tarde.

La descarga de placer fue tan intensa que no pudo hacer nada salvo dejarse llevar. Wyatt siguió adelante durante unos momentos, hasta que se deshizo en su interior con un gemido. Destiny lo abrazó con fuerza, embriagada por sus propias sensaciones.

Al cabo de un rato, él le dio un beso en la frente y se puso de lado.

—Eres una mujer increíblemente bella, Destiny. Creo que estábamos condenados a esto desde que nos vimos en comisaría.

Ella sonrió y le dio un beso en los labios. Él respondió apasionadamente, como si no acabaran de hacer el amor; y pocos minutos después, se puso otro preservativo, se situó encima de Destiny y la penetró de nuevo.

La mente de Destiny se quedó en blanco. Ya no pensaba en nada; ya no le preocupaba nada. Se movieron al unísono, con un ritmo creciente que la fue empujando hacia una espiral de necesidad. Las manos de Wyatt le acariciaban todo el cuerpo. Sus labios la asaltaban una y otra vez. Hasta que, de nuevo, llegaron al orgasmo.

Entonces, él le apartó el pelo de la cara y dijo:

—Eres un enigma, ¿sabes?

—¿Lo dices porque se nota que no había hecho el amor en mucho tiempo?

Él sonrió y guardó un silencio caballeroso.

—Bueno, no he conocido a tantos hombres que me interesen —continuó ella—. Puede que no me creas, pero soy más bien tímida con estas cosas. Aunque hago lo posible por mantener una imagen de mujer atrevida.

—Sí, ya lo sé. Pero me has sorprendido de nuevo. De hecho, eres una caja de sorpresas —dijo, mientras le acariciaba los labios.

Ella le besó la mano y él volvió a sonreír.

—Eres una mujer asombrosa.

—Y tú un hombre maravillosamente sexy. Pero, a pesar de ello, no tengo intención de hacer las maletas y marcharme.

—No recuerdo haberte puesto ninguna condición para acostarme contigo —replicó Wyatt.

Destiny se ruborizó un poco.

—Eso es cierto. Y espero que nos llevemos bien cuando te des cuenta de que no pienso causar ningún problema a tu ciudad —dijo ella—. Puede que seamos muy distintos, pero es evidente que nos compenetramos.

—Sí, es evidente.

Wyatt le acarició los pechos. Ella se estremeció una vez más.

—Quiero que te quedes aquí, entre mis brazos —dijo Destiny—. De todas formas, ya es muy tarde, son más de las dos y media.

—Me quedaría contigo toda la noche, pero será mejor que vaya. No quiero que toda la ciudad sepa que nos hemos acostado.

—¿Te daría vergüenza que lo supieran? —preguntó con humor.

—Por supuesto que no. Pero aprecio mi intimidad y me disgusta que la gente se meta en mis asuntos. Aunque supongo que tú no lo entiendes —afirmó—. Eres un personaje público y te viene bien que hablen de ti, o de nosotros.

—En eso tienes razón. Estoy acostumbrada a que la gente se fije en mí. Y no les llamaría mucho la atención si solo les ofreciera la visión de mi melena roja.

—A mi me gusta tu pelo. Es precioso —dijo mientras jugueteaba con él.

Se miraron a los ojos durante unos segundos y los dos se volvieron a excitar. Pero Wyatt rompió el hechizo y se levantó.

—Me voy a duchar y a vestir. Tengo que irme.

—¿Nos veremos de nuevo? —preguntó ella desde la cama.

Wyatt se inclinó sobre ella y la besó.

—Nos veremos de nuevo y volveremos a hacer el amor —declaró con firmeza—. Tú y yo acabamos de empezar, Destiny. Estamos lejos de haber encontrado la satisfacción que necesitamos. Lo noto en tu pulso. Y en el mío.

Él la soltó, alcanzó su ropa y salió del dormitorio sin mirar atrás.

Destiny entró en el cuarto de baño de su habitación. Aún sentía el eco de sus besos y caricias, y seguía sorprendida por lo sucedido. Eran dos personas muy diferentes que, además, estaban separadas por la vieja contienda de los Milan y los Calhoun y por la mansión de Lavita Wrenville. Pero, a pesar de ello, lo deseaba. Y sabía que su deseo no iba a desaparecer así como así.

En ese momento, se le ocurrió una idea inquietante. ¿Qué pasaría si se enamoraba de Wyatt Milan?

Desestimó la idea con rapidez y se recordó que no se había enamorado en toda su vida. Además, era altamente improbable que llegara a querer tanto a un sheriff de una pequeña localidad de Texas, a un ranchero, a un vaquero tan alejado de su mundo como la Luna de la Tierra. Tendrían una relación sexual, pero nada más. Ni era el hombre de su vida ni estaba buscando uno.

Cuando terminó de ducharse, se puso unos vaqueros y una camiseta y se dirigió a la cocina, siguiendo el aroma a café.

Wyatt estaba sentado a la mesa, con una taza entre las manos. Al verla, se levantó y la miró de arriba abajo con tanta pasión que le arrancó un escalofrío.

—He pensado que necesitaba un café antes de volver a casa. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias, pero ya me lo sirvo yo. Siéntate.

Ella sacó una taza, la llenó y la llevó a la mesa. Wyatt no se había sentado todavía; le acercó una silla en gesto caballeroso y no se acomodó hasta que ella lo hizo. Entonces, le puso una mano en la nuca y le dio un beso apasionado.

Los dos jadeaban cuando rompieron el contacto.

—Lamento no poder quedarme toda la noche —declaró él.

Ella admiró sus ojos azules y dijo:

—Has sido una sorpresa en todos los sentidos.

—Y tú. No te pareces nada a tu hermana.

—No, no nos parecemos mucho, pero siempre nos hemos llevado bien.

Supongo que, para ella, he sido algo más que una hermana. Nuestra madre falleció cuando Desirée tenía diecisiete años, pero llevaba mucho tiempo enferma y, además, su trabajo la mantenía tan ocupada que yo ejercí de madre hasta el día de su muerte. Era modelo, ¿sabes? Aunque luego dejó la pasarela y se dedicó a la publicidad.

Wyatt guardó silencio y la dejó hablar.

—Sé que doy la impresión de ser una especie de devoradora de hombres, pero la verdadera seductora es Desirée. A decir verdad, me he acostado con tan pocas personas que casi las puedo contar con los dedos de una mano —le confesó—. Sin embargo, mi hermana es cuestión aparte. Ya le faltaban dedos cuando estaba en el instituto. Colecciona hombres como quien colecciona cromos. Creo que debería cambiar de vida, pero a ella le gusta.

—No la puedes cambiar, Destiny.

—Ya lo sé… Además, es tan obstinada como yo. Lo habrá heredado de mi familia.

Él soltó una carcajada y se levantó de la mesa para dejar su taza vacía en la pila.

—En fin, me tengo que ir —anunció.

Destiny lo siguió hasta la puerta de la suite, admirando sus anchos hombros y su oscuro y rizado cabello.

—Gracias por hablarme de los Wrenville. Y gracias por la cena… Ha sido una velada verdaderamente maravillosa.

—Sí, lo ha sido —dijo él en voz baja—. ¿Podemos repetirla esta noche?

—Me encantaría, pero no es posible. El alcalde y su esposa me han invitado a cenar en su casa. No puedo rechazar la invitación.

—Bueno, quizás nos veamos por ahí en algún momento del día.

Él la miró a los ojos, pero no se marchó; se quedó de pie, inmóvil. Ella le puso una mano en el pecho, deseando que la besara y que se quedara en la suite.

—Wyatt…

—Hasta luego, Destiny.

Cuando él entró en el ascensor, ella cerró la puerta. Ardía en deseos de verlo otra vez, aunque sabía que aquello no tenía futuro. Ella vivía entre Chicago y Los Ángeles; y él, en una pequeña ciudad de Texas. Además, no sabía cómo reaccionaría cuando descubriera que era una Calhoun; y, aunque todo se desarrollara de la mejor manera posible, Wyatt no parecía interesado en mantener un relación seria. Si no tenía cuidado, le rompería el corazón.

Volvió al dormitorio, miró la cama e imaginó el largo y musculoso cuerpo de su amante. Era el hombre más sexy que había conocido, y uno de los dos que más le habían gustado. Pero Wyatt le parecía más intenso en comparación. Tal vez, porque ya no era una jovencita que no conocía bien su propio cuerpo, sino una mujer perfectamente capaz de comprender sus propias reacciones.

Se preguntó qué pasaría cuando Wyatt conociera su secreto, cuando supiera que era una Calhoun. ¿Sería el final de su relación? No tenía forma de saberlo, pero había decidido que lo desvelaría esa misma tarde y no

encontró motivo alguno que justificara un cambio de planes. Desde el punto de vista informativo, era el momento perfecto. Llamaría la atención de todo el mundo.

Se quitó los pantalones y la camiseta y se puso un pijama. No lo habría hecho si Wyatt se hubiera quedado en la suite, pero se había ido y quería estar más cómoda. Después, se tumbó en la cama y se puso a pensar en lo que Wyatt habría sentido. Para ella, aquella noche había sido una revelación; pero, ¿también lo había sido para él?

Desgraciadamente, el sheriff de Verity era el hombre más enigmático con el que se había acostado. A pesar de la intensidad de su primer encuentro, seguía siendo un completo desconocido. Y ni siquiera alcanzaba a adivinar sus emociones.

Sin embargo, le había ofrecido una experiencia que, en otros aspectos, resultaba de lo más refrescante. No se sentía atraído por su fama. Parecía sinceramente interesado en ella, en su forma de ser. Y tenía virtudes que le gustaban mucho: era un hombre honrado, sincero, sencillo y con carisma que, además, por lo poco que le había contado de su vida, era leal a su familia y amigos.

Sacudió la cabeza y se preguntó cómo era posible que se hubiera encaprichado de un hombre en tan poco tiempo. Fuera por la razón que fuera, supo que no iba a ser fácil de olvidar. Y también supo que le iba a complicar las cosas durante los días siguientes.

Solo esperaba que no se interpusiera en su camino. Porque Destiny Jones tenía sus propios planes en lo referente a los Milan y los Calhoun, y sabía que a Wyatt no le iban a gustar. Nada de nada.

Capítulo Cuatro

Wyatt no la pudo expulsar de sus pensamientos. Durmió unas pocas horas y se despertó, ansiando estar a su lado. Se había vuelto adicto a su cuerpo, desde su rebelde cabello rojo hasta sus largas y preciosas piernas.

Al pensar en ella, le pareció paradójico que una mujer como Destiny Jones, que parecía una libertina e irradiaba sexualidad por todos los poros, se hubiera acostado con pocos hombres; y que Desirée, que daba la impresión de ser una muñequita virginal, saltara de relación amorosa en relación amorosa.

Definitivamente, Destiny le había sorprendido. Se preguntó si se habría enamorado alguna vez y se dijo que se interesaría al respecto la siguiente vez que se vieran.

Se acordó de Katherine, la mujer que le había partido el corazón. Era alta, rubia, de ojos azules, una preciosidad de la que se había enamorado locamente, hasta el extremo de abrirle su alma y de creer que había encontrado al amor de su vida. Estaba tan cegado con ella que no quiso ver su distanciamiento ni cuando empezó a buscar excusas para no verlo. Y cuando Katherine rompió con él, se hundió por completo.

Con el tiempo, lo superó. Pero, desde entonces, había hecho todo lo posible por no ponerse otra vez en una situación tan vulnerable; por no permitir que le volvieran a hacer tanto daño. El amor era demasiado peligroso. Solo necesitaba una intensa y satisfactoria relación sexual; una relación como la que, aparentemente, le ofrecía Destiny.

La noche anterior había sido todo lo que esperaba y mucho más. Era la mujer más sexy que había conocido. El simple hecho de pensar en ella lo excitaba. Y habría dado cualquier cosa por quedarse en la suite hasta la mañana siguiente; pero no quería que la gente se enterara y que se desataran todo tipo de chismorreos y rumores.

Pero, si Destiny solo le interesaba desde un punto de vista estrictamente físico, ¿por qué no se la podía quitar de la cabeza?

Aún estaba dando vueltas al asunto cuando se dio cuenta de que ya había amanecido. Si no se daba prisa, llegaría tarde al trabajo. Así que bajó corriendo a la cocina, se tomó un café y un cuenco de cereales y se marchó.

Estaba decidido a vigilar los movimientos de Destiny. Había sido muy inteligente al escribir al gobernador del Estado; si solo hubiera escrito al alcalde de Verity, él habría tenido alguna posibilidad de imponer su criterio como sheriff, pero el gobernador era un hombre demasiado poderoso. Si le había concedido permiso para entrar en la antigua mansión, no podría hacer nada por impedirlo.

Wyatt sonrió a su pesar. Era una mujer imprevisible, sorprendente y tan astuta como para adelantarse a los acontecimientos y ganarle la partida por la mano. Una mujer verdaderamente admirable.

Al entrar en la comisaría, vio que Dwight estaba guardando unos documentos.

—Buenos días, Wyatt. Hemos recibido un montón de llamadas, pero les he dicho que llamen al despacho del alcalde. La gente quiere saber si Destiny Jones va a rodar hoy en la mansión de los Wrenville y si tiene intención de hablar otra vez con la prensa —le informó con rapidez—. Incluso han llamado de su hotel… dicen que el vestíbulo está lleno de vecinos que le quieren pedir un autógrafo.

—Maldita sea. En fin, supongo que se irá pronto a Chicago —dijo Wyatt —. Si siguen llamando, diles que no sabes lo que piensa hacer ni cuándo lo piensa hacer.

—Eso es justo lo que les digo —afirmó Dwight—. Por cierto, también ha llamado Mabel Lake.

—¿Y qué quería?

—Se ha enterado de que cenaste anoche con Destiny y deseaba saber si estás saliendo con ella. Le he dicho que solo era una cena de trabajo.

—Gracias, Dwight. Efectivamente, fue una cena de trabajo. Bueno, hasta donde puede serlo con una mujer como ella.

—¿Sabes si se va a pasar por aquí?

—No tengo ni idea —contestó—. Y me temo que no puedo impedir que entre en la mansión de Lavita Wrenville. El gobernador de Texas le ha dado permiso para visitar la casa y grabar el programa. Destiny tiene una carta firmada por él.

—Dios mío, ¿cómo ha conseguido que le dé permiso?

Wyatt se encogió de hombros.

—De la forma más fácil del mundo. Le escribió y se lo pidió.

En ese momento, le sonó el teléfono. Dwight contestó y la cara se le iluminó con una sonrisa de oreja a oreja; pero la sonrisa se le heló en los labios cuando vio la cara de su jefe.

—Sí, señorita Jones, el sheriff acaba de llegar… Si le parece bien, le pasaré su llamada al despacho.

Wyatt corrió al despacho y levantó el auricular.

—Buenos días, Destiny.

—Buenos días, Wyatt —dijo ella con un tono de voz profundamente sexy—. Te llamo para informarte de que vamos a ir a la mansión de los Wrenville. Tenemos que decidir si merece que grabemos un programa.

—Entonces, ¿aún no lo habéis decidido?

—No, aún no. Como te dije, primero tenemos que sacar fotografías e investigar un poco —respondió Destiny—. Pero he pensado que querrías venir… Así podrás ver lo que hacemos. Además, me gustaría que me enseñaras el sitio donde murieron los tres hombres.

Wyatt dudó un momento. Por una parte, no quería hacer nada que la animara a seguir con el asunto de la mansión; por otra, le apetecía estar con ella.

—Pasaré más tarde por ahí.

—Magnífico. Tengo unas cuantas preguntas que hacerte —dijo—. Luego nos vemos… Ahora me tengo que ir.

Ella colgó el teléfono y él echo un vistazo al calendario. Tenía un compromiso a última hora de la mañana, de modo que habló con Dwight y le pidió que lo retrasara. Después, se puso a trabajar y, a la una en punto, salió de comisaría, se subió al coche y se dirigió a la mansión de Lavita Wrenville, adonde llegó unos minutos después.

Hacía años que no pasaba por allí. Veía la casa cuando pasaba por la carretera, pero nada más. Y estaba en peor estado que nunca. La pintura había desaparecido, casi todas las ventanas estaban rotas y uno de los escalones del porche se había partido, aunque alguien había hecho un apaño temporal para que no se hundiera. Wyatt supuso que habría sido cosa del alcalde, para que el equipo de televisión no sufriera un accidente.

Bajó del coche y se dijo que hablaría con Gyp para decirle un par de cosas por no informarle de la visita de Destiny. Cuando subió al porche, se encontró cara a cara con su chófer, un hombre más bajo que él pero mucho más fuerte y musculoso.

—Hola, soy el sheriff Wyatt Milan.

—Yo soy Duke Boyden.

Wyatt le estrechó la mano.

—Destiny me ha dicho que fuiste policía.

—Sí, lo fui. Dejé el trabajo y me mudé a Chicago cuando mi esposa empezó a trabajar para ella —le informó.

—Hablando de Destiny, ¿sabes dónde está?

—Sí, por supuesto. Sígueme. Creo que te quiere hacer unas preguntas.

Entraron el edificio y se detuvieron en el amplio vestíbulo. Wyatt echó un vistazo a su alrededor, para ver si lo habían limpiado. Tal como suponía, el polvo y las telas de araña habían desaparecido.

Justo entonces, Destiny salió de una habitación en compañía de una mujer muy guapa, de cabello castaño.

—Hola, Wyatt. Veo que ya has conocido a Duke… Te presento a Amy Osgood, mi prima y ayudante. Amy, este es el sheriff Wyatt Milan.

—Encantado de conocerte, Amy —dijo Wyatt mientras le estrechaba la mano.

—Lo mismo digo.

—Me he llevado una sorpresa al entrar; la casa está más limpia de lo que pensaba.

—Agradéceselo al alcalde —intervino Destiny—. Envió un equipo de limpieza para que la adecentara un poco. Yo le dije que, si había manchas de sangre, las dejaran en paz. No me habría gustado que borraran pruebas.

—No, claro.

—Hablé con la bibliotecaria y me dio mucha información sobre la casa. Por ejemplo, me dijo que el salón principal se cerró después del tiroteo y que Lavita no lo volvió a usar.

—Ah, así que has hablado con Philomena Latham. Has hecho bien. Es toda una especialista en la historia de la ciudad.

Destiny asintió y cambió de conversación.

—Es una pena que no quede ningún mueble —dijo—. Llegamos hace

una hora y nos pusimos a revisar el piso de arriba, pero todo está vacío.
—¿Aún no habéis revisado la planta baja?
—Le hemos echado un vistazo por encima, pero nada más. Amy y Duke están haciendo un mapa de la casa, pero es complicado: tiene muchas habitaciones, y todas son distintas.
—Eso es verdad —dijo Wyatt—. Como seguramente sabes, también tiene un ático y un sótano grande, además de una cava en la parte trasera. Una de las paredes de la cava da al sótano, pero no hay ninguna puerta que los comunique.
Destiny se dirigió a la cocina, una sala de techos altos y armarios rotos. Wyatt la siguió y, cuando entraron, se encontraron ante una rubia esbelta.
—Virginia, te presento al sheriff Wyatt Milan —dijo Destiny—. Wyatt, esta es Virginia Boyden, un verdadero talento con la cámara.
—Hola, Virginia.
—Encantada de conocerte, Wyatt —Virginia se giró hacia su jefa—. Si no os importa, me voy al salón. Quiero sacar unas fotos.
Cuando Virginia se fue, Destiny miró la sala y dijo:
—Es obvio que esto debía de ser la cocina, pero no lo parece.
—Ten en cuenta que es una casa muy antigua. Las cocinas de entonces eran así.
—Pues me alegro de no haber vivido en esa época.
Wyatt la miró. Oía las voces de los demás, cuyo eco resonaba en las habitaciones vacías. Se habían quedado solos, así que consideró la posibilidad de besarla. Pero tuvo miedo de que alguien apareciera.
En ese momento, ella lo miró con intensidad y dijo:
—Wyatt…
Destiny no terminó la frase, pero él supo lo que pretendía decir.
—Sí, yo también he estado pensando en ti. No he olvidado ni un solo segundo de anoche.
Wyatt le acarició la mano, pero ella la apartó.
—Recuerda que no estamos solos —dijo—. Hay tres personas más en la casa.
—Lo sé, pero tus besos me importan más que esta vieja mansión.
Destiny respiró hondo.
—Anda, vamos al salón. Nos estarán esperando.
Wyatt no le hizo caso. La tomó de la mano, bajó la cabeza y admiró el generoso escote del jersey rojo que se había puesto.
—Me gusta tu jersey —dijo con voz ronca.
—Wyatt… —declaró ella, en tono de advertencia.
Destiny salió de la cocina y lo llevó por un pasillo, hasta llegar al enorme salón. Algunas de las ventanas estaban rotas y otras, parcialmente cegadas. La luz del sol, que se filtraba entre los tablones, proyectaba sombras contra una gran chimenea de piedra.
—Este sitio es tan grande que se podría jugar al baloncesto en él —observó Duke.
—Sí, tienes razón —dijo Wyatt—. Tengo entendido que es la habitación donde se produjo el tiroteo.
Duke se alejó para investigar unos agujeros que había visto en las

paredes. Wyatt miró el suelo y dijo:
—Algunas de esas manchas son de sangre. Pero nunca he sabido cuáles.
Destiny se detuvo a su lado y contempló una gran mancha en la desvencijada tarima.
—He quedado esta tarde con Philomena —anunció.
—Buena idea. Tal vez te pueda ayudar. ¿A qué hora la vas a ver?
—A las cuatro —contestó, antes de girarse hacia la camarógrafa—. Virginia, ¿puedes sacar unas fotos de las manchas del suelo?
Virginia empezó a sacar fotografías y Wyatt clavó la mirada en Destiny. Ardía en deseos de quedarse a solas con ella y hacerle el amor. Momentos después, dijo algo que lo pilló por sorpresa.
—Será mejor que volvamos a la ciudad y me consigáis toda la información que tengamos sobre la casa y las muertes de esos hombres. Si aquí no hay ningún misterio, estamos perdiendo el tiempo.
Destiny se giró hacia Wyatt y añadió:
—Como ves, aún cabe la posibilidad de que te salgas con la tuya. Lo sabré dentro de poco, cuando haga las entrevistas que faltan y compruebe la información que tenemos. ¿Nos vamos, chicos?
Wyatt y ella salieron al vestíbulo.
—Si no sabes más de aquella noche y no encuentro nada que merezca la pena, me volveré a Chicago y me despediré de ti —dijo Destiny.
—No, no te despedirás de mí.
Wyatt cerró la puerta del vestíbulo, para que no los pudieran ver.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.
—Conseguirnos un poco de intimidad.
—Pero…
—Te deseo, Destiny —la interrumpió—. Quiero hacer el amor contigo otra vez. Y sé que tú también me deseas… ¿O me equivoco?
Ella dudó un momento.
—No, no te equivocas —respondió en un susurro—. Pero ahora, deberíamos estar con los demás.
—Está bien…
Volvieron con el resto del equipo y se dedicaron a recoger sus cosas. Wyatt los ayudó a guardar las cámaras, las libretas y los ordenadores portátiles y los llevó a la salida. Entonces, se le acercó Duke.
—Mi jefa suele causar una impresión equivocada —dijo tranquilamente y sin preámbulos—. La gente cree que es una especie de conquistadora, pero no es verdad. De hecho, ha salido con muy pocos hombres.
Wyatt lo miró con cara de sorpresa, aunque no dijo nada.
—No quiero que le hagan daño —continuó Duke—. Ella no es como Desirée. No es una niña mimada y caprichosa que está acostumbrada a salirse siempre con la suya. Destiny es completamente distinta, y no me gustaría que le rompieran el corazón.
—¿Me estás amenazando?
—En absoluto —respondió con una sonrisa gélida—. Jamás amenazaría a un sheriff… No, solo te estoy dando información sobre ella, para que la conozcas mejor y no te confundas. Destiny parece tan atrevida como despreocupada, pero eso no es más que una imagen para consumo público.

Y como ya he dicho, no quiero que le hagan daño.
—No te preocupes por mí. Apenas la conozco.
—Puede que no, pero sé que tú le interesas —dijo Duke—. Y cuando estamos de viaje, procuro cuidar de ella.
—Bueno, no creo que tengas motivos para preocuparte. Dentro de poco, hará el equipaje y se irá de Verity. En Texas hay misterios mucho más interesantes que el de la casa de Lavita Wrenville. En fin, hablar contigo ha sido un placer.
Wyatt salió de la casa para dejar las cosas en el coche del equipo de televisión. Destiny ya estaba fuera, esperando.
—Gracias por ayudarnos —dijo—. Llámame.
—Te llamaré.
—Hasta luego, Wyatt. Y gracias de nuevo por venir.
Wyatt se subió a su vehículo y se marchó a su rancho. Era una propiedad de tres hectáreas, cuya casa estaba entre unos árboles que impedían que se viera desde el camino. Al entrar, se sirvió una cerveza y comprobó el contestador. Tenía dos mensajes: uno de Nick y otro de Tony. Los dos habían llamado para saber cuándo les iba a presentar a Destiny Jones.
Sacudió la cabeza y volvió a pensar en ella. Quería verla otra vez. Quería pasar una noche entera a su lado o, mejor aún, varias noches seguidas.
Se dirigió a la habitación que usaba como despacho y miró el calendario de la mesa, preguntándose cuándo sería el momento más oportuno para invitar a Destiny y presentársela a sus hermanos. En cuando a Madison, no era ningún problema; su hermana se acababa de casar con Jake Calhoun y Wyatt ni siquiera sabía si habían vuelto de la luna de miel. Pero, en cualquier caso, dudaba que estuvieran particularmente interesados en conocer a Destiny.
Tras responder a las llamadas de Nick y de Tony, se quedó con la mirada perdida. Destiny había insinuado la posibilidad de volver a Chicago, y no le apetecía que se marchara. La deseaba con toda su alma. La había deseado desde que la vio por primera vez.
Entonces, se acordó de su pequeña charla con Duke y sonrió. El expolicía había afirmado que no lo estaba amenazando, pero Wyatt sabía que sus palabras eran una amenaza en toda regla. Por lo visto, ahora tenía un motivo más de preocupación. Destiny Jones le estaba complicando mucho la vida.

Capítulo Cinco

El miércoles por la mañana, Duke llevó a Destiny al ayuntamiento y aparcó la limusina junto al coche patrulla del sheriff. Destiny bajó del vehículo, entró en el edificio y se dirigió a la comisaría, donde anunció a Dwight que quería hablar con su jefe.

Wyatt apareció segundos después. A Destiny el pulso se le aceleró al instante en cuanto lo vio con su uniforme de sheriff. Conocía a políticos, estrellas de cine y famosos de todas las categorías, pero ninguno le había causado una impresión tan profunda como Wyatt Milan. Y ni siquiera sabía por qué.

—Hola, Destiny. ¿Entramos en mi despacho?

—Por supuesto.

Destiny entró en la sala y Wyatt cerró la puerta. Ella se quitó la chaqueta y se sentó en un sillón mientras él se la comía con los ojos.

—Estás tan sexy con esos vaqueros y ese jersey que el tráfico se habrá detenido cuando has cruzado la calle.

—No es para tanto —dijo, halagada.

—Yo diría que sí. Los vaqueros te quedan maravillosamente bien. Deberían contratarte como modelo.

—Me temo que no tengo cuerpo para ser modelo. Las prefieren mucho más delgadas. Pero gracias por el cumplido.

Él se sentó y cambió de conversación.

—Bueno, ya has visto la mansión de Lavita. ¿Cuál es tu veredicto?

—Sigo interesada en ella, pero no sé lo que opinará el productor del programa —contestó—. Cuando termine aquí, volveré a Chicago y, después, iré a ver una pequeña localidad del este de Texas, que también es candidata para uno de nuestros programas. ¿Quieres venir conmigo?

—Es una oferta muy tentadora —admitió él—. Pero, de momento, ¿te apetece cenar en mi casa el viernes por la noche? Confieso que tengo un motivo extraordinario para invitarte. Mis hermanos te quieren conocer. Me están volviendo loco con sus llamadas telefónicas.

—Será un placer —dijo ella—. ¿Por qué tengo la impresión de que tus hermanos no se parecen mucho a ti?

—Porque no se parecen. Pero eso es normal, ¿no? Desirée y tú tampoco os parecéis demasiado —le recordó.

—No, desde luego que no —respondió—. Está bien, acepto tu invitación. De hecho, ardo en deseos de conocer a tu familia.

—Gracias. No han dejado de darme la lata desde que llegaste.

—Mañana voy a Dallas para hablar con el director de una biblioteca que podría tener más información sobre la casa de los Wrenville. Tengo otros

compromisos y supongo que no volveré a Verity hasta la noche, pero estaré aquí el viernes.

—Excelente. Mis hermanos se van a llevar una alegría cuando lo sepan.

—Bueno, será mejor que me vaya. Solo he venido porque tengo que ver a Ernie Grant, de la Cámara de Comercio de Verity. Le he dicho que me pasaría por su despacho.

—Ah, sí, Ernie. Su despacho está al otro lado del edificio. Te indicaré el camino.

Los dos se levantaron al mismo tiempo. Wyatt se acercó a ella, la miró a los ojos y le pasó un dedo por el escote.

—¿Te he dicho ya que me encanta el escote de tu jersey?

—Wyatt.

Él le puso las manos en la cintura y la besó. Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y respondió a su beso con idéntica pasión. Se deseaban tanto que apenas se podían contener; pero, al cabo de unos segundos, Destiny se apartó.

—Me vuelves loca, Wyatt.

—Y tú a mí.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Será que mejor que me vaya, o llegaré tarde.

Wyatt abrió la puerta del despacho y señaló uno de los corredores.

—Solo tienes que seguirlo. Su despacho está al final —le informó—. Aunque, si lo prefieres, también puedes salir del edificio y entrar por el otro lado.

—Creo que elegiré la segunda opción, porque tengo que hablar un momento con Duke.

Destiny se giró entonces hacia Dwight, que seguía en su mesa.

—Adiós, Dwight. Que tengas un buen día.

El subordinado de Wyatt se levantó de un salto.

—Lo mismo digo, señorita Jones.

Ella sonrió.

—Llámame Destiny, por favor.

Dwight se ruborizó y dijo:

—Sí, señorita, es decir, Destiny.

Cuando Destiny salió de la comisaría, Dwight se giró hacia su jefe.

—Es tan bella que un hombre se podría quedar paralizado para siempre después de mirarla —declaró.

—Espero que no me pase eso —dijo Wyatt.

—Mi esposa está empeñada en que se la presente. Leyó su libro y le encantó.

—Pues dile que se pase por aquí y preséntasela. A Destiny le encanta la gente.

Wyatt suspiró y volvió al despacho. Después, llamó a sus hermanos para informarles de la cena del viernes, pero no estaban localizables. A continuación, probó suerte con Madison y Jake por si tenían interés en conocer a Destiny, pero tampoco los encontró.

Durante los minutos siguientes, se dedicó a pensar en su escote y en todas las suaves y excitantes curvas de su cuerpo.

Iba a cenar con ella. Y cuando sus hermanos se marcharan, estarían a solas.

Se recordó que debía hablar con Destiny para decirle que la pasaría a buscar. No quería que la llevara Duke, porque existía la posibilidad de que se quedara en el rancho parar devolverla más tarde al hotel. Y la quería toda la noche.

Justo entonces, sonó el teléfono. Era el número de Jake Calhoun.

—Hola, Jake. ¿Ya habéis vuelto?

La voz que sonó al otro extremo de la línea no era la de Jake, sino la de Madison, la hermana de Wyatt.

—Sí, ya estamos aquí.

—Ah, vaya… pareces contenta.

—Porque lo estoy. Soy más feliz que en toda mi vida —le confesó Madison—. Pero no llamo por eso, sino porque tengo entendido que ya has conocido a Destiny Jones. No estábamos en Verity cuando llegó a la ciudad, pero me lo ha dicho.

—¿Has hablado con Destiny?

—Sí, esta mañana. Me ha pedido una entrevista y nos vamos a ver por la tarde.

—¿Y eso?

—Al parecer, está al tanto de la vieja disputa entre los Milan y los Calhoun. Quiere que le hable de ella.

Wyatt sacudió la cabeza.

—Maldita sea… Le dije que yo no le concedería ninguna entrevista, pero no imaginaba que se lo pediría a otro miembro de mi familia —se quejó.

—Oh, no me digas que estás enfadado porque no te va a entrevistar —dijo Madison, tomándole el pelo.

—Yo no quiero que me entreviste —dijo Wyatt con un gruñido—. De hecho, no quiero que meta las narices en la disputa de los Milan y los Calhoun. Las cosas se han tranquilizado un poco desde que te casaste con Jake, y no necesitamos que una desconocida se presente en Verity y se dedique a avivar un fuego que se está apagando.

—Bueno, puede que no tenga intención de avivar ningún fuego. Puede que solo quiera hablar de lo bien que nos llevamos desde mi matrimonio.

—Vamos, Madison… Trabaja en televisión. No ha venido a Texas para contar una historia romántica, donde todo el mundo se lleva bien.

—Pues nos va a entrevistar a Jake y a mí, entre otros miembros de nuestras dos familias —le anunció.

—Gracias por decírmelo. ¿Hay alguna posibilidad de que suspendas la entrevista?

—No lo creo. ¿Por qué la iba a suspender? Es una historia vieja que ya no le importa a nadie. No puede hacer ningún daño.

—Yo no estaría tan seguro.

—En cualquier caso, dudo de que algo que pasó hace cien años pudiera enturbiar mi relación con Jake. Sobre todo, desde que nos casamos.

—¿Dónde os vais a ver? ¿En el rancho de Jake? ¿O en el tuyo?

—En ninguno de los dos. Como sabes, ahora estoy viviendo en el rancho de Jake, pero nos vamos a ver en Verity. Hemos quedado en el vestíbulo

del hotel, a las dos —contestó—. Puedes venir a mirar, si quieres.

Wyatt gimió.

—Debería haberlo imaginado —dijo—. ¿La conoces de antes?

—No, qué va, aunque me ha dicho que la reconoceré enseguida, por su pelo rojo —respondió Madison—. Supongo que el hotel estará lleno de gente, pero no me preocupa. Seguro que la encuentro.

—Oh, sí, seguro que sí. La reconocerías aunque fueras ciega, por el olor de su perfume y el tintineo de sus joyas y de su risa. No hay nadie como esa mujer en todo el Estado de Texas —afirmó.

—Dios mío, ¿estoy hablando con Wyatt Milan? ¿O me he equivocado de teléfono? —se burló.

—Muy graciosa…

—Ahora estoy verdaderamente interesada en conocer a Destiny Jones. Es la primera vez que describes a una mujer con tantas palabras.

—Soy el sheriff. Es lógico que sea observador —se defendió su hermano —. Iré al hotel con mi ayudante. Y, por favor, haz lo posible por convencerla de que los Milan y los Calhoun ya no se odian.

—Lo haré, aunque no creo que se necesario. En cuanto nos vea a Jake y a mí, lo sabrá.

—Estoy seguro de ello. Pero, cambiando de tema, ¿os apetece cenar en mi casa el viernes por la noche? Nick y Tony estaban empeñados en conocer a Destiny, así que he organizado un encuentro.

—Por mí, no hay problema. Hablaré con Jake y te lo diré.

—Excelente. Nos vemos dentro de un rato.

Wyatt colgó el teléfono y salió del despacho para hablar con Dwight.

—Destiny estará en el hotel a las dos de la tarde. Te lo digo porque has comentado que tu esposa la quería conocer. Va a entrevistar a cierto miembro de mi familia, para que le cuente cosas de nuestra antigua disputa con los Calhoun.

—Oh, Dios mío… ¿A quién? ¿A Nick?

—No, a Madison y a su esposo, Jake —respondió—. Y creo que también va a entrevistar a otras personas, pero no me ha dicho a quién.

—No me extraña. Si se lo hubieras dicho, lo habrías impedido.

—Por supuesto que sí.

El teléfono de Wyatt empezó a sonar.

—¿Dígame?

—Hola, soy yo, Tony… Acabo de oír el mensaje que me has dejado en el contestador. Gracias por invitarme a cenar. Estaré en tu casa el viernes por la noche.

—Excelente —dijo, malhumorado—. ¿Querías algo más?

—Sí, bueno… Me ha llamado para pedirme una entrevista. Quiere que nos veamos hoy en el hotel Verity.

—Oh, no… ¿Podrías hacerme el favor de no hablar de los Calhoun?

—Lo intentaré, pero no sé si servirá de algo. También va a entrevistar a Lindsay Calhoun.

—Lo que nos faltaba —declaró, horrorizado—. Dios mío, Tony. Lindsay y tú os lleváis como el perro y el gato. Cada vez que os veis, saltan chispas.

—Intentaré ser educado con ella. Pero si se excede conmigo…
—Si se excede, procura no decir ninguna barbaridad delante de un micrófono.
—Lo recordaré.
—Por favor, Tony, no empeores las cosas —le rogó.
—Está bien, de acuerdo. ¿Vas a estar allí?
—No me lo perdería por nada del mundo.
—Entonces, hasta luego.
Wyatt acababa de cortar la comunicación cuando Dwight dijo:
—Acabo de hablar con mi esposa. Me ha dicho que irá al hotel.
—Sí, tu esposa y toda la población de Verity, incluidos todos los Milan y los Calhoun. Dios mío, no quiero que esto se convierta en un circo. Destiny no tiene precisamente un efecto tranquilizador en la gente —declaró—. Espero que mi presencia y la de Jake contribuyan a calmar los ánimos. Pero cualquiera sabe lo que pueden decir Lindsay y Tony.
Wyatt sacudió la cabeza, salió del edificio y se dirigió al Hotel Verity a grandes zancadas.

***

Minutos después, llamó a la puerta de la suite de Destiny. Ella abrió, lo miró con cierta sorpresa y dijo:
—Adelante…
—He pensado que serían Amy, Duke o Virginia. No imaginaba que serías tú —le confesó Destiny—. Debería echar un vistazo por la mirilla antes de abrir.
—Sí, deberías.
Destiny lo llevó al salón y se sentó en un extremo del sofá. Él se acomodó en el centro, a poca distancia. Parecía enfadado, y ella se preguntó por qué.
—¿Siempre te vistes así cuando estás sola en una habitación de hotel?
Ella bajó la cabeza y miró su ropa. Se había puesto unos pantalones de vestir, un top de seda de color blanco y negro y unos zapatos de aguja.
—No, solo cuando tengo que ver a gente que no conozco o que no conozco demasiado bien. Pero dudo que hayas venido a hablar de mi ropa…
—No, desde luego que no —dijo Wyatt—. ¿Eres consciente de que estás a punto de hacer algo que hará daño a mi familia y a muchas personas de la localidad?
—Wyatt, es obvio que tú y yo tenemos formas distintas de ver las cosas. No quiero hacer daño ni a tu familia ni a nadie. Simplemente, me interesa vuestra antigua disputa con los Calhoun —contestó—. Y teniendo en cuenta que tu propia hermana se ha casado con uno de ellos, estoy segura de que no pasará nada malo. Hablamos de algo que pasó hace más de un siglo. Es agua pasada.
—Si solo fueras a entrevistar a Madison y a Jake, no me opondría. Pero también vas a entrevistar a Tony y a Lindsay, que se odian.
—Creo que exageras un poco, Wyatt. Dudo que sus diferencias vayan a

despertar la antigua disputa entre las dos familias. Y si la despertaran, sería porque no la habéis superado del todo… en cuyo caso, no serviría de nada que renunciara a hacer mi trabajo. Si no los entrevisto yo, alguien lo hará.

—De todas formas, preferiría que olvidaras el asunto.

—Te preocupas demasiado. Tómate la tarde libre; ve a pescar o a hacer cualquier cosa que te guste. Mañana por la mañana, todo seguirá como hasta ahora. No habrá pasado nada —le aseguró.

—Entonces, ¿vas a seguir adelante?

—He venido a Verity a hacer un trabajo, y como no me has dado ningún motivo de peso para que renuncie a él, sí, voy a seguir adelante —contestó —. Voy a entrevistar a tu hermana, que por cierto me ha parecido encantadora. A diferencia de ti, no parece que la entrevista le preocupe demasiado.

—Porque acaba de llegar de su luna de miel. En este momento no hay nada que le preocupe —alegó—. El mundo le parece un lugar maravilloso.

—Mejor que mejor, ¿no crees? Si está tan contenta como dices, se notará en la entrevista. Relájate un poco, Wyatt. No va a pasar nada.

Wyatt sacudió la cabeza y se levantó del sofá.

—De acuerdo, Destiny. Volveré a las dos para asegurarme de que todo está tranquilo.

Ella también se levantó.

—Sinceramente, creo que te sentirías mejor si te fueras a pescar, a jugar al golf, a montar a caballo o a hacer lo que sea, lo que más te divierta.

La expresión de Wyatt cambió de repente. Se acercó a ella, sonrió un poco y dijo:

—¿Sabes qué es lo que más me divierte?

—Estoy hablando en serio, Wyatt —protestó.

—Yo también —dijo con voz ronca y sensual.

Destiny se estremeció y perdió el hilo de sus pensamientos durante un segundo.

—Como quieras. Pero si vas a estar presente en la entrevista, ¿te importa que te haga un par de preguntas?

Él se acercó un poco más.

—Si me haces alguna pregunta acerca de la vieja disputa con los Calhoun, te aseguro que te arrepentirás amargamente. Seré tan aburrido que te arruinaré la entrevista.

Destiny sonrió.

—Oh, vaya, parece que he conseguido abrirme paso entre tu armadura de sheriff, de hombre que no se inmuta con nada.

—Ten cuidado, Destiny —le advirtió.

—¿Crees que puedes sabotear mi entrevista a base de ser aburrido? ¿Me estás desafiando, Wyatt? Porque ese desafío merecería la pena, aunque solo fuera por intentar romper esa actitud impasible que mantienes constantemente, hasta en los peores momentos.

—Si quieres romper mi actitud impasible, se me ocurren formas más fáciles de conseguirlo —dijo él.

La sonrisa de Destiny desapareció. Wyatt se había acercado tanto que

apenas había unos milímetros entre ellos. Sus ojos azules ya no estaban oscuros de enfado, sino claros y cargados de deseo.

Se apretó contra su pecho sin darse cuenta de lo que hacía. Wyatt le puso una mano en la espalda, la besó apasionadamente y le empezó a quitar las horquillas del pelo con la mano libre, de tal modo que se soltaron algunos mechones. Luego, llevó los dedos a su escote, los metió bajo la tela y los cerró sobre uno de sus pechos.

Ella soltó un gemido de placer y susurró:

—Vamos al dormitorio…

Wyatt la llevó a la habitación y le empezó a quitar la ropa sin dejar de besarla. Destiny se dejó llevar y, al cabo de unos momentos, incapaz de refrenarse, le desabrochó el cinturón y los pantalones.

Cuando ya estaban desnudos, él la tumbó en la cama, sacó un preservativo y se lo puso.

—Ven conmigo, Wyatt —rogó.

Wyatt se puso entre sus piernas. Después, la penetró con un movimiento tan firme como suave y se empezó a mover.

—Te quiero, Destiny.

Ella lo deseaba tanto que aceleró el ritmo tanto como pudo, ansiosa por satisfacer su deseo. Él aumentó la velocidad de sus acometidas, y solo cuando ya había conseguido llevarla al orgasmo, se relajó lo suficiente para alcanzar el clímax.

Tras unos segundos de quietud, Destiny susurró:

—Ah, si pudiera congelar este momento para siempre…

—Eres fantástica, Destiny —dijo, jugueteando con su pelo—. Fantástica y preciosa.

—Seguro que me has hecho el amor para que llegue tarde a la entrevista —bromeó.

—No, he hecho el amor contigo porque eres la tentación personificada. Además, no me digas que no lo deseabas.

Ella miró sus ojos azules.

—Sabes que sí. Pero no nos podemos quedar en la cama. Mi equipo llegará dentro de poco.

—¿La entrevista se va a televisar? —se interesó.

—No, hoy no. No es un directo —dijo—. La grabaremos y, más tarde, en función de lo que se decida, se emitirá en el programa o no. Pero será mejor que nos vistamos y bajemos, sheriff Milan.

Él le dio un beso en los labios.

—Está bien… —Wyatt se levantó de la cama—. Me vestiré en tu habitación de invitados. Así no te molestaré.

Él alcanzó su ropa y ella se dirigió a la ducha.

Cuando salió, Wyatt ya se había ido.

Wyatt entró en vestíbulo del hotel a las dos menos diez de la tarde. Al ver que no estaban ni Destiny ni ninguna de las personas a las que quería entrevistar, coqueteó un momento con la idea de que lo hubiera cancelado; pero entonces vio un cartel donde se anunciaba que la

entrevista se iba a llevar a cabo en la segunda planta, en el salón de baile.
Subió por la escalera y abrió las puertas dobles del enorme salón. Destiny estaba al fondo, con un montón de papeles entre las manos. Se había recogido el pelo y tenía un aspecto tan profesional como refinado, pero él solo vio a la belleza de melena suelta y cuerpo desnudo con la que se había acostado una hora antes.
El lugar estaba lleno de gente. Algunos, hasta se habían llevado sus propias sillas para estar más cómodos. El equipo de televisión había instalado el plató en mitad de la sala, y se respiraba un ambiente de expectación y entusiasmo.
Al ver a su hermana y a su cuñada, se acercó a saludar.
—Bienvenida a casa, señora Calhoun… —dijo.
Madison le dio un abrazo y rio.
—¿Señora Calhoun? Me ha sonado tan extraño que he estado a punto de girarme para ver si la madre de Jake estaba cerca.
Wyatt le estrechó la mano a su cuñado.
—Hola, Jake. Supongo que ya habrás tenido ocasión de acostumbrarte a mi hermana —bromeó.
—No creas. Nunca te acostumbras a una mujer tan maravillosa como Madison.
Madison sonrió.
—¿Sigues nervioso por la entrevista, hermanito? No te preocupes por nada. Nos va a entrevistar a nosotros en primer lugar, así que hablaremos un poco de la leyenda y dejaremos claro que los Milan y los Calhoun ya no tenemos ninguna disputa.
—Por supuesto que no —dijo Jake—. Yo mismo soy un ejemplo de lo que Madison dice… Además de ser amigo tuyo, también soy su esposo.
Jake sonrió a Madison, que le devolvió la sonrisa. Al verlos tan felices, Wyatt se puso a pensar en Katherine y en la familia que había soñado fundar con ella. Pero el recuerdo se esfumó cuando miró a Destiny, aplastado bajo las imágenes de los momentos de amor que habían disfrutado esa misma mañana.
—Si yo estuviera en tu lugar —continuó Madison—, solo me preocuparía por la entrevista a Lindsay y Tony. Por nuestra parte, la guerra entre los Milan y los Calhoun ha terminado para siempre… De hecho, adoro a los Calhoun. O, más bien, a uno en particular.
Wyatt no tuvo más remedio que reír.
—Está bien, está bien… Iré a hablar con Tony. Vosotros estáis tan enamorados que casi dais asco —bromeó—. Pero no os empecéis a besuquear delante de las cámaras.
—Intentaré recordarlo —dijo Madison, sin dejar de mirar a Jake.
Wyatt sonrió y se dirigió al lugar donde estaba Tony, que parecía exactamente lo que era, un vaquero de Texas. Llevaba sombrero, botas y un cinturón con una hebilla plateada aún más grande que la suya.
—Procura no enfadar a nadie —le dijo—. Aquí hay mucha gente que tiene la sangre de los Calhoun, aunque algunos no lleven ese apellido.
—Lo sé —dijo Tony—. Me portaré bien si esa bruja cierra la bocaza que tiene.

—Dios mío, no la llames así cuando os entrevisten —le rogó—. No quiero que la situación se vuelva más difícil de lo que ya es. Lindsay y tú tenéis verdadero talento para avivar las diferencias entre los Milan y los Calhoun.

—Es posible, pero yo me limito a defenderme. Cuando digo que esa mujer es una bruja, me quedo corto.

Wyatt gimió.

—Bueno, pórtate bien. No quiero conflictos.

—Está bien, lo haré por ti y porque me has invitado a cenar a tu casa con Destiny Jones. Es una mujer verdaderamente atractiva, por cierto…

Wyatt miró a Destiny y asintió.

—Desde luego que lo es…

—Ah, aquí viene Nick.

Nick saludó a Tony y le estrechó la mano a Wyatt.

—Será mejor que me vaya. Destiny me acaba de hacer un gesto para que me acerque —dijo Tony—. Y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que me pida.

Wyatt se giró entonces hacia Nick.

—Parece que tú y yo nos vamos a limitar a ser espectadores… —comentó.

—Por mi parte, me alegro —afirmó Nick—. Estoy impresionado con la profesionalidad de esa mujer. Sabe llamar la atención de la gente y mantenerlos en todo momento bajo control. Daría cualquier cosa por contratarla como jefa de relaciones públicas. Sería fantástica.

Wyatt pensó que Destiny Jones era fantástica en todo tipo de cosas y ocupaciones; pero, naturalmente, no dijo nada.

—Relájate, Wyatt —continuó su hermano—. A fin de cuentas, ningún Milan se ha peleado con ningún Calhoun desde…

—Desde hace un mes, cuando Lindsay descargó un camión de estiércol en uno de los caminos del rancho de Tony.

Nick sonrió.

—Sí, admito que esos dos son un problema. Pero sospecho que Tony hizo algo para provocarla.

Wyatt pensó que Nick tenía razón, y se alejó para saludar a otras personas. Al cabo de unos minutos, Destiny tomó asiento junto a una pequeña mesa en la que había una botella de agua, un vaso y unos cuantos papeles. Madison y Jake estaban sentados al otro lado de la periodista y escritora.

Wyatt miró a su hermana, que llevaba un traje de color azul oscuro y unos zapatos de tacón alto. Normalmente, Madison no se vestía de un modo tan formal, pero había hecho una excepción para la entrevista. Wyatt pensó que estaba muy guapa y se alegró de que fuera tan feliz con Jake, que siempre le había caído bien.

Destiny se levantó entonces y dio comienzo al programa.

—Buenas tardes, y gracias por su presencia. Soy Destiny Jones. Como saben, dirijo un programa que se llama *Misterios sin resolver*. Algunos de esos misterios son muy antiguos, y eso es lo que nos ha traído a mi equipo y a mí a la preciosa localidad texana de Verity.

La gente aplaudió y ella siguió hablando.
—El misterio que nos interesa hoy es el de los hombres que fallecieron en la mansión de Lavita Wrenville; particularmente, Mortimer Milan y Reuben Calhoun. Según tengo entendido, los Milan y los Calhoun estuvieron enemistados desde que llegaron a estas tierras, y su disputa siguió viva durante muchos años. Pero hoy, gracias a dos personas en concreto, existe la posibilidad de que desaparezca para siempre.
Una vez más, los presentes rompieron a aplaudir. Destiny esperó a que terminaran y retomó su discurso.
—Amigos, estoy segura de que todos conocen a las dos personas que nos acompañan hoy, el señor Jake Calhoun y la señora Madison Milan, que se han casado recientemente.
Destiny siguió hablando durante un par de minutos y, a continuación, le preguntó a Jake por el asunto que tanto le interesaba. Jake tomó de la mano a su esposa, le dedicó una sonrisa y declaró:
—Como bien has dicho, los Calhoun y los Milan estuvieron enemistados desde que llegaron a Verity. Eran vecinos y competían por las mismas tierras, los mismos pastos y los mismos arroyos. Al principio, las tierras no estaban valladas, así que también se peleaban por el ganado. Y, por supuesto, también competían por las mujeres…
Jake se detuvo un momento y continuó.
—Las disputas entre los Milan y los Calhoun se mantuvieron durante muchas décadas, hasta que poco a poco perdieron importancia. Algunos de los Milan empezaron a hablar con algunos de los Calhoun y viceversa… Y ahora, un Calhoun se ha casado con una Milan —Jake volvió a mirar a su mujer—. En lo tocante a nosotros, la guerra de nuestras dos familias ha terminado. Y esperamos que también termine para los demás.
La gente aplaudió otra vez, pero Wyatt notó que había dos excepciones: Tony y Lindsay.
—Madison, ¿la historia que acaba de resumir Jake es la misma que se cuenta en tu familia? —preguntó Destiny.
—Sí, efectivamente. Los Milan y los Calhoun tenían intereses opuestos y se peleaban por casi todo, mujeres incluidas. Pero, al igual que mi esposo, espero que nuestro matrimonio contribuya a la reconciliación de las dos familias.
Destiny sonrió entonces a la audiencia y dijo:
—Como ven, hay varios Milan y Calhoun entre los presentes, y parece que se llevan bien. Puede que Jake y Madison estén en lo cierto al afirmar que sus viejas disputas han terminado, pero me gustaría conocer la opinión de otros miembros de sus familias. ¿Hay alguien que quiera añadir algo al respecto?
Wyatt se estremeció al ver que Lindsay levantaba la mano.
—Ah, veo que alguien quiere hablar —dijo Destiny—. Eres Lindsay Calhoun, ¿no?
—En efecto.
—Ven, acércate al plató.
Jake se levantó para saludar a su hermana, pero no aplaudió como el resto de los presentes. Aparentemente, estaba tan preocupado como el

propio Wyatt. En cuanto a Madison, se limitó a sonreír a Lindsay con frialdad.

La joven y atractiva recién llegada se sentó en una de las sillas que estaban vacías. Llevaba su largo cabello rubio recogido en una coleta, y se había puesto unos vaqueros y una camisa verde, de manga larga.

—¿Estás de acuerdo con Jake en que la guerra de los Milan y los Calhoun es cosa del pasado? —le preguntó Destiny.

—En lo tocante a Jake y a Madison, sí. Y me alegro mucho por ellos —contestó Lindsay—. Pero no estoy segura de que su afirmación sea cierta en términos generales.

—¿Y eso?

Lindsay sonrió.

—Bueno, no todos los Calhoun y los Milan se llevan tan bien.

—¿A qué te refieres? ¿Nos puedes dar algún ejemplo?

—Algunos de nosotros seguimos trabajando en ranchos, y tenemos más o menos los mismos problemas que teníamos hace un siglo. Si alguien no vigila bien su ganado y se come los pastos de otro o utiliza sus fuentes de agua… bueno, las cosas se pueden complicar.

—Eso es cierto, pero también lo es que algunos Milan y algunos Calhoun son más susceptibles que otros —intervino Jake—. En cualquier caso, creo que mi hermana estará de acuerdo en que nuestras viejas disputas ya no son lo que eran. Las cosas han cambiado para mejor.

La gente aplaudió de nuevo.

—Jake tiene razón —dijo Lindsay—. Pero la antigua disputa no habrá terminado mientras un Milan y un Calhoun tengan algún conflicto. Y los tienen.

—Hay muchos miembros de vuestras familias que se mudaron de Verity y viven en otras ciudades del país —declaró Destiny—. Según tengo entendido, ya no hay ningún problema entre ellos. ¿Significa eso que las diferencias se limitan a Verity y a los miembros de las dos familias que tienen ranchos colindantes?

—Sí —respondieron Jake y Madison al unísono.

Lindsay sacudió la cabeza y dijo:

—No, eso no es cierto. Sé que en Dallas y en otras localidades de Texas hay muchos Milan y Calhoun que no se hablan.

—¿Y tú? ¿Hablas con tu vecino? —se interesó Destiny.

—Solo cuando no queda más remedio.

—Así que el problema no ha desaparecido…

—Me temo que no.

—Gracias por tus palabras, Lindsay —dijo Destiny—. No llevo mucho tiempo en Verity, pero los Milan y los Calhoun se han portado muy bien conmigo y espero que eso no cambie con lo que voy a decir a continuación.

Todo el mundo miró a Destiny con curiosidad y Wyatt la miró con más curiosidad que nadie.

—Como tal vez sepan, nací en Houston, así que también soy texana —continuó Destiny—. Pero pocas personas saben que, por parte de madre, soy una Calhoun.

Capítulo Seis

Wyatt frunció el ceño. ¿Por qué no se lo había dicho? Estaba tan sorprendido como disgustado con ella. Habían establecido una relación de lo mas íntima; habían hecho el amor una y otra vez y, sin embargo, le había negado una información que ahora ofrecía en público, delante de todo el mundo. ¿Por qué no le había dicho que era una Calhoun? Sobre todo, sabiendo como sabía que estaba muy preocupado por los posibles efectos de aquella entrevista.

Entonces, se dio cuenta de que lo había anunciado en público porque era lo más conveniente para su programa. Sabía que su declaración tendría un fuerte impacto en la audiencia y lo había preparado con premeditación y alevosía.

Wyatt la miró fijamente y se acordó de la limusina que había dejado en su plaza de aparcamiento cuando llegó. Desde el principio, había sabido que aquella mujer iba a ser una fuente de problemas. Y tenía la sensación de que lo peor estaba por llegar.

—Mi madre no daba importancia a la vieja disputa con los Milan, así que no tuvo ninguna influencia en mí —continuó Destiny—. De hecho, no supe nada de ello hasta que nos mudamos a California, cuando yo tenía diez años. Mi abuela, que se siente orgullosa de su herencia, me lo contó todo.

Destiny miró a Lindsay, sonrió y dijo:

—Ardo en deseos de conocer a más personas de mi familia…

—Jake y yo estaremos encantados de presentártelas.

Destiny se giró entonces hacia la audiencia.

—Bueno, ya hemos oído la opinión de una Calhoun, y es justo que ahora oigamos el punto de vista de uno de los Milan. Tony, si tienes la amabilidad de acercarte…

Wyatt gimió. Durante unos momentos, había albergado la esperanza de que Tony se hubiera marchado; pero apareció entre la gente, se acercó a Destiny y le estrechó la mano con estas palabras:

—Bienvenida a nuestra ciudad, Verity. Estaré encantado de darte mi opinión, aunque quiero añadir que no tengo ningún problema importante con Lindsay.

—Gracias, Tony. Pero siéntate, por favor… —Tony se sentó—. ¿Tienes algo que decir sobre lo que Lindsay ha comentado?

—No, yo diría que lo ha explicado todo bastante bien.

Wyatt se sintió aliviado. Sabía que era pronto para cantar victoria, pero la actitud de Tony le gustó. Obviamente, quería aplacar a Lindsay y situar a Destiny en una posición más adecuada a su objetivo de mantener la paz

entre las dos familias.

—Teniendo en cuenta lo grandes que son vuestros ranchos, me extraña que os crucéis muy a menudo en el camino del otro… —dijo Destiny.

Tony se encogió de hombros, pero Lindsay intervino:

—Texas no es tan grande como para que se puedan evitar esas cosas.

—¿Tienes algo que decir al respecto, Tony?

—Estoy sentado entre mi cuñado, que es un Calhoun, y una bellísima presentadora de televisión que también es una Calhoun. De manera que no; creo que no voy a decir nada que pueda emponzoñar mis relaciones con los Calhoun —respondió con humor.

Destiny soltó una carcajada.

—Aquí os lleváis tan bien que estoy pensando en mudarme a Texas…

—¡Sí, múdate! —gritó un espectador.

La gente rompió a reír. Destiny esperó un poco y siguió hablando.

—Desde que llegué a la ciudad, he conocido a varios Milan y a varios Calhoun y me llevo bien con todos. Yo tampoco creo que existan motivos para mantener la vieja rivalidad. Jake, Madison… os deseo toda la felicidad del mundo. En cuanto a los demás, gracias por haber venido y por ser tan hospitalarios con mi equipo y conmigo misma.

Con esas palabras, Destiny dio por terminada la grabación del programa y empezó a charlar con algunos de los invitados, mientras la gente hacía cola para hablar con ella.

Wyatt suspiró y se abrió paso entre la multitud hasta llegar a Tony.

—Te agradezco que hayas estado tan comedido. De hecho, estoy orgulloso de ti. No has dejado que Lindsay te arrastrara a una discusión.

—Me habría gustado discutir con ella, pero he pensado que iría contra los intereses de la familia. Además, Madison parece tan feliz que no quería estropear su felicidad por algo que, a fin de cuentas, carece de importancia.

—Vaya, veo que estás madurando. Eso está bien, Tony; especialmente, porque sé que Lindsay no es precisamente una santa.

—No me provoques, Wyatt…

—No, tranquilo. Y por cierto, me alegra que vengas a cenar el viernes.

—Será un placer. —Tony echó un vistazo a su alrededor—. Veo que Lindsay está hablando con tu amiga… Será mejor que me vaya rápidamente, antes de que esa mujer me saque de quicio y lo estropee todo.

—Entonces, nos vemos el viernes. Y gracias otra vez.

Tony se marchó con la gente que empezaba a abandonar la sala. Wyatt hizo ademán de acercarse a Destiny, pero Nick llegó en ese momento.

—Ha salido mejor de lo que esperaba —dijo—. Esa mujer es fantástica de verdad. Me encantaría contratarla.

Wyatt sonrió.

—Pues te quedarás con las ganas. Y no creo que sea una cuestión de dinero. Se nota que le gustan los focos y la atención de la gente. Tiene talento para este trabajo.

—Sí, eso es indudable. En fin, me voy o llegaré tarde a una cita. Nos vemos el viernes por la noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.
—Tony ha estado genial, ¿verdad?
—Y que lo digas. Se ha refrenado muy bien. Está madurando.
—Desde luego —dijo Nick—. Me he llevado una grata sorpresa con él.
Wyatt se acercó al plató y saludó a Lindsay. La joven, que era la única Calhoun de ojos azules, ya se estaba yendo.
—Hola, Lindsay.
—Wyatt… —dijo ella con frialdad.
Lindsay se fue y Wyatt esperó a que Destiny terminara de hablar con Amy y con el equipo de grabación.
—Así que eres una Calhoun —le dijo entonces—. Supongo que tenías que anunciarlo en el momento más dramático posible, pero ¿por qué no me lo contaste?
—¿Habría cambiado algo?
—No, nada en absoluto, aunque habría preferido que me lo dijeras en persona, pues has tenido ocasión. Has hecho que me sienta como si yo no te importara nada.
Los ojos de Destiny brillaron un poco.
—Me sorprende lo que dices. La nuestra es una relación puramente física. Nunca he pensado que fuera otra cosa —afirmó—. Sobre todo, porque nunca te abres a mí. Te cierras como si no me quisieras en tu vida.
—Sí, es posible que tengas razón. Pero hoy, por un momento, he creído que tú y yo podíamos tener algo más profundo… y lo que has hecho en ese plató me ha ayudado a comprender que estaba equivocado.
—Discúlpame, Wyatt, pero no creo que tengas derecho a decir esas cosas. No has compartido conmigo ni una parte minúscula de tu ser. Te encierras detrás de esa muralla que protege tu corazón —declaró, muy seria—. Si hubiera pensado que te importaba lo que soy, te lo habría dicho antes.
Wyatt cambió de conversación. No quería hablar más del asunto, además, tampoco tenía sentido reprocharle nada.
—La entrevista ha salido mejor de lo que esperaba.
—Tu hermano Tony es un encanto. Me cuesta creer que se lleve mal con alguien, y mucho menos con una mujer tan bella como Lindsay Calhoun.
—Bueno, Tony puede tener mal genio cuando quiere…
Destiny miró la hora.
—Oh, me tengo que ir. He quedado con una de vuestras historiadoras locales. Se llama Gilda, trabaja para el museo.
—Sí, la conozco. Seguro que te podrá contar muchas cosas de Verity. Sabe más que nadie de la ciudad y de sus gentes.
Wyatt la miró con intensidad. Ardía en deseos de tocarla, pero se contuvo.
—Esperaba que pudiéramos terminar lo que habíamos empezado —siguió diciendo.
—Yo pensaba que ya había concluido.
—Ni mucho menos. Te lo demostraré la próxima vez que tengamos una oportunidad.
—Pues no creo que tengamos esa oportunidad hasta el viernes por la

noche.

—Entonces, pasaré a recogerte el viernes. Así tendré ocasión de charlar contigo un poco, porque, cuando lleguemos a mi casa, mis hermanos acapararán toda la conversación.

Ella sonrió.

—Bueno, me voy a trabajar.

—De acuerdo. Hasta el viernes.

***

Wyatt se marchó al despacho, aunque no estaba de humor para hacer nada. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Destiny. No se trataba solo de que la deseara; le gustaba estar con ella, charlar con ella, divertirse con ella.

Acababa de llegar a Verity y ya le había cambiado la vida. De hecho, le gustaba tanto que llevaba dos días sin pensar en Katherine. Cuando su antigua novia lo abandonó, se convenció a sí mismo de que el amor no merecía la pena; pero, con su entusiasmo, su energía y su vitalidad, Destiny había conseguido que se empezara a replantear las cosas.

Aquella mujer era una fuente constante de sorpresas. Y se preguntó cual sería la siguiente.

Destiny volvió a la suite cuando terminó de trabajar. Estaba agotada, pero también contenta con la información que le había dado Gilda.

Se cambió de ropa, miró la habitación y pensó de nuevo en Wyatt. Era el hombre más excitante con el que había estado nunca. Incluso se preguntó si iría a verla a Chicago cuando se marchara de Verity, le haría mucha ilusión, pero se dijo que estaba soñando despierta. Su relación terminaría en cuanto hiciera el equipaje y se subiera al coche. Al fin y al cabo, solo se basaba en el deseo sexual. O eso había creído hasta que Wyatt se le había acercado después de la entrevista.

Sus palabras la habían desconcertado mucho. Era evidente que estaba molesto con lo sucedido; tan obvio como que ese mismo enfado era síntoma de que sentía algo por ella. Pensándolo bien, existía la posibilidad de que hubiera causado una grieta en su armadura, de que Wyatt Milan fuera más vulnerable de lo que quería admitir.

Sacudió la cabeza y pensó que era un hombre sorprendente, y mucho más interesante de lo que había imaginado al principio. Sin embargo, el hecho de que su declaración pública le hubiera molestado no significaba que sintiera algo por ella. Y, a decir verdad, ni siquiera sabía por qué le preocupaba tanto.

¿Se estaría enamorando de él? Hasta era posible que ya lo estuviera.

Pero eso no tenía sentido. No era de su tipo de hombres. Estaba acostumbrada a salir con actores, políticos y periodistas, personas completamente alejadas de un sheriff de Texas que vivía en una ciudad pequeña y tenía un rancho con ganado. Aunque, por otra parte, tampoco podía negar que la volvía loca.

—Maldita sea… —se dijo en voz alta.

Intentó convencerse de que lo olvidaría cuando regresara a Chicago. Pero, hasta entonces, no había ningún motivo por el que no pudiera acostarse con él. Le encantaba su personalidad y adoraba sus besos y caricias.

Además, la entrevista de aquella tarde le había dado una perspectiva nueva de las cosas. Cuanto más hablaba con los Milan y los Calhoun, más le gustaban.

Empezaba a entender que Wyatt se sintiera tan a gusto en la pequeña localidad. Era un lugar relajado, tranquilo y muy refrescante en comparación con Chicago.

De repente, la idea de abandonar Verity y de volver a su antigua vida le pareció desalentadora. Pero sus días en la pequeña localidad de Texas estaban contados.

Wyatt llegó al hotel a las siete de la tarde del viernes y llamó a Verity por teléfono.

—¿Qué prefieres que hagamos? —le preguntó—. El vestíbulo está lleno de periodistas que quieren hablar contigo. Conociéndote, sospecho que querrás pasar por delante y montar tu numerito habitual… Pero, si no te apetece, puedo subir a buscarte y sacarte del hotel por un lugar más tranquilo.

—Veo que me conoces muy bien… No, prefiero salir por el vestíbulo y hacer mi numerito, como dices. Es bueno a efectos publicitarios —contestó—. Pero no te preocupes; estoy acostumbrada a salir de esos líos con rapidez. ¿Has aparcado delante?

—Sí. No te preocupes por eso. Cuando quieras escapar, no tienes más que hacerme una señal y saldremos volando —dijo.

—Estoy segura de ello. Y también lo estoy de que me consideras tan exhibicionista como Desirée —bromeó.

—No, lo tuyo es peor. Tú vives del exhibicionismo.

Ella soltó una carcajada.

—Bueno, admito que me gustan los periodistas, los políticos y hasta los abogados.

—Me alegro de saberlo, porque vas a estar con unos cuantos abogados esta noche. Y sé que tendrás toda su atención. Especialmente, porque ahora saben que eres una Calhoun.

—Oh, vaya. ¿Crees que eso será un problema?

—Ni mucho menos. Ya han aceptado a Jake, y arden en deseos de conocerte —respondió—. El único que podría dar problemas es Tony, pero eres tan guapa que tu apellido le importa muy poco.

Destiny volvió a reír.

—Está bien, bajo en seguida. Sospecho que sabrás reconocerme entre la multitud.

—Te reconocería en cualquier sitio, cariño.

—¿Cariño? —dijo ella entre carcajadas.

Destiny colgó el teléfono, alcanzó el bolso y salió de la suite, encantada

ante la perspectiva de pasar otra noche con Wyatt. Como de costumbre, tomó el ascensor en lugar de bajar por la escalera. En cuanto salió a vestíbulo, se encontró entre un mar de periodistas que la acribillaron a preguntas y fotografías. Ella se detuvo, alzó una mano para que guardaran silencio, y respondió con paciencia.

Cuando se cansó, hizo una seña a Wyatt. Él se acercó rápidamente, la tomó del brazo y la llevó al coche, que había aparcado junto a la entrada del hotel.

—Espero que no nos sigan —dijo ella cuando arrancaron.

—Soy el sheriff del condado, Destiny. Todo el mundo me conoce y saben que no me gusta que me sigan. Como te dije en su momento, son conscientes de que me necesitan con frecuencia, y no harán nada que me pueda molestar —declaró con una sonrisa—. Esta ciudad está llena de personas inteligentes y amables.

—Se nota que te gusta mucho.

—Por supuesto que me gusta. Es mi hogar, y tengo un montón de amigos y familiares en ella.

—Sí, son gente encantadora. Aunque yo añadiría que Verity tiene otra virtud.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Tiene al sheriff más atractivo del oeste de los Estados Unidos.

Él volvió a sonreír.

—Espera a esta noche. Cuando termine contigo, dirás que soy el sheriff más atractivo de todo el país.

Ella rio y le puso una mano en la rodilla.

—No esperaba que nuestra relación diera para tanto —le confesó—. Cuando llegué a tu despacho, supuse que solo nos veríamos unos minutos.

—¿Lo dices en serio? ¿Incluso sabiendo el efecto que había tenido en tu hermana?

—Precisamente por eso —contestó—. Desirée y yo no nos sentimos atraídas por los mismos hombres y, desde luego, tampoco salimos con la misma clase de personas.

—Lo comprendo, aunque soy de la opinión de que la mayoría de los hombres estarían encantados de salir con cualquiera de vosotras. Las dos sois muy guapas.

—Gracias, pero mi madre era la más guapa de todas; por lo menos, hasta que cayó enferma. Cuando yo era niña, me parecía la mujer más impresionante de la Tierra.

—Es muy bonito que una niña piense eso de su madre.

—Es que era realmente bella. Y Desirée también lo es —declaró—. De hecho, ha heredado los rasgos de mi madre… Yo me parezco más a una de mis abuelas.

—Sí, admito que tu hermana es una de las mujeres más guapas que he conocido.

—Casi todos los hombres piensan lo mismo.

—¿No me dirás que tienes celos?

Ella sacudió la cabeza.

—No, en absoluto, sentir celos de Desirée sería como sentirlos de mi

propia hija. Como te comenté, prácticamente la he criado yo. Además, no se puede decir que yo tenga problemas para atraer a los hombres.

—¿Siempre has sido tan atractiva?

—Qué va. Hasta los dieciséis, era una chica demasiado alta y algo rellenita, con un cabello tan rebelde que ningún cepillo me lo dejaba bien —respondió—. Desirée era la guapa. Yo venía a ser una especie de patito feo.

Wyatt la dejó hablar.

—Sí, mi madre era verdaderamente hermosa. Pero su salud no dejó de empeorar con el paso de los años, así que Desirée quedó al cuidado de mi abuela materna y de mí. También nos ayudaba una de mis tías, con cuyo hijo me llevaba tan bien como si fuéramos hermanos —Destiny reflexionó un momento y se encogió de hombros—. Él y yo nos peleábamos mucho. Supongo que nuestros juegos contribuyeron a hacerme más valiente, y a saber tratar a los hombres.

—¿Tu abuela sigue con vida?

—Sí, vive en Los Ángeles, aunque no goza de buena salud. La llamo casi todos los días por teléfono —contestó—. Nos queremos mucho… Ella fue quien me habló de mi familia, de los Calhoun.

—¿Aún ves a tu primo y a tu tía?

Destiny asintió.

—Por supuesto. Aunque también viven en Los Ángeles, así que no los veo con tanta frecuencia como me gustaría. Él es director de cine, y responsable, en gran parte, de que Desirée se hiciera actriz —le explicó.

—Tienes una familia muy interesante.

—Hablando de familias, deberías hablarme un poco de la tuya. A fin de cuentas, voy a cenar con ellos.

Destiny admiró el perfil de Wyatt y saboreó la promesa de quedarse a solas con él al final de la velada. La simple idea de volver a hacer el amor la excitó al instante. Lo deseaba con toda su alma; pero, al mismo tiempo, su deseo albergaba un sentimiento más profundo.

Wyatt había llegado al fondo de su corazón. Destiny estaba convencida de que se olvidaría de ella en cuanto se separaran, pero también lo estaba de que ella no lo olvidaría con facilidad. De hecho, le parecía increíble que hubiera llegado a quererlo tanto en tan poco tiempo. A diferencia de Desirée, ella ni siquiera creía en el amor a primera vista.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó él.

—Veamos… ¿Katherine fue tu único amor?

Wyatt guardó silencio durante un buen rato. Destiny pensó que no iba a responder, pero al final lo hizo.

—Ah, Katherine. Nos conocimos cuando yo estaba a punto de terminar la carrera de Derecho. Me enamoré de ella y empezamos a salir. Desgraciadamente, ella no estaba tan enamorada de mí… y, al cabo de un tiempo, apareció otro hombre. Era mayor que yo; un hombre con éxito, todo un senador de los Estados Unidos. Cuando me quise dar cuenta, Katherine había salido de mi vida.

—¿Ya has superado lo que pasó?

Él se encogió de hombros.

—En cierta forma, sí. Obviamente, hace años que dejé de estar enamorado de ella —respondió—. Pero me dejó una huella que no he podido borrar. Me convencí de que el amor dolía demasiado y de que no merecía la pena.

—Bueno, supongo que tiene su lógica.

—¿A qué te refieres?

—A que no estabas acostumbrado al sentimiento de pérdida. Tienes a tus padres, a tus hermanos, a toda la gente que quieres…

—Te equivocas. Perdí a mis abuelos y sé lo que se siente cuando pierdes a un ser querido —afirmó—. Sencillamente, estaba tan enamorado de Katherine que no me di cuenta de lo que pasaba. Perdí la razón. Me cegué por completo. ¿Y tú? ¿Has estado alguna vez enamorada de verdad?

—No. Me encapriché de un chico cuando estaba en la universidad, pero nuestra relación se fue apagando poco a poco. Nos separamos sin dramas de ninguna clase, de mutuo acuerdo —dijo—. A decir verdad, me encantaría conocer a un hombre que me volviera loca, pero todavía no ha sucedido.

—Tal vez sea lo mejor. El amor puede ser muy doloroso.

—Al menos, veo que no te molesta hablar de Katherine. Es un buen síntoma.

—Han pasado muchos años desde entonces. El tiempo lo borra todo.

—A pesar de lo que dices, estoy segura de que habrás partido muchos corazones a lo largo de tu vida…

Él sonrió.

—Lo dudo sinceramente. Nunca estoy tan cerca de alguien como para romperle el corazón.

—¿Eso es una advertencia? ¿Me estás diciendo que no me enamore de ti?

Wyatt sonrió una vez más.

—No creo que exista la menor posibilidad de que te enamores de mí. Tú y yo somos demasiado independientes como para enamorarnos. Además, estamos muy ocupados y llevamos vidas muy distintas, en sitios muy distintos. No, no… Los dos estamos a salvo de esos peligros, Destiny. Pero te echaré de menos. Y echaré de menos la mejor relación sexual que he tenido en toda mi vida.

Destiny rio.

—Por lo que dices, será mejor que no me enamore de ti. No tendría ninguna oportunidad. Has cerrado tu corazón al mundo.

—Exacto.

—Las emociones son muy obstinadas, Wyatt —observó ella—. Sé que quieres mantener el control de todos los aspectos de tu vida, pero eso no significa que lo puedas conseguir. En cuestión de amor, no hay nada seguro.

—Descuida. Mi corazón está a buen recaudo.

Destiny sintió un vacío extraño en la boca del estómago y decidió desviar la conversación hacia un terreno más seguro.

—¿Sabes algo de Katherine? ¿Sigue con el senador?

—Ya no es senador, sino directivo de una empresa. Viven en Cleveland.

Y, francamente, deseo que sean felices. Si Katherine se divorciara, se presentara en Verity y me pidiera que saliera otra vez con ella, rechazaría su oferta. Han pasado muchos años desde que nos conocimos. Nuestras vidas han cambiado y nosotros hemos cambiado. Por lo que sé, tuvo dos hijos hace tiempo.

—Parece que lo has superado por completo. No entiendo que te sigas cerrando a la posibilidad de enamorarte.

—Es que no quiero volver a sentir esa clase de dolor. Y basta ya de Katherine y de amores pasados… Esta noche no me interesa ninguna mujer que no sea la impresionante pelirroja que viaja conmigo —dijo con un humor—. Aún tenemos que cenar con mi familia, pero puedes estar segura de que me sentiré mucho mejor cuando se vayan y nos dejen a solas.

Destiny le acarició la pierna con suavidad.

—¿A quién has invitado?

—No te preocupes por eso. Ya conoces a la mayoría —contestó—. Nick estará presente. Es diputado del Estado de Texas, y su vida gira alrededor de la política. Como sabes, perdió a su esposa embarazada en un accidente.

—Debió de ser horrible para él. Yo lo pasé muy mal cuando perdí a mi padre, mi madre y mi abuelo.

—Nick hace lo posible por disimular su dolor en público. De hecho, siempre está con alguien cuando no está trabajando. Creo que lo hace para no estar solo en casa.

—Lo comprendo muy bien. Cuando mi madre murió, Desirée y mis abuelos lo pasaron realmente mal. Ya habían perdido a mi padre. Yo intenté ser una roca para ellos, y supongo que esa actitud me ayudó a sobrellevarlo. En esos casos no se puede hacer nada salvo seguir adelante. Pero lo siento mucho por Nick.

—Los Calhoun también han sufrido su cuota de pérdidas. La esposa de Mike murió de cáncer. Tiene un niño de dos años, Scotty… aunque es posible que no lo llegues a conocer. Viven en su rancho, alejados de todos. Creo que Mike no ha llegado a superar la pérdida. Al menos, Nick sale por ahí y habla con gente.

—Sí, eso ayuda. Yo hice lo mismo en su momento —declaró Destiny—. Pero, ¿quién más estará en tu casa?

—Tony, al que ya conoces —Wyatt sonrió—. Mi hermano es una persona de lo más particular. Un hombre de ideas propias.

—Y un hombre encantador, por cierto. ¿Dónde encaja Madison? ¿Es la mayor? ¿La menor? —quiso saber.

—Ni una cosa ni la otra. El mayor soy yo; después van Madison, Nick y Tony, que es el más joven de todos. Madison y Jake se enamoraron en el instituto e hicieron planes para fugarse y contraer matrimonio, pero mi padre se enteró y saboteó su plan. Afortunadamente, ahora son muy felices.

—Sí, eso me ha parecido…

—¿Piensas entrevistar a más Calhoun mientras estés aquí?

—Si surge la oportunidad, sí —contestó—. Lindsay y Jake me han caído

muy bien. Son de lo más agradables.

—Habla con Lindsay. Puede que te presente a más miembros de su familia.

En ese momento, salieron de la carretera principal y entraron en la propiedad de Wyatt, que estaba señalada con dos postes.

—¿Dónde está tu casa? ¿Es un rancho muy grande?

—Sí, es bastante grande. La casa está lejos de la carretera —dijo—. Este es el sitio que más me gusta en el mundo. No podría explicarte por qué, pero para mí, no hay otro como él.

—Hablas como un verdadero ranchero…

Al llegar a una elevación, Destiny vio las luces de la casa y de los edificios que la rodeaban. A Destiny le sorprendió el gran tamaño de la primera y la enorme cantidad de los segundos, pero guardó silencio. Un par de minutos después, Wyatt aparcó junto a varios coches que estaban en el vado.

Salieron del vehículo y subieron al porche. Estaba decorado con tiestos de flores y tenía varias mecedoras, un par de mesas pequeñas y unas cuantas sillas de mimbre. Wyatt abrió la puerta y la llevó al vestíbulo. Era de techos altos, suelos de tarima de madera y muebles tan lujosos como elegantes.

—Tienes una casa preciosa.

Él sonrió.

—Gracias. Es razonablemente cómoda. En cuanto pueda, te la enseñaré… Empezando por mi dormitorio, por supuesto.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Lo estoy deseando.

—Bueno, será mejor que vayamos a ver a mi familia. Me han estado dando la lata desde que llegaste a Verity. Supongo que estarán fuera, en el patio, porque hace una noche excelente —comentó.

Wyatt la llevó a través de un gran salón con un sofá de cuero, una gigantesca pantalla de televisión, un mueble bar y una chimenea enorme, de piedra, que ocupaba toda una esquina. A continuación, abrió un balcón y salieron al patio, que también estaba lleno de flores.

—Qué bonito.

—Sí, es un sitio especial, increíblemente tranquilo cuando no hay nadie. Aunque supongo que tú no aprecias mucho la tranquilidad —comentó Wyatt.

—Es cuestión de hábitos. Tú estás acostumbrado a la tranquilidad y yo, a estar rodeada de mucha gente —alegó.

Madison y Jake se acercaron a saludarlos.

—Tenía muchas ganas de verte otra vez —dijo Jake—. Sobre todo, ahora que sé que eres una Calhoun ¿Sabes de qué rama de la familia eres descendiente?

—De Elridge Calhoun, el padre de uno de mis tatarabuelos. Si te interesa, tengo un árbol genealógico en casa.

—Elridge Calhoun… —repitió Jake—. No, no me suena. Pero, ¿dices

que tu familia no daba importancia a nuestra antigua rivalidad con los Milan?

—No. Por lo menos, a mi madre le era indiferente —contestó—. Aunque Mimi, mi abuela, es asunto aparte. Me puso sobre aviso contra todos los Milan del planeta.

Jake sonrió y le pasó un brazo alrededor de la cintura a Madison.

—Tu abuela es una mujer muy inteligente. Los Milan son tan peligrosos que una de ellos me ha arrebatado el corazón.

—En realidad, Mimi nunca ha conocido a ningún Milan. Nos mudamos a California cuando yo era una niña, y allí no hay muchos miembros de nuestra familia. Mi padre había perdido el contacto con ellos, y además murió joven.

—Lo lamento mucho. Tendremos que sacarte por ahí y presentarte al resto de los miembros de la familia, para que al menos conozcas esta rama. Ya conoces a Lindsay, así que, por mi parte, solo faltan Mike y su hijo, además de mi hermano Josh. Mis padres también viven en California —le explicó.

—Será un placer —dijo ella.

Nick se acercó entonces, sonriente.

—He disfrutado mucho con la entrevista —declaró—. Y con el hecho de que los Milan y los Calhoun se lleven tan bien.

—Gracias. Para mí también ha sido interesante. Hasta Lindsay me ha parecido encantadora.

Nick asintió.

—Sí, Tony y ella se han portado bastante bien.

—Muy cierto —intervino Jake—. Sospecho que mi hermana se ha moderado porque no nos quería dar un disgusto a Madison y a mí. Por cierto, ¿ya has visto la mansión de Lavita Wrenville, Destiny?

—Oh, sí. Mi equipo y yo tenemos intención de volver. Es posible que echemos otro vistazo, por si encontramos la fortuna o la famosa carta de Lavita. Sería todo un descubrimiento.

—Bueno, no albergues muchas esperanzas. Varias generaciones de niños han revisado esa casa a fondo y no han encontrado nada.

—¿Solo niños? También habrán buscado algunos adultos.

—Bueno, se dice que Lavita era una mujer bastante excéntrica, que vivía sola. La mayoría cree que se inventó la historia de la fortuna oculta y que, en realidad, murió en la pobreza. Puede que sea cierto, porque se sabe que vivía del dinero que le había dejado su padre en herencia, y no tenía otras fuentes de ingresos.

—Según los registros bancarios de la época, Lavita sacó todo el dinero de sus cuentas y lo guardó en su casa —intervino Wyatt—. Pero es verdad que no tuvo más ingresos a lo largo de su vida, así que es improbable que escondiera un tesoro.

—Hay todo tipo de rumores al respecto —dijo Nick—. Sin embargo, han pasado tantos años desde entonces que ya no le interesa a casi nadie.

—Pues yo lo encuentro fascinante —dijo Destiny—. He visto el retrato de Lavita que está en el museo de la ciudad. Era una mujer muy bella.

—Cuando pintaron ese retrato, sí. Pero, por lo que he oído, se fue

descuidando con el tiempo —comentó Madison.

—En cualquier cosa, me parece una historia de lo más interesante —insistió Destiny.

Wyatt la miró en ese momento con tanta intensidad que ella perdió el hilo de la conversación y tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaban hablando. Por suerte, Tony Milan se acercó entonces y nadie lo notó. El hermano pequeño de Wyatt era la quintaesencia de un ranchero; además de las típicas botas, llevaba camisa y pantalones vaqueros, aunque la camisa era de color rojo.

—Ah, por fin llegas… —dijo Wyatt.

Tony saludó a sus familiares y dijo, con una sonrisa:

—Hola, Destiny.

—Me alegro de verte otra vez. Gracias por haber participado en la entrevista.

—No me la habría perdido por nada del mundo. Espero que saques una buena historia de la vieja mansión, aunque no estoy seguro de que lo consigas.

—Bueno, si no hay nada interesante que contar, no grabaré un programa. De momento, solo estoy investigando.

Ella se alegró mucho cuando Tony le contó que era seguidor suyo. Estaba bien informado de los misterios que aparecían en su programa; pero, por mucho que a Destiny le apeteciera hablar de ellos, prefirió saber más cosas de él.

—Me han dicho que estás en el circuito de los rodeos.

Tony sonrió.

—Sí, me encantan los desafíos. Son más interesantes que la política —Tony pegó un codazo suave a Nick—. Intento convencer a mi hermano para que se anime y monte un toro uno de estos días, pero no quiere.

Nick rio.

—Porque no me parece que pegar saltos sobre un toro sea tan emocionante como cambiar las leyes para que la gente viva mejor. Pero admito que montar a caballo me gusta bastante más que hacer política.

—Hablando de caballos, pregúntale a Madison sobre sus carreras, Destiny —dijo Tony.

Madison soltó una carcajada.

—Eso duró poco tiempo. Eran agotadoras y, además, prefiero pintar. En cuestión de rodeos, Tony es el especialista de la familia.

—No seré yo quien lo niegue…

Los ojos azules de Tony brillaron con picardía. Destiny pensó que era un hombre tan divertido como carismático, y que sería un buen fichaje para su programa si se le ocurría la forma de que encajara en él.

Durante las bebidas anteriores a la cena, se dedicó a escuchar a los Milan y a Jake, que se pusieron a contar historias a cual más graciosa sobre los habitantes de Verity. Destiny se había sentado junto a Nick, que no era tan exuberante en las formas como su hermano pequeño, pero que también tenía su encanto.

—Tengo entendido que has entrevistado a unos cuantos políticos en California.

—Sí, a bastantes —Destiny le dio unos cuantos nombres—. En general, son agradables y siempre están dispuestos a colaborar.

—Porque siempre andan en busca de votos —afirmó con una sonrisa—. Forma parte de nuestro trabajo.

—¿Qué piensas tú de la rivalidad entre los Milan y los Calhoun? Como no te he entrevistado, no he tenido ocasión de preguntártelo.

—En lo que a mí respecta, no hay ninguna rivalidad. No tengo nada contra ninguno de los Calhoun. Y no lo tendré nunca… a no ser que a uno de ellos se le ocurra presentarse a las elecciones y competir conmigo —contestó en tono de broma.

Ella miró a los tres hermanos.

—Es increíble que seáis hermanos y os parezcáis tan poco. Aunque, por otra parte, a mí me ocurre lo mismo con Desirée —dijo—. Veo que Wyatt es el más tranquilo…

Nick asintió.

—Wyatt es la roca de la familia. Nuestro padre fue un abogado muy ocupado que, más tarde, se convirtió en juez. Cuando estábamos en el instituto y teníamos problemas, acudíamos a Wyatt en lugar de acudir a él. Siempre tenía una solución para todo. Creo que habría sido un fiscal magnífico.

—Pero le gustan más los ranchos.

—Desde luego que sí. Wyatt es un hombre de gustos sencillos; aceptó el cargo de sheriff porque se lo pidieron, pero su rancho es su vida. Vive en él todo el año, con excepción de unas cuantas semanas de invierno, que aprovecha para marcharse a la isla que se compró.

—Eso es cierto —dijo Wyatt—. Mi rancho es mi vida. No se me ocurre un sitio mejor.

Destiny lo miró a los ojos y, durante un par de segundos, solo pudo pensar en la perspectiva de pasar toda la noche con él.

Durante la cena, disfrutó de la conversación de Jake y de los Milan, y se llevó una sorpresa cuando Tony se levantó y dijo que se marchaba. Al mirar el reloj, vio que faltaba poco para las doce.

Madison, Jake y Nick se levantaron después, también sorprendidos de que fuera tan tarde. Pero aún pasó media hora más antes de que Wyatt y ella los acompañaran a la puerta y se despidieran.

Entonces, ella dijo:

—¿Que hago? ¿Voy a buscar mi bolso y me marcho?

—Ni lo pienses.

—Tienes una familia maravillosa, Wyatt. Eres un hombre muy afortunado.

Él asintió.

—Lo sé. Son unas personas excelentes. Nos divertimos mucho cuando estamos juntos. Y me alegro de que todos vivamos aquí… Supongo que Nick se marchará a Washington D. C. en algún momento, pero estoy seguro de que volverá a Verity con frecuencia —dijo—. De todas formas, viaja tanto como Jake y Madison.

—Tu hermana es una gran artista.

—Sí que lo es.

—De modo que Tony y tú sois los únicos que estáis en Verity todo el tiempo…

—En efecto.

Wyatt le pasó un brazo por los hombros y cambió de conversación.

—Bueno, ya estamos solos. El cocinero se ha retirado a sus habitaciones y el resto de los empleados se han ido a sus casas.

—Excelente…

Wyatt la tomó de la mano, la llevó al interior y cerró la puerta.

—¿Quieres que te enseñe la casa?

—Faltaría más.

—Entonces, empezaremos por mi habitación —dijo con picardía.

—Lo estaba deseando… —le confesó Destiny—. Ha sido una velada maravillosa, pero prefería estar contigo.

—Y yo contigo. Si hubiera sido por mí, los habría echado hace dos horas.

Ella sonrió mientras subían al segundo piso.

—Estás preciosa esta noche. Aunque siempre estás preciosa.

—Vaya, me encanta que me digas esas cosas… —declaró con una sonrisa—. No es muy propio de ti. Generalmente, ocultas tus sentimientos tras esa armadura que llevas.

—Ya te he dicho por qué la llevo —dijo mientras avanzaban por un pasillo—. No me digas que te vas a empezar a quejar otra vez.

Destiny lo acarició.

—De ninguna manera. No tengo ninguna queja contigo. Es que me gustas tanto que quiero deslumbrarte por completo.

—Créeme, ya estoy bastante deslumbrado contigo. Me dejas sin aliento, Destiny… Ah, mira, ya hemos llegado a mi habitación.

Él abrió una puerta y encendió una lámpara que iluminó un salón grande. Tenía estanterías con libros, una chimenea, un sofá de cuero, un par de sillones, una pantalla de televisión y una pecera con peces exóticos.

—Es maravillosa —dijo ella.

—No, tú eres maravillosa. Y me tienes completamente hechizado.

—Seguro que exageras.

Wyatt le puso un brazo alrededor de la cintura.

—En absoluto. He estado pensando en esto todo el día.

Destiny quiso hablar, pero él la acalló con un beso al que se entregó sin resistencia alguna. Al igual que Wyatt, había estado pensando en aquel momento durante horas. Quería estar entre sus brazos, hacerle el amor y pegarse a él toda la noche. No quería pensar en lo distintos que eran ni preocuparse por su carácter cerrado ni dar demasiadas vueltas al hecho de que, más tarde o más temprano, se separarían.

Por lo visto, se estaba enamorando de él.

Capítulo Siete

Destiny se sintió atrapada en una espiral de deseo. Quería a Wyatt con todo su ser, y no se quedaba satisfecha aunque hicieran el amor durante horas.

Lo besó apasionadamente, vertiendo en él todos sus sentimientos, intentando romper la barrera que le protegía el corazón. Wyatt se entregaba a fondo cada vez que hacían el amor, pero se guardaba una parte de sí y, aunque fuera una parte pequeña, Destiny estaba empeñada en que se la entregara de una vez por todas. Quería que se dejara llevar, que dejara de tener miedo a estar en manos de otro.

Se desprendieron de la ropa rápidamente. Ella lo acarició, decidida a excitarlo tanto como él la excitaba a ella.

Momentos más tarde, sin romper el contacto de sus labios, Wyatt la llevó a la cama. A continuación, le cubrió de besos el cuello y descendió hacia sus pechos mientras la acariciaba entera, desde la cintura hasta las piernas, tomándoselo con toda la calma y la delicadeza del mundo.

Ningún hombre le había hecho el amor de aquella forma, como si todas las partes de su cuerpo fueran especiales y merecieran una atención también especial.

Pero el calor que avivó con sus caricias no fue nada en comparación con el fuego que le desató cuando se puso entre sus piernas y la empezó a lamer entre los muslos. Destiny se dejó arrastrar por el placer hasta que estuvo a punto de alcanzar el orgasmo. No quería llegar sola al éxtasis. Quería que Wyatt llegara con ella y la acompañara. Así que le apartó suavemente la cabeza y le hizo saber que lo necesitaba dentro.

Cuando la penetró, Destiny cerró las piernas alrededor de su cintura y se movió con él, intentando que el placer durara el mayor tiempo posible. Su larga melena roja caía sobre la almohada mientras Wyatt entraba y salía de su cuerpo furiosamente y sin pausa.

Por fin, la tensión de Destiny desembocó en el clímax. Wyatt se siguió moviendo un poco más, hasta que perdió el control y se agotó en ella.

Durante los segundos siguientes, tuvo una revelación.

Se había enamorado.

Wyatt debió de notar su desconcierto, porque la abrazó con más fuerza y la besó. Ella le devolvió el beso como si no pasara nada, aunque estaba muerta de miedo. Se había enamorado de él. Había sucedido algo completamente imprevisto.

Destiny no lo podía creer. Wyatt le había dado la relación sexual más

satisfactoria de su vida. Y ahora, por si eso fuera poco, también le daba el amor.

Un amor contra el que ya no podía hacer nada, porque era un hecho.

Sin darse cuenta, se había enamorado de vaquero de Texas, de un ranchero que escondía sus emociones por miedo a que le hicieran daño otra vez, de un hombre tan distinto a ella como una acera de la gran ciudad a un camino del campo.

Movió los labios y dijo, sin llegar a pronunciar las palabras:

—Te amo.

Lo amaba. Era verdad. Confiaba en él y quería estar con él. Además, había llevado tranquilidad a su vida y una seguridad que no había conocido hasta entonces. Cuando estaba en el trabajo, la última palabra solía ser suya; y, en cuanto a su vida privada, tenía la sensación de que siempre había estado cuidando de alguien, desde su difunta madre hasta su abuela, pasando por su hermana.

Sin embargo, con Wyatt era distinto. Le hacía sentir que las decisiones no dependían exclusivamente de ella; que se podía apoyar en otra persona, que no estaba sola.

No quería despedirse de él. No quería volver a Chicago. No quería perderlo.

¿Cómo era posible que se hubiera enamorado?

—Eres fantástica —susurró Wyatt.

Él la besó con suavidad y ella se quedó inmóvil, saboreando el instante. Era consciente de que Wyatt no buscaba una relación seria, sino un desahogo sexual; pero, de momento, estaba dispuesta a conformarse con lo que tenía.

Le acarició la espalda y dijo:

—Esto es maravilloso.

Él le apartó el cabello de la cara y la miró con tanta intensidad que ella tuvo miedo de que adivinara sus pensamientos.

—Es lo único que quiero hacer —dijo Wyatt—. Tenerte entre mis brazos; estar contigo toda la noche y todo el día de mañana.

Destiny se limitó a sonreír.

—Mañana no tienes ningún compromiso, ¿verdad?

—No, no tengo que ver a nadie.

—Me alegro mucho, porque quiero que te quedes conmigo.

Destiny no se dejó engañar por sus palabras. Sabía que Wyatt no buscaba una relación estable; pero no se lo habría recriminado en ningún caso, porque siempre había sido sincero con ella. El problema era suyo, por haberse enamorado. Había estado tan convencida de que no se enamoraría de nadie, que le había pillado por sorpresa. Y ya no podía hacer nada. Amaba a aquel vaquero.

—Me gustas tanto que no me puedo apartar de ti, Destiny. Quiero estar contigo toda la noche y hacer el amor contigo tantas veces como podamos —dijo—. Eres la mujer más deseable de la Tierra.

—Oh, Wyatt… entonces, nos quedaremos juntos. Puedo estar contigo toda la noche, y parte de mañana.

—No estoy seguro de que solo una parte sea suficiente.

—Pero supongo que mañana tendrás que trabajar…
Él sacudió la cabeza y sonrió.
—No. Para eso están mis ayudantes, para que se ocupen de todo en mi ausencia. Además, si tú estás fuera de juego, no habrá ningún problema en la ciudad.
Destiny soltó una carcajada.
—¿No crees que exageras un poco? Si lo piensas bien, te darás cuenta de que no he causado ningún problema.
—Tanto como ningún problema… —ironizó.
—No me digas que yo soy la mayor de las preocupaciones de un sheriff. ¿Es que en Verity no hay delincuencia? ¿Nunca pasa nada importante?
—Depende de lo que entiendas por importante. La semana pasada, Fred Baines aparcó junto a una boca de agua. Poco después, se desató un incendio en el J. B. Grill y, como Fred había aparcado junto a la boca, los bomberos no podían enganchar la manguera —le contó—. Al día siguiente, tuve que rescatar al gato de los Wilcox, que se había metido en la chimenea y no podía salir.
Destiny rio.
—De todas formas, no puedo creer que yo sea el único problema del sheriff del condado.
—No sé si eres el único, pero sí sé que eres el más atractivo.
Wyatt le acarició el cuello y le arrancó otra carcajada. A cambio, ella le acarició otra vez la espalda, regodeándose con sus fuertes músculos.
—Me encanta que me toques… —dijo él.
—Y a mí me encanta tocarte.
—¿Qué piensas hacer cuando termines con el misterio de la casa de Lavita?
Ella se encogió de hombros.
—Tengo unas cuantas ideas para otros programas y para el libro que estoy preparando. Me gustaría volver a California. Si Desirée sigue felizmente casada, no me tendré que preocupar de ella, pero mi abuela necesita que la cuiden.
—Lo comprendo.
—¿Y tú? ¿Tienes intención de abandonar el cargo de sheriff cuando la mansión de Lavita pase definitivamente a manos del ayuntamiento? ¿Volverás a tu rancho y llevarás una vida solitaria y sin amor solo porque una mujer te partió el corazón cuando eras joven? —quiso saber—. Me resulta difícil de creer.
—Bueno, puede que me case algún día. De hecho, estoy considerando la posibilidad de casarme con alguien por pura conveniencia.
Ella rio.
—Oh, Wyatt… Quizás sería un matrimonio de conveniencia para ti, pero seguro que para ella sería mucho más.
Él sonrió y la miró a los ojos.
—Me halagas, Destiny. ¿Intentas alimentar mi ego?
—Tu ego no necesita que lo alimenten. Tienes tanta confianza en ti mismo que a veces la conviertes en arrogancia.
—¿Arrogante? ¿Yo?

—Sí, tú.
—Nadie me había llamado arrogante en toda mi vida.
—Será porque la gente no se atreve a decírtelo.
—Sí, es bastante posible.
Wyatt rio y ella rio con él.
Mientras se abrazaban, Destiny se repitió la pregunta que volvía constantemente a su cabeza. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado? Llevaban muy pocos días juntos. A decir verdad, se acababan de conocer. Pero tenía la sensación de que iba a estar enamorada de Wyatt Milan durante mucho tiempo. Y no imaginaba una vida sin él.
Destiny se estremeció y él malinterpretó su reacción física.
—¿Tienes frío?
—Un poco.
—Si quieres, se me ocurre una forma segura de calentarte. Aunque también nos podemos dar una ducha o un baño. ¿Qué prefieres?
—Elige lo que más te apetezca. Contigo, me vale cualquier cosa.
—Entonces, nos quedaremos así un rato, abrazados.
Tras unos momentos de silencio, Wyatt preguntó:
—¿Tienes intención casarte? ¿De formar una familia?
—Bueno, no lo necesito con urgencia, pero supongo que me gustaría. A decir verdad, no estoy con nadie porque no he encontrado al hombre adecuado.
—Como digas eso en público, te llamarán todos los hombres de la Tierra…
—Descuida. Sé manejar al público.
—Ya me he dado cuenta —dijo él—. De hecho, Nick se quedó asombrado con tus habilidades sociales. Me confesó que le gustaría contratarte como relaciones públicas, aunque sabe que no aceptarías el trabajo.
Ella volvió a reír.
—Pues no me ha dicho nada… Y, después de conocerlo, me extraña que Nick necesite los servicios de un relaciones públicas. Es firme, atractivo, seguro y tan simpático como inteligente. No me extraña que tenga éxito en el mundo de la política.
—Ni a mí.
—Hablando de tus hermanos, me encantaría tener a Tony en mi programa. O más bien, a Tony, a Nick y a ti, si fuera posible…
—Olvídalo, Destiny.
—Vamos, Wyatt…
—No te vas a salir con la tuya. No tienes la menor posibilidad de que el sheriff de Verity aparezca en *Misterios sin resolver*.
Ella rio.
—Pues sospecho que Tony y Nick se prestarían a ello si, al final, decidimos grabar el programa sobre la mansión de Lavita.
—No lo dudo. A Nick le gustaría porque la publicidad le viene bien; y a Tony, porque le encanta coquetear contigo.
—Puede que Lindsay Calhoun se esté equivocando en la forma de tratar a tu hermano pequeño. Yo no me imagino peleándome con él.

—Y seguro que no hay ningún hombre en el mundo que se imagine peleándose contigo —replicó Wyatt—. Pero Lindsay puede llegar a ser muy dura. Ha heredado las opiniones de nuestros mayores, que siguen empeñados en mantener la rivalidad entre los Milan y los Calhoun. Si hablaras con ellos, te darías cuenta de que no son tan tolerantes como las generaciones más jóvenes.

—Lo sé. A mi abuela le ocurre lo mismo.

Sin previo aviso, Destiny se puso a horcajadas encima de él y, a continuación, inclinó el torso lentamente y se frotó los senos contra su pecho. Los ojos de Wyatt se oscurecieron al instante, cargados de deseo.

Él cerró las manos sobre su cabeza y la besó en la boca. Segundos más tarde, ella se incorporó un poco y le acarició la entrepierna. Estaba excitado, preparado para hacerle el amor.

—Te quiero ahora —susurró Wyatt.

Destiny sonrió y dijo:

—Y yo a ti.

***

El sábado por la mañana, Destiny le envió un mensaje a Amy para informarle de que se iba a tomar un par de días de descanso, y para que le dijera a Duke y Virginia que hicieran lo mismo. Después, añadió que la vería el lunes y dejó el teléfono a un lado.

Desde ese momento, hizo lo posible por sacar el tiempo futuro de sus pensamientos, incluso el futuro de la semana siguiente. Estaba decidida a disfrutar del presente, de la compañía de Wyatt y del propio rancho.

Acababan de hacer el amor por enésima vez cuando, al final de la tarde, dijo:

—No sigues enamorado de Katherine, ¿verdad, Wyatt?

—No. Ya te lo dije.

—Entonces, solo tienes miedo de enamorarte otra vez.

Él la miró durante unos segundos antes de hablar.

—Supongo que sí. Sencillamente, no quiero volver a pasar por esa experiencia. Fue demasiado dolorosa.

—En la vida no hay nada seguro, Wyatt. Y a veces, los riesgos merecen la pena.

Wyatt sonrió.

—¿Te estás insinuando?

Ella ladeó la cabeza y lo miró con intensidad.

—No digas tonterías… Es que no estoy preparada para despedirme de ti. Pero será mejor que guardes bien ese corazón tuyo, porque te aseguro que sus secretos me interesan más que los secretos de la mansión de los Wrenville.

Él entrecerró los ojos y le acarició suavemente el hombro.

—Solo dices eso porque deseas lo que no puedes tener, Destiny. Te encantan los desafíos… Si yo te dijera que quiero salir contigo, me rechazarías y te asustarías tanto que no volverías a mi cama.

—¿Tú crees?

—Sí. Estoy seguro.

—Bueno, no me has pedido que salga contigo, así que podemos seguir adelante —dijo con voz sensual—. Además, nunca se sabe lo que puede pasar.

Destiny se inclinó sobre él, le pasó la lengua por el cuello y le mordió el labio inferior. Wyatt gimió, la abrazó con fuerza y asaltó su boca.

Horas más tarde, Destiny estaba apoyada en su pecho, escuchando su respiración. Por primera vez en su corta relación, Wyatt se había quedado dormido antes que ella. Contempló su cara y se puso a pensar en lo que había dicho.

Tenía miedo de que le hicieran daño otra vez.

Destiny sabía que, con esa actitud hacia el amor, no había ninguna posibilidad de que se enamorara de ella. Pero lo amaba y no quería hacer las maletas, despedirse de él y volver a Chicago.

Por primera vez en su vida, estaba enamorada. Y no sabía qué hacer.

Se apoyó de nuevo en su pecho y miró la habitación, que estaba en penumbras. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado?

***

El domingo por la noche, salieron de la habitación y se metieron en una bañera enorme, llena de espuma y agua caliente.

—Han sido unos días tan maravillosos como decadentes, Wyatt. Hemos hecho el amor, hemos bailado, hemos comido, hemos hecho el amor otra vez, nos hemos duchado y hemos hecho el amor de nuevo. De hecho, casi no hemos pegado ojo…

Wyatt rio.

—Bueno, ya dormiremos más tarde. Esto es mucho mejor que dormir, ¿no crees?

—Y que lo digas.

—¿Hay alguna posibilidad de que no vuelvas mañana al trabajo?

—Me temo que no —contestó—. Sabes que vamos a ser la comidilla de toda la ciudad, ¿verdad?

Wyatt asintió lentamente.

—Sí, lo sé. Yo he faltado todo el fin de semana y tú has hecho lo mismo. Obviamente, no creerán que te estoy enseñando los parajes de la zona.

—¿Ah, no? Pues a mí me encanta este paisaje… —dijo, acariciándole una pierna.

—Créeme, el tuyo es mucho más interesante que el mío.

Wyatt cerró las manos sobre sus pechos.

—Me encantaría quedarme contigo toda la semana, pero tengo que volver al trabajo —declaró ella—. De hecho, tendría que haber vuelto esta misma noche.

—No, nada de eso. Quiero que te quedes conmigo tanto como sea posible.

—Vas a conseguir que me replantee lo de volver el lunes… Pensándolo bien, quizás deberíamos permitir que los ciudadanos de tu querida ciudad cuchicheen sobre nosotros. Seguro que no han tenido ningún chisme

interesante desde que mi hermana pasó por aquí.

—Desde luego. Estaban tan emocionados con la presencia de una actriz famosa que no hablaban de nada más.

—Me lo imagino.

—¿Qué te parece si salimos de la bañera, llamas a Amy y le dices que vas a volver el jueves en lugar del lunes?

—¿El jueves? ¿Ahora me estás pidiendo casi una semana?

—Van a hablar de nosotros de todas formas, ¿no? En ese caso, que sea el jueves. Total, estoy seguro de que ya somos el tema de conversación preferido de todo Verity.

—Te cansarás de mí —le advirtió.

Él le apartó el cabello, le dio un beso en la nuca y dijo:

—Te voy a demostrar hasta qué punto te equivocas.

A las dos de la madrugada del jueves, Wyatt la llevó a la suite del hotel. Dos horas después, llegó a su rancho y se acostó; pero durmió tan poco que, al final, llegó a comisaría antes que nadie.

Val se presentó poco antes de las siete y Dwight, al cabo de unos minutos.

—Ha sido una semana tranquila —le informó Val al verlo.

—La gente ha estado estrechando lazos con los Boyden y con la señorita Osgood, que ha resultado ser tan simpática como Destiny —dijo Dwight, alegre—. Mi esposa y yo cenamos con ella el sábado por la noche.

—Los Boyden me preguntaron cosas sobre Dallas. Querían saber dónde comer y qué cosas debían ver —intervino Val.

Wyatt no quería pensar en el equipo de Destiny, porque le recordaba que se irían de Verity en cualquier momento y regresarían a Chicago. Ya se disponía a encerrarse en el despacho cuando Dwight volvió a hablar.

—Ah, jefe… Duke me ha dicho que hoy van a ir a la mansión de los Wrenville y que se van a quedar todo el día. No ha mencionado el motivo, pero creo que quieren buscar la famosa carta de Lavita.

—Pues les deseo suerte —dijo Wyatt con sorna—. No creo que esa carta exista. Dudo que Lavita Wrenville tuviera una fortuna que quisiera esconder, ni ningún secreto que dejara por escrito para la posteridad. Además, la gente los ha buscado durante años y años y no ha encontrado nada.

—¿No se lo vas a impedir? —preguntó Val.

—No, que miren todo lo que quieran. Mientras no dañen la estructura de la casa…

Wyatt entró en su despacho, dejó la puerta abierta y se sentó. No podía impedir que Destiny buscara la carta en la vieja mansión, pero en el fondo se alegraba de que hubiera llevado un poco de emoción a la tranquila y aburrida Verity.

Llevaba unos minutos en el despacho cuando recibió un mensaje que decía así:

Te echo de menos. Tengo intención de ir a la casa de Lavita Wrenville. Te lo

digo por si quieres venir. Vamos a buscar la carta.

Wyatt respondió que se verían por la tarde y que quería cenar con ella. La extrañaba tanto que casi no lo podía soportar. Si hubiera sido posible, habría ido a su hotel en ese mismo momento y le habría hecho el amor durante horas; pero sabía que Destiny tenía cosas que hacer, y la verdad era que él también estaba ocupado.

Sonrió para sus adentros y pensó que su vida había cambiado radicalmente desde que había visto aquella limusina en su plaza de aparcamiento. Más que un coche, había sido una bandera roja que advertía sobre lo que iba a pasar.

Desgraciadamente, Destiny tenía intención de volver a Chicago. No habían comentado el asunto, pero era obvio. Y sabía que la iba a echar de menos, lo cual lo desconcertaba. No había echado de menos a ninguna mujer desde que Katherine lo había abandonado.

Al pensarlo, se preguntó qué sentía por ella. No quería que se marchara; quizás más tarde, pero no ahora, porque era una amante excelente y la necesitaba en su cama durante mucho más que unas cuantas noches. Le gustaban sus bromas, sus conversaciones, los pequeños momentos que compartían, el simple hecho de estar con ella y abrazarla. Era la única persona con la que se sentía capaz de hablar de cualquier cosa.

Se dijo que era una suerte que no se hubiera enamorado de Destiny. Wyatt estaba convencido de que ella no lo podía amar. Eran demasiado distintos. Y aunque eso no fuera un problema, ni él se imaginaba viviendo en Chicago ni la imaginaba a ella viviendo en un rancho de una pequeña localidad de Texas.

Le sonó el teléfono. Era Dwight.

—Duke Boyden acaba de llegar. Dice que quiere verte.

—Que pase.

Colgó el teléfono y se levantó. Duke entró en el despacho unos segundos después, con uniforme negro, de chófer.

Tras estrecharle la mano, Wyatt dijo:

—Siéntate, por favor.

—Gracias.

Duke se sentó y Wyatt se acomodó enfrente, pensando que estaría allí a petición de Destiny. Seguramente, le querría preguntar algo sobre la antigua mansión.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Espero que no te lo tomes como una ofensa, pero me ha parecido que debía hablar contigo —contestó.

Wyatt frunció el ceño.

—Adelante. Te escucho.

—Virginia y yo conocemos a Destiny y a Amy desde hace mucho tiempo. Para mí, son como si fueran mis hermanas.

Wyatt guardó silencio.

—No quiero que hagan daño a Destiny.

Wyatt estuvo a punto de soltar una carcajada. La idea de que él le hiciera daño a Destiny le parecía ridícula.

—¿A qué te refieres?

—Destiny nunca ha estado verdaderamente interesada en ninguno de los hombres con los que ha salido; pero creo que tú le interesas verdad —respondió—. Y no me gustaría nada que se llevara una decepción.

—Sí, ya me lo habías dicho antes. Y tengo la sensación de que te has dejado influir por las opiniones de Desirée.

—En absoluto. Desirée es una mujer bastante inestable desde un punto de vista emocional, por así decirlo. No presto demasiada atención a lo que dice —afirmó Duke—. Estoy aquí porque conozco a Destiny y me preocupo por ella.

—Es una mujer adulta, Duke.

—Lo sé, pero también es vulnerable. Todo el mundo es vulnerable cuando se trata de los asuntos del corazón.

—Entonces, puedes estar tranquilo. El corazón no tiene nada que ver con lo nuestro.

—¿Tú crees? Destiny ha estado una semana entera contigo, en tu casa. Y te aseguro que no suele hacer ese tipo de cosas.

Wyatt lo miró a los ojos. Por lo visto, Duke pensaba que Destiny se había enamorado de él.

—¿Siempre mantienes conversaciones privadas con los hombres que salen con ella?

Duke sacudió la cabeza.

—Esta es la primera vez. Hasta ahora, no había surgido la necesidad. Y soy su chófer desde que su madre estaba con vida.

Wyatt no dijo nada. Se había quedado totalmente desconcertado.

—En fin, será mejor que me marche —Duke se levantó y él hizo lo mismo—. Destiny no se pondrá precisamente contenta si se llega a enterar de que he hablado contigo. Está convencida de que no necesita que nadie cuide de ella. Pero es una mujer más sensible de lo que parece y, como ya he dicho, no quiero que se lleve un disgusto.

—Dudo que se lleve ningún disgusto. Salvo por la casa de Lavita Wrenville, cuando se dé cuenta de que no va a encontrar nada.

Duke lo miró con dureza.

—Ya nos veremos. No hace falta que me acompañes a la salida. Conozco el camino.

Wyatt volvió a su sillón y sacudió la cabeza. Más que el chófer de Destiny, Duke parecía su guardaespaldas o su hermano mayor. Incluso estaba dispuesto a amenazar implícitamente a un sheriff, llegado el caso. Y todo, porque creía que ella se había enamorado de él.

Intentó olvidar el asunto y trabajar un poco pero, treinta minutos después, apartó los documentos que tenía sobre la mesa y frunció el ceño. No estaba de humor para trabajar. Necesitaba con urgencia ver a Destiny.

Se levantó, salió del despacho y miró a Wright.

—Me voy a la mansión de los Wrenville. Quiero ver lo que están haciendo.

—De acuerdo —dijo su ayudante—. Destiny se va a llevar una decepción… En esa casa no hay nada de nada. Ni cartas ni tesoros de ninguna clase.

—Lo sé, pero no ha crecido aquí y está convencida de que los va a

encontrar.

—Pues lo siento por ella.

—En fin, te veré más tarde.

Wyatt salió del edificio y subió al coche patrulla. Cuando arrancó, dio la vuelta en la calle y se dirigió al este, hacia la mansión de los Wrenville. El pulso se le había acelerado ante la simple idea de volver a ver a Destiny.

Durante el trayecto, se preguntó si se sentiría muy decepcionada cuando comprendiera que la casa no ocultaba ningún secreto. Sin embargo, supuso que ya habría pasado por situaciones parecidas y que se limitaría a hacer las maletas, volver a Chicago y preparar un programa nuevo.

Cuanto más lo pensaba, más le disgustaba que se fuera. Se había acostumbrado tanto a aquella mujer que ya no se imaginaba sin ella.

Capítulo Ocho

Destiny y Amy se dedicaron a buscar en la parte delantera de la casa mientras Duke y Virginia buscaban en la trasera. Estaba tan entusiasmada que el corazón se le había desbocado; pero su entusiasmo no se debía a la posibilidad de resolver el misterio de la mansión, sino a la perspectiva de volver a acostarse con Wyatt.

Estaba en la habitación principal del piso superior, revisando las paredes y los suelos en compañía de su prima, cuando oyeron un coche. Amy se acercó a la ventana y dijo:

—Es el sheriff.

—Lo esperaremos aquí. No me apetece bajar.

—¿Vas a salir con él esta noche?

—Sí. Creo que me va a llevar a cenar.

—Sabes que tendrás que despedirte de él dentro de poco…

Destiny asintió.

—Sí, lo sé. Pero me gustaría volver para grabar ese programa. Espero que encontremos algo en la casa.

—Yo también lo espero. Es un misterio muy interesante, aunque no sé si tenemos material suficiente para grabar.

—Si es verdad que Lavita Wrenville escribió una carta y escondió un tesoro, tendrían que estar aquí, en su antigua habitación.

—Pero ni siquiera estamos seguras de que esta fuera su habitación. Puede que durmiera en otra —comentó Amy.

—Por eso estamos registrando toda la casa.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Wyatt desde el vestíbulo.

—¡Estamos arriba! —contestó Destiny.

Momentos después, Wyatt apareció en la entrada de la habitación y se quitó el sombrero. Destiny deseó que se acercara y le diera un beso, pero supo que no lo iba a hacer; Amy estaba presente.

—¿Qué tal va la búsqueda?

—Seguro que ya conoces la respuesta. No hemos encontrado nada.

Wyatt saludó a Amy y preguntó:

—¿Dónde están Duke y Virginia?

—En la parte trasera de la casa. Nosotras estamos registrando la delantera —explicó Destiny.

Wyatt echó un vistazo a su alrededor.

—Dentro de un año, cuando la casa pertenezca definitivamente al ayuntamiento, podremos hacer una búsqueda en condiciones. Si hay que tirar tabiques o levantar suelos, no habrá ningún impedimento legal. Puedes volver entonces…

—Gracias por la oferta. Pero, entre tanto, vamos a seguir con nuestra búsqueda —dijo Destiny—. Por cierto, ¿sabes si esta era la habitación de Lavita?

—No, me temo que solo sé lo que ya te he contado.

Ella siguió golpeando las paredes, consciente de que Wyatt se había cruzado de brazos y la estaba observando. Al cabo de un rato, él salió de la habitación y ella tuvo que admitir que iba a terminar con las manos vacías.

—Dejémoslo, Amy. Sigamos en otra parte.

—De acuerdo.

Wyatt volvió cuando ya habían entrado en otro de los dormitorios.

—Uno de mis ayudantes está a punto de llegar —anunció—. En cuanto llegue, me volveré a comisaría.

—Ah, quieres vigilarnos por si encontramos algo —comentó Destiny con humor—. No te preocupes. Si hacemos un descubrimiento, te avisaremos.

—Estoy seguro de ello, pero soy el sheriff y la gente quiere que me asegure.

Destiny rio.

—¿Tanto desconfías de mí? ¿Crees que, si encuentro el tesoro, me lo voy a llevar a Chicago?

—Dudo que encuentres ningún tesoro.

—Bueno, ya que estás aquí, nos podrías echar una mano…

—Como ya he dicho, me voy en cuanto llegue mi ayudante. Pero supongo que os puedo ayudar hasta entonces.

Cuando terminaron de buscar en las habitaciones del piso de arriba, subieron al ático. El alcalde de Verity no debía de haber ordenado que lo limpiaran, porque estaba lleno de polvo y telas de araña.

Duke y Virginia aparecieron enseguida. El chófer llevaba una linterna muy potente, que iluminaba casi toda la sala.

Wyatt se sentó en un viejo cajón y dijo:

—Podéis buscar sin miedo. Supongo que, en invierno, este lugar se llenará de ratas o ratones… pero ahora hace demasiado calor para ellos.

—Prefiero no pensar en esas cosas —protestó Destiny.

Destiny se arrodilló y empezó a golpear los tablones del suelo, por si encontraba alguno suelto. Al llegar a una esquina, se dio cuenta de que los tablones de esa zona eran más cortos y de que estaban clavados de mala manera, como si la persona que había puesto los clavos no estuviera acostumbrada a hacerlo.

—¿Has visto algo interesante? —preguntó Wyatt, que se acercó.

—No lo sé. Da la impresión de que estos tablones no los clavó la misma persona que los demás. ¿Puedes pedirle un martillo a Duke?

—Por supuesto.

Wyatt volvió al cabo de un minuto con el martillo.

—¿Quieres que quite los clavos?

—No, déjamelo. Lo haré yo.

Wyatt le dio el martillo y ella los empezó a quitar. Por fin, levantó un tablón y miró debajo. Había un hueco, pero estaba demasiado oscuro para ver.

—¿Me puedes dar una linterna?

Él le consiguió la linera y ella iluminó el interior.

—¡Hay una caja…!

—No me digas que has encontrado algo —dijo Wyatt, sorprendido.

—Sostén la linterna, por favor.

Wyatt se la sostuvo, pero la caja era demasiado grande y no cabía por el hueco, así que tuvieron que levantar otro tablón.

—Pesa demasiado —anunció Destiny—. ¿Me ayudas?

Entre los dos, sacaron la caja y la dejaron en el suelo.

—Parece que hay algo más en el fondo… unos tarros o algo así.

—Yo los sacaré —dijo Wyatt.

—Creo que no cabes. Eres demasiado grande —le advirtió.

—Ya veremos.

Duke, que se había acercado con Virginia al oír lo que pasaba, se acercó a Wyatt para echarle una mano. Entre los dos hombres, sacaron un par de tarros de cristal y una bolsa de cuero que estaba cerrada con un nudo.

—Aquí no hay luz suficiente. Será mejor que bajemos —dijo Wyatt.

—Me parece bien —declaró Destiny—. Además, empiezo a estar harta de tanto polvo.

Al llegar al salón principal, Wyatt los miró y dijo:

—Antes de que empecemos, quiero dejar clara una cosa. El gobernador me hizo prometer que, si encontrábamos el tesoro, pasaría ser propiedad del ayuntamiento de Verity.

Todos miraron los tarros, que contenían monedas de plata. Duke acercó la caja y la bolsa de cuero y dijo:

—Creo que también contienen monedas. Pesan mucho.

—Bueno, vamos a ver lo que hay dentro —dijo Destiny.

Los cinco se sentaron en el suelo. Destiny intentó abrir la caja, pero no pudo y tuvo que pedir ayuda a Wyatt. Cuando por fin lo lograron, vieron que en la parte de arriba había una cartera grande. Destiny la sacó. Debajo, tal como habían imaginado, había un montón de dólares de oro y plata.

Sin embargo, Destiny estaba mucho más interesada en el contenido de la cartera, que abrió con sumo cuidado. En su interior, descubrió una amarillenta y doblada hoja de papel, a la que echó un vistazo mientras los demás esperaban con el corazón en un puño.

—¿Qué dice? —preguntó Wyatt.

—Escuchad…

Destiny leyó en voz alta:

Por fin ha llegado el momento de revelar el secreto de lo que pasó en esta casa hace años. Soy la última superviviente de aquella noche terrible. Aquel había sido el año más feliz de mi vida; el señor Reuben Calhoun y el señor Mortimer Milan pidieron mi mano a mi padre, pero él quería que me casara con el señor Jerome Grayson. Por mi parte, yo prefería al señor Calhoun o al señor Milan. Particularmente, al señor Reuben Calhoun; pero la decisión era de mi padre.

»El señor Calhoun y el señor Milan se presentaron un sábado por la noche en

nuestra casa. Se pusieron a discutir tan acaloradamente que mi padre intervino y les pidió que se fueran, pero los tres perdieron los estribos y sacaron sus pistolas. Yo me asusté y salí corriendo para pedir ayuda al mozo de cuadra, Leon Haymes. Cuando ya estaba en el porche, oí disparos y volví a entrar en la casa.

»El señor Calhoun estaba inconsciente y sangraba mucho. Mi padre había fallecido, pero el señor Milan, que aún no había perdido la consciencia, me dijo que, antes de morir, había insistido en que no me casara con ninguno de ellos. Por lo visto, mi padre los disparó a los dos y cayó muerto a manos del señor Calhoun, que aún tuvo fuerzas para apretar el gatillo de su pistola. El señor Milan falleció después en mis brazos, cuando Leon ya había llegado a la casa.

»En su momento, mentí sobre las circunstancias de aquella noche porque no quise arrojar una sombra sobre la memoria de mi padre y de los dos hombres que habían pedido mi mano. Pero eso fue lo que pasó, tal como me lo contó el propio señor Milan antes de morir.

Lavita Wrenville
12 de octubre de 1891

Destiny miró a sus acompañantes y dijo:

—Ahora sabemos lo que paso. Y creo que merece un programa.

Wyatt sonrió y ella lo miró con intensidad.

—Será mejor que no lo hagamos público todavía —continuó ella.

—Si llevamos el dinero al banco, alguien lo tendrá que saber —dijo Wyatt—. Pero hablaré con Horace Pringle para que guarde el secreto.

—Quiero quedarme con la carta. El gobernador me dio permiso para usarla en el programa si la llegaba a encontrar. Sin embargo, te daré una copia.

—¿Por qué no te quedas tú con la copia y guardamos el original en el banco, con el tesoro?

—No me parece mala idea, pero tengo que hablar antes con mis jefes de la cadena de televisión —contestó—. Entre tanto, veamos qué hay en la bolsa de cuero… ¿La puedes abrir, Duke?

Duke desató el nudo y la abrió ante la expectante mirada de los demás.

—Son billetes y monedas. Más dinero…

Virginia y Amy aplaudieron, entusiasmadas.

—Creo que esto merece una celebración —dijo Wyatt—. ¿Por qué no venís esta noche a mi casa? Cenaremos y brindaremos por el descubrimiento. Habéis encontrado algo que la gente ha estado buscando durante más de un siglo.

Destiny miró a sus compañeros.

—A mí me parece una idea excelente. ¿Y a vosotros? —preguntó.

—Yo me apunto —dijo Amy.

Duke sonrió y miró a Virginia, que asintió y dijo:

—Claro. Sería divertido.

—Sé que lo queréis mantener en secreto para que no se sepa nada antes de que grabéis el programa de televisión, pero me gustaría invitar a mi familia y a mis ayudantes —les confesó Wyatt—. Os aseguro que saben mantener la boca cerrada… y, por supuesto, podéis invitar a otras

personas.

—Quizá deberíamos llamar al presidente del banco —observó Destiny.

—Sí, tienes razón.

—Y ya que vamos a ser todo un grupo, también deberíamos invitar a Jake. A fin de cuentas es un Calhoun —dijo Destiny—. ¿Crees que sus familiares sabrían guardar el secreto?

—Creo que sí, pero se lo preguntaré a Jake para asegurarnos —respondió—. Muy bien… avisaré a Lawrence, mi cocinero, para que prepare la cena.

—¿Qué te parece si leemos la carta esta noche, cuando estén todos?

Él sonrió.

—Es tu fiesta, así que puedes hacer lo que quieras —respondió—. Pero, volviendo a nuestro descubrimiento, llamaré a Horace y le diré que no queremos que se entere nadie. Tendremos que depositar el tesoro en el banco, y conviene que pase por pocas manos.

—Perfecto. Mientras tú llamas, yo llevaré el dinero a tu coche —anunció Duke.

***

Minutos más tarde, Wyatt les informó sobre su conversación con el banquero.

—Horace nos estará esperando en la puerta de atrás. Se quedará con el tesoro y hará una copia de la carta —dijo—. En fin, me voy a la ciudad. ¿Quieres venir conmigo, Destiny?

—Por supuesto.

Cerraron la puerta de la mansión y se pusieron en marcha. Destiny estaba tan contenta por el descubrimiento como por la actitud de Wyatt. El hecho de que los hubiera invitado a cenar demostraba que ya no estaba enfadado por su presencia en Verity.

—Felicidades —dijo él cuando ya se alejaban de la casa—. Lo has conseguido.

—Gracias. Estoy tan entusiasmada… Sé que no es lo que esperabas, pero creo que tenemos material de sobra para grabar un programa de televisión y, desde luego, para que escriba mi próximo libro.

—La gente se va a quedar asombrada cuando lo sepa —dijo con una sonrisa.

—Entonces, ¿ya no tienes miedo de que acabemos con la paz y tranquilidad de tu ciudad?

—No podría hacer nada aunque quisiera. Tienes permiso del gobernador —contestó—. Además, confieso que has traído un poco de diversión a Verity… y también a mi vida.

Ella rio y le acarició la mano.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—¿Quién iba a pensar que encontrarías el tesoro y la carta? —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Pero, por muy importante que sea ese descubrimiento, ¿sabes lo que yo quiero de verdad? Que te quedes conmigo esta noche. Te prometo que te llevaré a la ciudad por la mañana.

—Trato hecho —dijo—. Oh, no sabes lo entusiasmada que estoy…
—Y yo, aunque por un motivo diferente.
Destiny soltó una carcajada.
—Estás seguro de que es por un motivo diferente? —dijo con voz sensual.
Ella le puso una mano en la pierna y se la apretó. Él le lanzó una sonrisa y dijo:
—Será mejor que no sigas con eso. Si me desconcentras, me podría salir de la carretera… Y tendría que dar muchas explicaciones.
Destiny volvió a reír.
—¿Crees que la gente sabrá guardar el secreto? —le preguntó—. Vamos a ser muchos…
—Sí, creo que sí. Horace y mis ayudantes no serán ningún problema. Y creo que podemos confiar en Jake y en mis familiares.
—Bueno, tampoco pasaría nada si alguien se va de la lengua. El programa estará listo antes de que se extienda ningún rumor.

Una hora después, el tesoro y la carta se encontraban en la caja fuerte del banco, a buen recaudo. Destiny se guardó la copia que Horace les había hecho y Wyatt la acompañó a la suite del hotel.
—Pasaré a recogerte a las seis y media, para estar en mi rancho antes de que la gente empiece a llegar. ¿Cómo quieres que lo hagamos? ¿Me quedo en el vestíbulo como la última vez, hasta que hables con la prensa? ¿O prefieres que te saque por la puerta de atrás?
—Creo que hoy prefiero la puerta de atrás.
Wyatt la tomó entre sus brazos y le dio un beso. Destiny se sintió embriagada. Cuando se apartaron, ella comentó:
—No deberías haberme besado. Te habré llenado de polvo…
—Si es así, habrá merecido la pena.
Él se marchó entonces y ella cerró la puerta. Ni el descubrimiento ni el hecho de que se fueran a ver aquella noche le había hecho olvidar que faltaba poco para que se despidieran; pero no quería pensar en eso.
A las seis y media, tal como había prometido, Wyatt llamó a la puerta de la suite. Ella abrió y lo miró de arriba abajo, encantada. Llevaba una camisa azul oscuro, botas y pantalones negros y un sombrero del color. Estaba tan guapo que habría dado cualquier cosa por suspender la fiesta y quedarse a solas con él.
—¿Nos vamos? —dijo ella.
—Cuando quieras. Aunque yo preferiría llevarte a la cama.
—Yo también lo preferiría, pero no podemos. Hemos quedado con mucha gente y, además, en tu rancho —le recordó.
—Eso es verdad.
Wyatt la tomó de la mano y la llevó a su coche, que había aparcado en la parte trasera del hotel. Destiny estaba radiante de alegría, hasta que él hizo un comentario que la dejó helada.
—Esta noche es nuestra última noche, Destiny. Si te parece bien, me encargaré de que los invitados se vayan pronto.

A ella se le hizo un nudo en la garganta y no pudo hablar.

¿Qué había querido decir con eso de que era su última noche? No lo sabía, pero solo podía interpretar una cosa: que, para él, su relación había sido estrictamente sexual. Que no había conseguido penetrar la armadura con la que protegía sus sentimientos. Que estaba a punto de despedirse de ella.

Capítulo Nueve

Wyatt la tomó del brazo y la llevó al interior de la casa. Él cerró la puerta y, a continuación, le puso las manos en la cintura y le dio un breve beso con cariño.

—Puedes dejar el bolso en el vestíbulo. He pensado que podemos cenar en el patio, porque hace una buena noche. O en el salón principal, como prefieras.

Apenas llevaban unos minutos en el rancho cuando llamaron al timbre. Eran Jake y Madison, a los que poco después se sumaron el resto de los invitados. Lindsay Calhoun se presentó con sus hermanos Josh y Mike, que presentó a Destiny.

—Veo que todos sois distintos —comentó Destiny con humor—. Tú tienes el pelo rubio; Mike, negro; y Josh, castaño.

Josh rio.

—Sí, pero Lindsay es la única rubia de la familia. Y ni siquiera tiene los ojos marrones, como los demás… Pero vayamos a lo importante. ¿Tienes una copia de la carta? Estamos ansiosos por saber quién disparó a quién.

—Seguro que empezó el Milan —dijo Mike, sonriendo—. Aunque no sé quién disparó al señor Wrenville…

—Bueno, lo sabréis dentro de poco.

—Oh, vamos, ¿no nos puedes dar una pista? —le rogó Josh.

Destiny sacudió la cabeza.

—No quiero estropear la sorpresa, Josh.

Jake y Madison se acercaron entonces.

—Será mejor que leas esa carta pronto, o la gente empezará a hacer apuestas sobre quién fue el primero en disparar —le advirtió Jake.

—A mí me interesa más otra cosa —dijo Destiny—. Lavita era una de las mujeres más ricas de la ciudad; probablemente, una de las mujeres más ricas de todo el oeste de los Estados Unidos… ¿Por qué no se llegó a casar? ¿Fue por el trauma del tiroteo? ¿Porque estaba localmente enamorada de uno de los hombres que fallecieron aquella noche? ¿O porque nadie se quiso casar con ella?

—No lo sé —dijo Madison—. Pero admitirás que tenemos una ciudad de lo más interesante…

—Y que lo digas.

Wyatt apareció en mitad del pequeño grupo.

—A ver si adivino de qué estáis hablando…

Los demás rieron.

—Sospecho que de lo mismo que los demás —dijo Mike, que le estrechó la mano—. Gracias por invitarnos a cenar, Wyatt. Especialmente, con tan

poco tiempo.

—Las gracias se las tendríais que dar a mi cocinero, Lawrence —replicó —. Me alegro de verte, Josh… hacía tiempo que no pasabas por Verity.

—Me ha parecido que la celebración de esta noche merecía la pena.

Wyatt miró a Destiny y dijo:

—Ya han llegado todos. Creo que deberías leer la carta.

—Por supuesto.

Wyatt se dirigió a los invitados y les pidió silencio. Para sorpresa de Destiny, ni siquiera tuvo que alzar la voz. Lo respetaban tanto que obedecieron al instante.

—Destiny Jones, nuestra querida periodista de Chicago, está a punto de leer la carta de Lavita Wrenville —anunció—. Supongo que ya habéis tenido ocasión de conocerla, pero os ruego que deis un fuerte aplauso a la mujer que ha resuelto el misterio de la vieja mansión.

Destiny tomó la palabra cuando los invitados terminaron de aplaudir.

—Estoy encantada de estar entre vosotros. Habéis hecho que mis compañeros y yo nos sintamos como en casa —dijo—, muchas gracias. Hoy ha sido un día muy emocionante, y estoy segura de que querréis saber lo que pasó aquella noche fatídica en la mansión de Lavita Wrenville; sobre todo, porque fue algo que influyó mucho en la historia de los Milan y los Calhoun.

Destiny sacó la copia de la carta que llevaba en el bolsillo y empezó a leer. Al terminar, miró a los presentes y añadió:

—Ahora ya sabéis lo que pasó. El tiroteo no lo empezó ni un Milan ni un Calhoun. Fue el padre de Lavita, que los disparó a los dos.

—Quién lo habría imaginado —dijo Josh, sacudiendo la cabeza.

—No me suena el apellido que has mencionado. Me refiero a Grayson, el hombre con el que el padre de Lavita la quería casar —intervino Mike.

—A mí tampoco —dijo Wyatt seguro de sí mismo—. No hay ningún Grayson en Verity… Sería algún comerciante con el que el señor Wrenville hacía negocios.

—¿Al final vas a hacer el programa? —preguntó Josh a Destiny.

—Todavía tengo que hablar con el productor, pero yo diría que tenemos material suficiente —respondió ella.

La cena fue de lo más divertida. Todo el mundo se lo pasó en grande, aunque Destiny no dejaba de pensar en lo que Wyatt le había dicho cuando se dirigían al rancho. Alrededor de las once, los invitados se empezaron a marchar. Entonces, Amy se acercó a Destiny.

—Duke nos va a llevar al hotel. Supongo que a ti te llevará Wyatt.

Destiny ni siquiera sabía si iban a ir al hotel o se iban a quedar en el rancho, pero dijo:

—Sí, claro. Nos veremos mañana.

En cuanto se quedaron a solas, Wyatt la tomó entre sus brazos y la besó.

—Por fin se han ido… ¿Quieres que vayamos a tu hotel? ¿O prefieres que nos quedemos aquí? —preguntó él—. Yo optaría por lo segundo. Tenemos toda la casa para nosotros.

—Mañana me voy a Chicago, Wyatt. Tengo que estar en el hotel por la mañana —le advirtió.

—Cancela el vuelo. Os llevarán en mi avión privado… pasado mañana o el día siguiente o cuando tú quieras.

Destiny se quedó completamente sorprendida. Le había dicho que aquella iba a ser su última noche, y ahora le pedía que se quedara más días con él. ¿Le habría causado una grieta en su armadura emocional?

—Bueno, si no te importa.

—No te lo ofrecería si me importara —dijo con una sonrisa.

—Está bien, pero tendré que enviar un mensaje a Amy, para avisarla.

—Que sea un mensaje breve, por favor —dijo Wyatt mientras se empezaba a quitar la camisa.

Ella respiró hondo.

—Discúlpame, pero no me puedo concentrar si te estás desnudando delante de mí… —declaró con picardía.

Destiny envió el mensaje a su prima y se guardó el teléfono. Un segundo después, Wyatt le dio un beso tan apasionado que ella olvidó hasta la última de sus preocupaciones.

Hicieron el amor toda la noche del jueves y todo el viernes, hasta que por fin llegó la mañana del sábado. El sol ya entraba por la ventana de la habitación cuando ella se sentó en la cama y declaró:

—Tengo que volver a Chicago. Me he quedado un día más contigo, pero les dije a los chicos que volveríamos hoy.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí.

Destiny cerró los brazos alrededor de su cuerpo y lo besó furiosamente, como si creyera que, de ese modo, Wyatt se daría cuenta de que la necesitaba tanto como ella a él. Al igual que en tantas ocasiones, terminaron haciendo el amor. Luego, Destiny se levantó, se duchó y volvió al dormitorio, ya vestida.

—Tengo que volver, Wyatt.

—Pero tendrás tiempo para desayunar, ¿verdad?

—Claro…

Después de desayunar, se subieron al coche y se dirigieron al hotel Verity en silencio. Cuando ya estaban en la suite, Wyatt la besó; pero ella rompió el contacto enseguida.

—Me tengo que ir —dijo—. Me están esperando.

—De acuerdo. Hablaré con Duke y me aseguraré de que alguien se haga cargo de la limusina cuando lleguéis al aeródromo de Verity. —Wyatt le dio otro beso en los labios—. Es posible que nos veamos muy pronto, Destiny. Te llamaré.

Ella asintió, aunque estaba convencida de que solo se volverían a ver si tenía que regresar a Verity por motivos de trabajo. Wyatt dio media vuelta, salió de la suite y cerró, dejándola sumida en la mayor de las desesperaciones.

Dos horas más tarde, cuando ya estaba sentada en el avión privado del hombre al que amaba, miró por la ventanilla y se preguntó si él estaría sintiendo lo mismo que ella; si su relación había significado algo para

Wyatt Milan.

Wyatt no se podía concentrar en el trabajo, así que habló con Wright y le dijo que se marchaba a casa y que lo vería al lunes siguiente.

Mientras iba por la carretera, vio un avión en el cielo. Sabía que no era su avión privado, sino un vuelo comercial; pero la visión del aparato contribuyó a aumentar su amargura. Se acababan de despedir y ya la echaba de menos. Intentó convencerse de que la olvidaría con el tiempo, pero no sirvió de nada.

Extrañaba su risa, su pasión, sus conversaciones, todo. Se sentía como si la vida careciera de sentido de repente, como si se hubiera quedado completamente vacío. Y, entonces, se acordó de las palabras de Duke. ¿Por qué lo había amenazado? En su momento, le había parecido ridículo que él pudiera hacer daño a Destiny. No creía que una mujer como ella lo pudiera amar. Pero Duke no era de la clase de hombres que amenazaba sin una buena razón.

Wyatt sacudió la cabeza. Segundos después, un segundo avión surcó el cielo y él se sintió peor que nunca.

—Maldita sea… —dijo en voz alta.

Cuando llegó al rancho, descubrió que ya no encontraba en él ninguna paz. La extrañaba demasiado. No se había sentido así desde que Katherine lo abandonó. No se había sentido así desde la última vez que había amado a una mujer.

¿Sería posible que se hubiera enamorado de Destiny?

Desesperado, alcanzó el teléfono móvil y la llamó.

—Hola… —dijo—. Solo quería saber si has llegado bien.

—Sí. Gracias por prestarnos tu avión, Wyatt. Precisamente estaba deshaciendo las maletas ahora mismo. Mi productor me ha tenido una hora al teléfono y no he podido hacer nada. Pero tengo buenas noticias, aunque no sé si serán tan buenas para ti… Le interesa mucho el programa. Creo que lo vamos a grabar.

—No te preocupes por eso —dijo él—. Por cierto, ¿dónde estás? Ni siquiera sé si vives en una casa o en un piso… Hay tantas cosas de ti que no sé…

Ella rio.

—Es lógico. No nos hemos dedicado precisamente a hablar.

—Te echo mucho de menos, Destiny.

—Y yo a ti, Wyatt.

Los dos se pusieron a hablar y, antes de que se dieran cuenta, llevaban dos horas al teléfono. Wyatt habría preferido tenerla entre sus brazos que al otro lado de la línea, pero se contentó con oír su voz hasta que ella dijo que se tenía que ir. Podían haber seguido hablando durante días.

Cuando cortaron la comunicación, Wyatt se quedó profundamente deprimido. Intentaba convencerse de que era mejor así, de que no estaba hecho para mantener una relación con nadie, pero no lo conseguía.

Durante los días siguientes, la llamó todas las noches. Hablaban horas y horas, hasta que llegaba el momento de despedirse. Ella le decía que lo

echaba de menos y él le decía que la echaba de menos, pero Wyatt ya no se contentaba con oír su voz, necesitaba su presencia.

El jueves, voló a Dallas y se quedó dos días enteros en la ciudad, intentando elegir un anillo de compromiso. Al final, eligió uno de diamantes y esmeraldas y volvió rápidamente a Verity.

Ahora, solo quedaba una cosa por hacer: llamar por teléfono a la mujer de la que se había enamorado y preguntarle si quería ser su esposa. Asunto zanjado.

Pero no se atrevió. Cuando llegó a su casa y miró otra vez el anillo, se sintió profundamente ridículo. Por una parte, ni siquiera sabía si Destiny lo amaba; por otra, no le quería declarar su amor por teléfono.

Guardó el anillo en un cajón y se quedó con la mirada perdida, como tantas veces desde que Destiny se había marchado. No podía saber que, a muchos kilómetros de allí, ella estaba a punto de tomar una decisión que cambiaría sus vidas para siempre.

Capítulo Diez

Wyatt estaba en su despacho del rancho, intentando poner al día el libro de contabilidad, cuando sonó el teléfono móvil. Era su capataz.

—Hola, Brant.

—Hola Wyatt. Te llamo porque acabo de ver que una limusina roja se dirige hacia la casa. ¿Quieres que los detenga y les pregunte qué quieren?

Wyatt se levantó del asiento, sobresaltado.

—No, no… Creo que sé quién es. Muchas gracias por llamar.

Con el corazón en un puño, colgó el teléfono y salió de la casa por el lado este, para poder ver la carretera. Pero el conductor de la limusina no lo vio y siguió hacia la parte delantera del edificio, así que él tuvo que dar media vuelta y dirigirse a toda prisa a la puerta principal.

Cuando llegó, Destiny lo estaba esperando en el porche, con una maleta en la mano y un bolso al hombro. Llevaba unos vaqueros ajustados y el jersey rojo que tanto le gustaba.

Momentos después, el conductor de la limusina arrancó y el vehículo desapareció en la distancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él mientras admiraba sus grandes ojos verdes.

Wyatt ni siquiera le dio ocasión de contestar. La tomó entre sus brazos, asaltó su boca y, sin dejar de besarla, la llevó al interior de la casa y cerró la puerta con el pie. Estaba tan sorprendido que se preguntó si aquello sería un sueño. Pero eso no impidió que entraran en la habitación más cercana e hicieran el amor.

Una hora después, Wyatt la miró con cariño y dijo:

—Hola.

—Hola —replicó ella, muy seria.

—Ha sido toda una sorpresa…

Destiny le acarició el pecho.

—Sí, supongo que sí.

—¿Se puede saber qué está pasando? ¿Qué haces aquí?

—Me harté de nuestras llamadas telefónicas. Pensé que, si tu no venías a Chicago, tendría que ser yo quien viniera a Verity. No sabes cuánto te he echado de menos…

—Y yo a ti —dijo con inseguridad—. Sé que no debería haber permitido que te fueras, pero no estaba seguro de mis propios sentimientos… No sabía lo que ahora sé. No sabía lo mucho que te amo.

—Oh, Wyatt. Yo también te amo. Y te comprendo de sobra, ¿sabes?

Somos tan distintos. Ni siquiera sé cómo es posible que nos hayamos enamorado. Tú eres un vaquero de Texas, un hombre tranquilo que quiere llevar una vida tranquila. Y yo, en cambio…

—Tú eres cualquier cosa menos tranquila —declaró con un gran sonrisa—. Vayas donde vayas, siempre llamas la atención de todo el mundo. Está visto que las Calhoun estáis decididas a cambiar la vida de los Milan…

—Una forma excelente de contribuir a la paz entre nuestras dos familias —dijo ella.

Destiny le dio un beso en el cuello y añadió:

—¿Sabes una cosa? Estoy enamorada de ti desde la primera vez que hicimos el amor.

Entonces, él hizo algo que la dejó desconcertada.

—Quédate aquí. No te vayas a ningún sitio.

—¿Y adónde quieres que vaya? —preguntó ella con humor.

Wyatt salió del dormitorio a toda prisa, regresó del mismo modo y se metió en la cama.

—¿Te quieres casar conmigo, Destiny Jones?

—Oh, sí. ¡Oh, sí!

Destiny lo abrazó con todas sus fuerzas. Él le dio un beso y, a continuación, alcanzó la cajita que había ido a buscar.

—Esto es para ti.

—¿Para mí? —Destiny abrió la cajita y soltó un grito ahogado al ver el anillo—. Es precioso, absolutamente precioso.

—Te amo, Destiny. Sé que tendría que habértelo dicho antes de que te fueras a Chicago, pero no lo sabía.

—Y yo que pensé que no sentías nada por mí. ¿Cuándo te diste cuenta?

—Cuando te fuiste, por supuesto. No sabes lo mal que lo he pasado sin ti. Pero esto es tan complicado que…

—¿Complicado? Espera a que nos casemos y ya verás —comentó con humor—. Pero, ¿a qué te refieres?

—Bueno, yo.

—No, espera. Antes de responder, ponme el anillo.

Él sacó el anillo de la cajita y se lo puso en el dedo.

—Es el anillo más bonito que he visto en mi vida. Diamantes y esmeraldas. Absolutamente perfecto —dijo ella—. Y ahora, ¿qué ibas a decir? ¿Qué es eso tan complicado?

—Nuestros trabajos, nuestra forma de vida —contestó—. No creo que quieras vivir en el rancho. A fin de cuentas, trabajas en Chicago. Y yo no podría vivir allí.

—Estoy segura de que lo solucionaremos. Tienes un avión y puedes ir a Chicago cuando quieras. Además, mi programa no durará para siempre… Es posible que deje la televisión y me dedique exclusivamente a escribir libros. Incluso podría conseguir un trabajo en Dallas y… —Destiny dejó la frase sin terminar—. Aunque, ahora que lo pienso, me apetece tener hijos. ¿Y a ti? ¿Te apetece ser padre?

—Si tú vas a ser su madre, sí —contestó con una sonrisa—. Quiero tener un montón de niñas como tú, que llenen mi vida de caos y felicidad.

—Oh, Wyatt. No te preocupes por nada. Ningún problema importa si

nos amamos y estamos juntos.
Él la abrazó con fuerza.
—Por cierto, ¿sabes que he dejado la maleta en el porche? —continuó ella con humor.
—Bueno, seguro que no se va a ninguna parte. La recogeré cuando me vista, aunque tendrás que esperar un poco.
—¿Un poco? ¿Por qué?
—Porque ahora voy a hacer el amor con mi prometida.
Destiny se inclinó sobre él para besarlo de nuevo, pero entonces se le ocurrió algo.
—Dios mío, tengo que decírselo a Mimi y a Desirée. Mi abuela no tendrá más remedio que acostumbrarse a los Milan. Me puso en guardia contra todos vosotros.
—Yo también se lo tengo que decir a mi familia. De hecho, quiero que conozcas a mis padres.
—¿Quieres presentarme al juez? ¿Y si no le gusto?
—Mi padre es un hombre. Le gustarás —contestó—. Y como estoy enamorado de ti, también le gustarás a mi madre.
—¿Aunque sea una Calhoun?
—Si aceptaron a Jake, también te aceptarán a ti —le aseguro—. Pero quiero que nos casemos pronto.
—Tan pronto como sea posible —dijo—. Oh, Wyatt, te he extrañado tanto. No tenía ni idea de lo que sentías.
—A partir de ahora, lo sabrás siempre. Te lo diré todas las mañanas y todas las noches. Te lo diré todo el tiempo. Te amo, Destiny.
Destiny miró el anillo que brillaba en su dedo y dijo:
—Señora de Wyatt Milan… Suena muy bien. Casi es tan maravilloso como casarse en noviembre con el hombre del que estoy enamorada.
Entonces, le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

